PERRY MASON

EL CASO DE
LOS DADOS FALSOS

ERLE STANLEY GARDNER



En su juventud Alden Leeds encontró una rica veta de oro en el Klondike. Sus parientes codiciosos temen que si se casa con Emily Milicant, no vean un céntimo de su fortuna. Para evitar que los dos se unan en matrimonio, intentan internar a Leeds en un sanatorio. Leeds se escapa, y visita al hermano de Emily, que le estaba chantajeando. Las cosas se complican cuando éste aparece muerto, y las huellas de Leeds están por todo el apartamento.



Erle Stanley Gardner

El caso de los dados falsos

Perry Mason - 15

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Rolling Bones*
Erle Stanley Gardner, 1939
Traducción: E. Macho Quevedo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BAKER Oscar: Camarero del Blue and White.
BARKLER Ned: Explorador, íntimo amigo de Alden Leeds.
BITNER William: Perito quirógrafo.
CARREL Johnson: Sobrino de Alden Leeds.
COLTON Inés: Empleada en un almacén de ferretería; amante de Harold Leeds.
CONWAY Louie C.: Gerente de la Compañía Conway.
DRAKE Paul: Jefe de la «Agencia de Detectives Drake».
FREEHOME Carl: Explorador, minero.
STICKLAND Hazel: Camarera del Café Home Kitchen y muy amiga de Guy T. Serle.
HODGKINS Emily: Auxiliar de Phyllis Leeds.
HOGARTY Bill: Socio que fue de Alden Leeds.
HOLCOMB: Sargento de policía.
KITTERING Bob: Fiscal del distrito.
KNOX: Juez.
LADE Gertrude: Mecanógrafa de Mason.
LEEDS Alden: Viejo y rico exminero.
LEEDS Freeman: Hermano menor de Alden.
LEEDS Harold: Sobrino de Alden.
LEEDS Phyllis: Sobrina de Alden.
LONDONDERRY Dr. Perkin: Médico psiquiatra.
WHITTAKER Marcia: Amante de John Milicant.
MILICANT Emily: Mujer de cabaret.
MILICANT John: Hermano de la anterior.
MASON Perry: Famoso abogado criminalista.

SERLE Guy T: Sucesor en los negocios de Conway.
STIVE Milton: Perito calígrafo.
STREET Della: Secretaria de Perry Mason.
TREADWELL: Juez.

Capítulo 1

Perry Mason contempló el correo de la mañana con evidente disgusto. Levantó la vista hacia su secretaria, de pie a su lado, y dijo, con tono no exento de afabilidad:

—¿Será posible, Della, que no nos caiga un buen misterio?

—Ya he despachado el correo ordinario —contestó Della Street—. Ahí tiene usted los asuntos más importantes que exigen su atención personal.

Mason empujó el correo a un lado.

—Todo morralla, Della. Aborrezco las cartas. Las cartas son inanimadas. Me gustan las personas. Las personas son animadas. Me agrada bucear en los problemas humanos.

Della Street contempló la correspondencia con solícita mirada y procuró acorazarse contra el magnetismo de los juveniles visajes de Mason.

—Después de todo —dijo—, no se puede comer postre a todas horas, jefe. Tiene usted que comer pan y manteca.

—Nada de postres, Della —replicó Mason—. Yo quiero carne, carne roja, montones de carne. Veamos, sea buena muchacha y cuénteme algo de los clientes.

Della Street suspiró.

—Una tal miss Leeds, una tal miss Milicant y un tal míster Barkler esperan en el antedespacho. Están juntos, pero miss Leeds quiere hablar con usted unos momentos antes de que vea usted a los otros.

—¿De qué se trata, Della?

—De un ricachón cuyos parientes ambicionan su dinero.

—No me agrada la gente rica —dijo Mason, metiéndose las manos en los bolsillos—. Me gusta la gente pobre.

—¿Por qué? —preguntó la secretaria con cierto tono de interés.

—Maldito si lo sé —contestó Mason—. La gente rica molesta demasiado y sus problemas son ridiculamente minúsculos. Casi todos se refieren al interés. La gente pobre, en cambio, reacciona ante causas más importantes: amor, hambre, asesinatos, falsificaciones, desfalcos… cosas en las que un hombre puede clavar el diente, cosas con las que uno puede simpatizar…

—Les dije que creía que a usted no le interesarían sus asuntos —dijo Della Street—, que usted está especializado en trabajos forenses.

Mason hundió la barbilla en el pecho y quedó pensativo.

—De todos modos veré a miss Leeds —dijo al fin—. Ha despertado mi curiosidad. Tres personas vienen juntas. Una de ellas quiere verme antes que las otras dos… Hágala pasar, Della.

Della Street dirigió una mirada al montón de correspondencia.

—La contestaré esta tarde —prometió él—. Veamos a miss Leeds.

La secretaria salió al antedespacho y regresó a los pocos momentos con una joven cuyo paso nervioso y rápido era indicio de un temperamento impaciente.

—Phyllis Leeds —anunció Della Street.

Miss Leeds cruzó rápidamente hacia la mesa de Mason, dejando al abogado la impresión de unos vivos ojos azules que le estudiaban en rápida apreciación.

—Muchísimas gracias por recibirme, míster Perry Mason —dijo, mientras Della se retiraba.

—Siéntese —dijo Mason, inclinándose—. Dígame en qué puedo servirla.

La joven se sentó en el mismo borde del gran sillón de cuero colocado al otro lado de la mesa de Mason.

—Sólo puedo hacer esperar a los otros uno o dos minutos —dijo—. Quiero darle a usted un bosquejo de lo que aquí nos trae.

Mason acercó una bandeja que contenía cuatro de las más conocidas marcas de cigarrillos.

—¿Fuma? —preguntó.

—Gracias.

Mientras Mason sostenía el fósforo la joven aspiró profundamente y exhaló una voluta de humo por la nariz. Luego, en gesto rápido y nervioso, se apartó el cigarrillo de los labios y

continuó:

—Quiero hablarle de mi tío Alden… Alden E. Leeds.

—¿Qué le ocurre a su tío? —preguntó Mason.

—Tengo dos primos y dos tíos. Tío Alden era la oveja negra de la familia. Huyó de casa y se embarcó cuando sólo tenía catorce años. Nadie sabe dónde estuvo ni lo que hizo. A él no le gusta hablar de sus aventuras, pero ha recorrido todo el mundo. Cuando yo tenía quince años, regresó a establecerse aquí. Creo que la familia se sintió inclinada a ponerle la proa, hasta que descubrieron que tío Alden era inmensamente rico.

—¿Qué edad tiene su tío Alden? —preguntó Mason.

—Setenta y dos años, me parece. Era el mayor de los hermanos. Yo vivo en su casa, manejo la mayoría de sus asuntos financieros y despacho su correspondencia.

—Prosiga.

—Tío Alden no se casó nunca. Recientemente conoció a Emily Milicant… Está esperando en el antedespacho… Y se enamoró perdidamente de ella. Los parientes están furiosos. Temen perder la herencia. Y quieren que se declare inepto a tío Alden.

—¿Y usted qué opina del asunto?

—Yo opino que el dinero es de tío Alden y que puede hacer con él lo que le parezca.

—¿Está usted en buenas relaciones con Emily Milicant?

—Apenas nos tratamos.

—Pero ¿le agradaría a usted verlos casados?

—No —contestó la joven—. No creo que me agradase, pero quiero que tío Alden tenga libertad para hacer lo que guste.

—¿Y qué desea usted que haga yo? —preguntó Mason.

—¿No dice la ley que una persona puede manejar sus bienes a menos que sus facultades mentales estén tan afectadas que otras personas de mala fe puedan aprovecharse de ello?

—Algo por el estilo —contestó Mason.

—Pues los parientes de tío Alden tratan de demostrar que se puede influir en él, y eso que hay ciertas cosas que nunca descubrirán.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Eso es lo que quiero que Emily Milicant le diga a usted. Pero antes de que se lo diga, voy a darle yo un esquema. Creo que quiere

casarse con tío Alden. En ese punto tendrá usted que ser indulgente. Ned Barkler es uno de los más íntimos amigos de tío Alden. Conoció a mi tío allá en Klondike hace muchos años.

—¿Los hago pasar? —inquirió Mason.

—Bueno.

Mason descolgó el receptor.

—Diga a miss Milicant y a míster Barkler que entren, haga el favor.

Dejó el receptor en su soporte y miró expectante la puerta que daba al antedespacho.

Emily Milicant había, evidentemente, tratado de preservar los contornos de la juventud, aunque ya friscaba entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años. El rostro se había sometido, pero el cuerpo era más obstinado. A pesar de los hoyos bajo los pómulos y de la intensa mirada de sus ojos negros, retenía algunas capas de grasa sobre las caderas. La dieta había adelgazado su rostro y enflaquecido su cuello, pero el ajuste del vestido sobre las caderas carecía de la suave simetría que tan evidentemente había tratado de conseguir.

Barkler era un hombre de unos cincuenta y tantos años, atezado su rostro, delgado y fuerte. Caminaba con una ligera cojera. Mason recibió las presentaciones, indicó unas sillas y esperó.

Emily Milicant ocupó su asiento e inmediatamente pareció volverse más delgada. Sus negros ojos, que miraban con desconcertante fijeza por encima de las hundidas mejillas, daban la impresión de una intensidad emocional que quemaba sus energías mentales.

Barkler sacó una pipa del bolsillo con el aire de quien se propone que su contribución a una conferencia va a consistir en un atento silencio.

La mirada de Emily Milicant se encontró con la de Mason con la fuerza de un impacto físico.

—Presumo —dijo— que Phyllis le habrá hablado de mí. Fue un rasgo delicado, pero enteramente innecesario. Yo habría podido explicar la situación en menos palabras. Pero la familia Leeds, con excepción de Phyllis, aquí presente —la dama indicó a Phyllis haciendo girar el antebrazo sobre el codo y retorciendo rápidamente la muñeca—, yo soy una aventurera. Para ellos he

cesado de llamarme Emily Milicant y me he convertido como despreciadamente en «esa mujer».

Mason hizo un gesto de comprensión.

—Creo —dijo— que miss Leeds ha llenado los preliminares. ¿Cuál es el punto específico sobre el que necesitan ustedes mi consejo?

—Míster Leeds está siendo víctima de un chantaje —dijo miss Milicant.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Mason.

—Anteayer estaba yo con él cuando telefoneó su Banco. Alden… míster Leeds, pareció excitarse mucho. Le oí decir: «Me tiene sin cuidado que el cheque sea por un millón de dólares, usted páguelo… y no le importe que lo presente un vendedor de periódicos o una buscona. Ese endoso le hace pagadero al portador». Se disponía a colgar el receptor, cuando el individuo que le hablaba desde el otro extremo de la línea dijo algo más que pude oír perfectamente.

—¿Qué dijo? —inquirió Mason.

Miss Milicant se inclinó hacia delante para dar más realce a sus palabras.

—El cajero del Banco, pues tal supongo que era, dijo: «Míster Leeds, esta joven viene llamativamente vestida. Pide los veinte mil dólares en efectivo». «Eso está escrito en el cheque, ¿no es cierto?», preguntó Leeds. Y la voz contestó: «Perdóneme, míster Leeds. Sólo quería asegurarme». «Pues ahora ya lo está usted», contestó Alden, y colgó el receptor de golpe.

»Cuando dejó el receptor, pareció darse cuenta por primera vez de que yo había escuchado la conversación. Contuvo entonces el aliento un momento, como si tratase de recordar rápidamente lo que había hablado por la línea, y luego me dijo a guisa de explicación: «Los Bancos son un verdadero engorro. Anoche di a un vendedor de periódicos un cheque de veinte dólares sin dificultad. Y ahora a ese mequetrefe del Banco se le ocurre inmiscuirse con sus oficiosidades. ¡Si sabré yo cómo tengo que manejar mis asuntos!».

Phyllis Leeds intervino en la conversación.

—Cuando Emily me lo contó —dijo—, me di cuenta en seguida de lo terrible que sería que tío Alden fuese víctima de estafadores o chantajistas. Tío Freeman se apresuraría a tomarlo como una excusa

para que no se permitiese a tío Alden manejar su propio dinero.

—¿Qué hizo usted, pues? —preguntó Mason.

—Fui al Banco —contestó la joven—. Yo manejo los asuntos financieros de tío Alden… llevo nota de su cuenta corriente, contesto su correspondencia y otras cosas por el estilo. Dije al empleado que tenía una confusión en mis cuentas y le pedí que me diese el importe de los cheques pagados con cargo a tío Alden. Creo que el cajero del Banco adivinó lo que yo perseguía y se sintió verdaderamente tranquilizado. Me enseñó en seguida los cheques. El último era uno de veinte mil dólares firmado por tío Alden y pagadero a L. C. Conway. Estaba respaldado por Conway con letra de tío Alden y decía así: «Endoso garantizado. Cheque a pagar sin identificación o nuevo endoso».

—Esa nota —comentó Mason— lo convertía virtualmente en un cheque pagadero al portador. ¿Por qué no lo hizo así desde el principio?

—Porque no creo que quisiera que el nombre de aquella joven apareciera en el cheque.

—¿Fue pagado por el Banco sin su endoso?

—Sí. El cajero insistió en que la joven endosase el cheque. Ella se negó. Entonces el cajero llamó a tío Alden y tuvieron la conversación. Emily la sorprendió. Después de aquello, el cajero dijo a la mujer que no necesitaba endosar el cheque, pero que tendría que dejar su nombre y dirección y dar un recibo antes de cobrar el dinero.

—¿Y qué sucedió?

—La muchacha se puso furiosa. Quería telefonear a tío Alden, pero no sabía el número o fingió no saberlo. Este número no figuraba en el listín y el cajero no quiso proporcionárselo. Finalmente la joven escribió su nombre y dirección y dio un recibo.

—¿Con datos falsos? —preguntó Mason.

—Aparentemente no. El cajero le hizo exhibir su licencia de conducción y un sobre dirigido a su nombre a aquella dirección.

—A su tío quizá no le parecieran bien las actividades del cajero —comentó Mason.

—Estoy completamente segura de que no.

—Usted ya sabe que los chantajistas nunca desisten —intervino en la cuestión Emily Milicant con cierta nerviosidad.

—¿Tiene usted el cheque? —preguntó Mason a Phyllis Leeds.

—Sí.

La joven sacó del bolso el cheque cancelado y lo entregó a Mason.

—¿Qué desean ustedes que haga? —preguntó el abogado.

—Descubrir lo del chantaje y, si es posible, hacer que se reintegre el dinero antes de que los otros parientes puedan enterarse.

—Es un encargo algo difícil —dijo Mason, sonriendo.

—Lo sería para otros. Para usted no lo será.

—Gracias. ¿Tiene usted alguna pista? —preguntó Perry Mason.

—Ninguna, excepto la que le di a usted.

Mason volvió la mirada a Barkler, que seguía fumando plácidamente.

—¿Qué opina usted de esto? —preguntó.

Barkler dio a su pipa un par de chupadas, se la apartó de la boca y contestó:

—No le han hecho víctima de ningún chantaje. —Y continuó fumando.

Phyllis Leeds se echó a reír nerviosamente.

—Míster Barkler conoció a tío Alden en Klondike —dijo—. Afirma que ningún hombre en la tierra podría estafar a tío Alden, porque, según dice, es demasiado diestro con un revólver.

—No en Klondike, en Tanana —dijo Barkler por vía de corrección y sin quitarse la pipa de la boca.

—Viene a ser lo mismo —dijo la joven.

Barkler pareció no haberla oído, pues no añadió palabra alguna.

—Él y tío Alden se encontraron hará un año —explicó Phyllis—. Son grandes amigos… viejos compinches como suele decirse.

—¡Compinches! —exclamó despectivamente Barkler—. Fuimos compañeros, y no se equivoquen ustedes respecto a Alden. Nadie es capaz de hacerle pagar un chantaje.

—El cheque que tiene usted habla por sí mismo —dijo Phyllis Leeds al abogado.

—Sí, acepto este caso —aclaró Mason—, necesitaré dinero… dinero por mis servicios, dinero para investigaciones. Acudiré a una agencia de detectives y pondré algunos hombres a la obra. Será un poco costoso…

Barkler se quitó la pipa de la boca tras haberle dado unos chupetazos.

—Los abogados baratos no son buenos —dijo sentenciosamente —. A Alden no le han estafado, Phyllis. Lo que pasa es que se encuentra en algún conflicto que ignoramos. Déle a Mason un cheque y déjele que trabaje… Pero no hay nada de chantaje. Desde ahora le apuesto lo que quiera.

Phyllis Leeds abrió el bolso y sacó un cuaderno de cheques.

—¿Cuánto necesita usted? —preguntó a Perry Mason.

Capítulo 2

Paul Drake, jefe de la Agencia de Detectives Drake, se dejó caer sobre el gran sillón de cuero del despacho de Mason. Su columna vertebral no tenía, al parecer, más rigidez que una manguera, por lo que su barbilla quedó a la altura de sus rodillas. Sus pies quedaron apoyados en el brazo opuesto del sillón. Habitualmente se acomodaba así y adoptaba una actitud de extrema fatiga. Sus ojos tenían una mirada apagada e inexpresiva y su voz un deje de cansancio. Su aspecto de general lasitud y de lúgubre desinterés por la vida, impedía que nadie sospechase que se trataba de un detective particular.

—Dame un cigarrillo, Perry, y te comunicaré las tristes nuevas —dijo Drake.

—¿Qué te parece? —rió Mason, mirando a Della Street y arrojando su pitillera al detective—. ¡El muy zángano viene aquí a fumarse los cigarrillos a cambio de confesarnos sus fracasos!

—Te equivocas —dijo Drake, extrayendo un cigarrillo y rascando un fósforo—. En este caso hice una buena faena. La rubia que cobró el cheque dio el nombre de Marcia Whittaker. Su dirección concordaba con la que tenía su licencia de automóvil… pero no era su dirección. No obstante, el nombre era el verdadero y no tardé en averiguar dónde había vivido.

—¿Dónde había vivido? —repitió Mason.

—Naturalmente. Ella no había pensado en que tendría que dar su nombre en el Banco. El cajero se lo pidió, la muchacha tuvo el suficiente talento para darle el verdadero para que coincidiese con el de su licencia de conducción. También tuvo el talento de regresar a casa, empaquetar sus cosas y mudarse aquella misma tarde.

—¿Dejó algún rastro? —preguntó Mason.

—Por supuesto que no. ¿Para qué diablos crees que se trasladó?

—¿Y eso representa el resultado de todas tus investigaciones? —preguntó sarcásticamente Mason.

Drake guardó silencio mientras extraía una gran bocanada de humo que expelió a continuación, y luego reanudó su informe como si no hubiese oído el comentario de Mason.

—Husmeé un poco por la casa donde había tenido su departamento. El banquero la había descrito como una mujer llamativa. Busqué a la patrona y la interrogué sobre la clase de establecimiento que regentaba y conseguí asustarla. Dijo que estaba dispuesta a ayudarme, pero que la muchacha no había dejado su nueva dirección. Le dije entonces que necesitaba saber algo de los hombres que visitaban a Marcia Whittaker. No me dio resultado. Entonces pregunté a la patrona si alquilaba departamentos al primero que se presentaba sin pedir referencias. Me contestó que no era así. Generalmente las pedía, aunque reconocía que si la joven daba referencias que parecían buenas y no titubeaba, rara vez escribía para comprobarlas.

»Concretándonos a Marcia Whittaker averiguamos que cuando tomó el piso, había dado como referencia un tal L. C. Conway, gerente de la Compañía Conway, sita en el número seiscientos noventa y dos de la avenida Herrod.

Mason encendió un cigarrillo.

—No está mal, Paul.

—Pura suerte —contestó Paul con indiferencia—. No me alabes tanto por esto… aunque habrías sido el primero en censurarme si no hubiese encontrado el nombre. De todos modos, fue un golpe de suerte. Inmediatamente me fui a la avenida Herrod número seiscientos noventa y dos. La Compañía Conway tuvo un despacho allí durante un par de meses. Había recibido mucha correspondencia, y luego se había trasladado repentinamente sin dejar nueva dirección.

»Conseguí una descripción de L. C. Conway. —Drake sacó del bolsillo un cuaderno de notas, lo abrió y leyó—: «L. C. Conway, de unos cincuenta y cinco años; cinco pies de estatura; pesa ciento noventa libras; calvo por delante; pelo negro y rizoso hacia la mitad de la cabeza. Tiene una ligera cojera, debida a una lesión en el pie derecho… Nadie sabe dónde vive ni en qué se ocupa».

—¿No pudiste averiguar nada? —preguntó Mason frunciendo el

ceño.

—Nada —contestó Drake—. Pero me enteré de un detalle significativo.

—¿Qué?

—El día después de su traslado, toda la correspondencia dejó de llegar a su despacho.

Mason contempló pensativo su cigarrillo un momento.

—¿Dejarían en la Administración de Correos la nueva dirección?

—Sí.

—¿Alguna probabilidad de averiguarla?

—Ninguna —contestó Drake—, pero compré un cheque postal de veinticinco dólares pagaderos a la Compañía Conway, suscribí la nota de que era en pago de la mercancía pedida por mí hacía un par de meses y pedí que la enviasen por correo a una dirección determinada. La libranza la envié a la avenida Herrod número seiscientos noventa y dos.

—¿Cómo te enteraste de la clase de mercancía que ella vendía? —preguntó Mason.

—No me enteré —contestó Drake—, pero un prójimo como éste no es probable que rechace veinticinco dólares cuando sólo tiene que tomarse la molestia de enviar al remitente cualquier cosa por su dinero.

Mason hizo gestos de aprobación.

—Buen trabajo, Paul. ¿Te contestaron?

—Sí. —Drake se volvió de lado para poder meterse la mano izquierda en el bolsillo interior de la americana—. Averigüé lo que vendía el pájaro y conseguí su dirección.

—¿Qué vendía?

—Dados amañados para jugar con trampa —declaró Drake, y a continuación sacó una carta del bolsillo y empezó a leer—: «Muy señor nuestro: Tenemos la costumbre de hacer nuestras entregas por mensajero y nunca por correo. Recibido su apreciable pedido, pero olvidó usted consignar si tiene alguna preferencia por color o tamaño. A menos que recibamos orden suya en contrario, le entregaremos dos pares de nuestros cubos de marfil, corrientes. Les acompañarán, naturalmente, el acostumbrado premio».

—¿Quién firmaba? —preguntó Mason.

—Firmaba: «Guy T. Serle, presidente» —contestó Paul Drake.

—¿Dirección? —preguntó Mason.

—East Ranchester doscientos nueve.

—¿Y qué más?

—Pensé que me convenía verte para recibir tus instrucciones. ¿Crees que debo dejarle hacer el envío?

—Y seguir al individuo que te lo entregue —contestó Mason—. Hay que dar con Conway y vigilarle. Tienes que descubrir quién es Serle.

—Bueno, Perry. Por supuesto que el mensajero será probablemente un pillo que se figurará que es un gángster peligroso porque vende dados falsos, pero puede conducirnos a algo. Yo…

Se interrumpió porque empezó a alborotar el teléfono de Mason.

—Adiós, Paul, ya nos veremos —dijo Mason, y cogió el receptor.

La muchacha de la centralilla anunció:

—Miss Leeds al habla, dice que es un asunto de la mayor importancia.

—Póngala —ordenó Mason, y añadió dirigiéndose a Drake y cubriendo la embocadura con la mano—: Quédate un momento, Paul. Es la joven Leeds… Sí… Sí, aquí míster Mason, miss Leeds.

Phyllis Leeds estaba tan excitada que gritaba sin darse cuenta.

—Míster Mason, ha ocurrido la cosa más terrible.

—Veamos qué —dijo el abogado.

—Jason Carrel, uno de los parientes, ha metido a tío Alden en un sanatorio y no quiere decirme dónde.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Mason.

—Esta mañana temprano vino a buscar a tío Alden para dar un paseo en automóvil. Como no regresaran al cabo de una hora, empecé a preocuparme. A tío Alden no le gustan los paseos largos, y no creo que le agrade mucho pasear con Jason. Su coche estaba ya en el garaje. Le pregunté dónde había dejado a tío Alden, y me contestó que se había puesto muy malo mientras paseaban y que había tenido que llevarle apresuradamente a un sanatorio y llamar a un doctor, y que éste había insistido en reposo y tranquilidad absolutos al menos durante dos días. Añadió que se disponía a venir a comunicármelo cuando me presenté.

—Perfectamente, yo arreglaré eso en seguida —dijo Mason—. Escuche ahora algo que es más importante de lo que parece. ¿Le gusta a su tío el juego?

—No, no particularmente.

—¿No ha intervenido nunca en juegos de azar con grandes posturas?

—Oh, no. Bueno, espere un momento. Intervino en un pequeño juego hace unos días… Quizás hará una semana.

—¿Con quién estuvo jugando?

—Con Milicant.

—¿Pariente de Emily? —preguntó Mason.

—Sí, hermano suyo.

—¿Cuánto perdió el hermano?

—No lo sé. Creo que ganó.

—¿Cuánto?

—No lo sé… Hubo algunos comentarios, bromearon un poco.

—¿Fueron grandes las posturas?

—No… a veinticinco centavos la tirada o algo por el estilo. No entiendo mucho de juego.

—¿Dónde puedo encontrar a John Milicant?

—No sé exactamente dónde vive. Puedo averiguarlo por Emily.

—Averígüelo. Tráigamelo al despacho, necesito hablar con él. No se preocupe por lo de su tío. Conseguiré un mandamiento de *habeas corpus* y se lo haré tragar a Jason Carrel.

—¿Y no tengo nada más que hacer?

—No.

—¿Nada para ayudar a mi tío?

—Nada —contestó Mason—. Traiga a John Milicant y olvídese de todo. No se preocupe.

Colgó el teléfono y se volvió a Paul Drake.

—Bien, Paul. No es nada importante. Los parientes aprietan el cerco al viejo, eso es todo. Adelante y ocúpate en lo de la Compañía Conway.

Mientras Drake abandonaba el despacho, Mason añadió, dirigiéndose a Della Street:

—Redacte una petición para un mandamiento de *habeas corpus*. Lo presentaré al juez Treadwell y se lo meteremos a Jason Carrel por los ojos.

Capítulo 3

Cuando Mason y Della Street regresaron de almorzar, Paul Drake ya había vuelto y los estaba esperando.

—¿Hay noticias, Paul? —preguntó en seguida Perry Mason, con disimulado interés.

—Hemos localizado a Marcia Whittaker —contestó Paul Drake.

—Buen trabajo, Paul. ¿Cómo lo lograste?

—Oh, dando patadas por ahí —dijo Drake con acento de cansancio—. Indagamos en las oficinas de Luz, Agua y Gas. La mujer tenía presentada una petición para luz eléctrica y gas. Se trata de un piso alquilado. Está comprando muebles para instalarse.

Mason encendió un cigarrillo y contempló el fósforo unos momentos antes de apagarlo.

—¿Marcia Whittaker es el verdadero nombre de la muchacha? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Por tu informe deduzco que es un poco bohemia. Ahora alquila un piso y empieza a comprar muebles. ¿Qué ha ocasionado esta repentina estabilidad?

—El cobro de los veinte mil dólares —opinó Drake.

Mason movió lentamente la cabeza.

—Eso la habría impulsado a fachendear, no a establecerse… Della, eche un vistazo a los periódicos… estadística demográfica. Quizá dé la casualidad…

Los dos hombres fumaron en silencio.

Unos minutos después, Della lanzó un grito triunfal.

—¿Esto es lo que usted quiere? «L. C. Conway, cincuenta y siete, con Marcia Whittaker, veintitrés, intención de contraer matrimonio».

—¡Está bueno! —refunfuñó Drake descorazonado—. Creí haber

hecho algo notable y todo lo que tenía que hacer era estarme sentado en mi despacho y abrir el periódico… Un nuevo caso de profesional derrotado por el aficionado.

Mason se echó a reír.

—¿Alguna cosa más de Conway, Paul?

—Nada de provecho. Los veinte mil dólares influyeron decisivamente, al parecer, en la vida del tal Conway. Vendió su negocio a Guy T. Serle y concedió a éste el derecho de seguir utilizando el nombre de Compañía Conway.

—¿Sabe Serle dónde está Conway?

—Lo ignoro. Mira, Perry, ¿qué te parece esto? —Drake sacó del bolsillo un par de dados y los arrojó sobre la mesa.

Mason miró los dados, los recogió, los hizo rodar tres o cuatro veces y se echó a reír.

—Me avergüenzo de ti, Paul —dijo.

—Ésa es la mercancía que me entregó la Compañía Conway —explicó Drake con toda seriedad—. Dos pares de dados falsos y un premio especial.

Mason abrió un cajón de su mesa y arrojó los dados en él.

—¿En qué crees que consiste el premio, Perry? —preguntó Drake.

—En unos naipes marcados.

—No, en un lindo billete de lotería.

Mason soltó un silbido.

—¿Hiciste seguir al que te lo trajo?

—Naturalmente. El pájaro recorrió veinte o treinta direcciones y regresó luego a East Ranchester. Descubrí a Serle: un individuo de unos cuarenta años, nervioso, vivaracho, seis pies de estatura, más bien delgado, facciones angulosas, rubio, ojos tristes, viste un traje a cuadros. Le hice vigilar para ver si tiene algún contacto con Conway… Pero ahora tenemos una buena pista. Podemos localizar a Conway haciendo seguir a la muchacha.

Mason arrojó su cigarrillo con rápida decisión.

—Me gustaría más hablar con la muchacha que con Conway —declaró—. Della, cuando llame Phyllis Leeds, dígale que el juez Treadwell ha dictado el auto de *habeas corpus*.

—¿Por qué elegiste a Treadwell? —preguntó Drake.

—Porque tiene un *arcus senilis* —rió Mason.

—¿Qué es eso?

—Una de las cosas que a los siquiatras les gusta sacar a relucir en los casos de demencia senil. Oirás hablar mucho de ello dentro de uno o dos días. Vámonos.

Ya en el coche de Paul Drake, dijo Mason:

—Recuerda, Paul, que estoy al servicio de Phyllis Leeds y que no trabajo para Emily Milicant.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Drake, mirándole de reojo.

—Por prudencia —contestó el abogado.

Viajaron en silencio durante largo rato. Luego, Drake dobló una esquina y dijo:

—Aquí es. ¿Algún procedimiento particular de aproximación?

—No —contestó Mason—. Tendremos que coger nuestras cartas y decidir cómo jugar nuestra baza cuando veamos el triunfo.

Tocaron el timbre dos veces, luego oyeron pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Una rubia vestida con un pijama oro y azul, se les quedó mirando con evidente decepción.

—Oh, creí que era el hombre de los cortinajes —dijo.

—¿Miss Whittaker? —preguntó Mason.

—Yo misma.

—Queremos hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre un asunto particular.

Y como la joven continuase bloqueando la entrada, Mason añadió:

—Algo que creo que usted preferiría discutir donde los vecinos no lo oigan.

La muchacha miró a las otras puertas que se abrían sobre el porche.

—Entren —dijo.

Drake cerró la puerta detrás de ellos. Marcia Whittaker los guió silenciosamente escaleras arriba.

La sala de estar tenía persianas, pero no cortinas. El suelo estaba cubierto con una flamante alfombra. Los muebles parecían demasiado rígidos y ostentosos, como si no se hubiesen acostumbrado todavía a su nuevo ambiente.

—Siéntense —invitó ella con voz indiferente.

Mason estudió su rostro; el pelo amarillo con una franja más

oscura en las raíces; su piel, que parecía bastante delicada cuando su rostro estaba en calma, pero que mostró pequeñas líneas rígidas que aparecieron entre la nariz y las comisuras de la boca, cuando se colocó un cigarrillo entre los labios y encendió diestramente un fósforo en la suela de sus chinelas.

—Muy bien —dijo—. Veamos lo que tienen que decirme.

—Se trata del cheque que cobró usted —dijo Mason.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Pero no puede una cobrar un cheque sin que la acosen como a una fiera? Ustedes parecen creer que soy la única persona de la ciudad que ha cobrado un cheque. Fui una tonta por dar mi dirección. Me di cuenta cuando ya no tenía remedio.

—¿Qué origen tuvo ese cheque?

—Es asunto que no debe interesarle a usted.

—¿Qué hizo usted con el dinero?

—Nada le importa a usted.

—El caso es —dijo Mason— que ese cheque fue extendido por un hombre de setenta y dos años que ahora está recluido en un sanatorio.

—Lo lamento mucho —comentó ella con indiferencia.

—Sus parientes nombrarán un tutor si pueden —añadió Mason —, y cuando el tutor esté nombrado, pedirá todos los documentos. Naturalmente, para un tutor no hay nada más satisfactorio que suscitar conflictos, y el nuestro encontrará un buen pretexto en el cheque.

—¿Qué conflictos podría suscitar —preguntó la joven, y añadió significativamente— para mí?

—Usted tiene el dinero —replicó Mason.

—No, no lo tengo.

—Entonces se va usted a casar.

La joven se quedó mirándole y no dijo nada. Mason estudió unos momentos la expresión de sus ojos.

—¿Por qué no se casa Conway con usted? —preguntó al fin.

La joven enrojeció vivamente.

—Oiga, ¿con qué derecho se inmiscuye usted en mis asuntos?

—Me interesan —murmuró Mason.

—Está bien. Puesto que está usted decidido a inmiscuirse en mi vida privada. ¿Por qué se figura que no se casará conmigo?

Mason contempló la punta de su cigarrillo.

—¿Cree usted que alguna vez lo pensó?

—Claro que lo pensó. Me lo había prometido siempre, y luego su familia… —se interrumpió bruscamente y quedóse pensativa.

—Si me pide usted mi opinión —dijo Mason—, le diré que creo que su familia no tiene derecho a darse importancia. Usted es tan buena como ellos.

—Oiga —dijo ella, bruscamente, entornando los ojos—, ¿cómo sabe usted todo eso?

—Oh, estoy enterado de más de lo que usted supone —contestó Mason.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Mason.

—¿Y su compañero?

—Se llama Drake.

—Bien, ¿qué pretenden ustedes?

—Créalo usted o no —dijo Mason—, no pretendemos nada. Creí deber comunicarle a usted lo del cheque. Claro que Phyllis está enterada de todo.

—¡Oh! ¿De veras?

—Y Emily —añadió Drake.

Durante una fracción de segundo desapareció todo rastro de color del rostro de la muchacha. Sus ojos acentuaron su expresión de temor.

—¡Emily lo sabe!

—Sí, Emily Hodgkins —prosiguió Mason.

Marcia Whittaker se llevó el cigarrillo a los labios, extrajo una profunda bocanada, la exhaló, sacudió la ceniza con el dedo meñique y repitió:

—¿Emily Hodgkins?

—Sí, una auxiliar empleada por Phyllis Leeds.

—¡Oh!

—¿No la conoce usted?

—No conozco a ninguna.

—Su amiguito podría aprovecharse de los veinte mil dólares si no fuese nombrado el tutor —insinuó Mason.

Ella se contempló las chinelas durante varios segundos, luego levantó la mirada hacia Mason y dijo simplemente:

—Bien, le comprendo a usted.

—Sería una lástima que su amigo cometiese una indiscreción —insistió Mason.

—Le comprendo a usted —repitió ella, impaciente—. No necesita usted insistir más.

—Bonito piso tiene usted —dijo Mason, poniéndose en pie—. Va a ser un lindo nido.

Acudieron repentinas lágrimas a los ojos de la muchacha.

—¡Por amor de Dios, no me martirice! —exclamó—. He bailado al son de su música sin que usted me dijese siquiera su propósito, y lo menos que puede hacer ahora es no herir mis sentimientos.

—Perdóneme —murmuró Mason.

Los siguió ella hasta el comienzo de la escalera. Tenía contraídas las comisuras de la boca. Rodaban las lágrimas por sus mejillas, pero se mantenía erguida y desafiadora, observando cómo los dos hombres trasponían la puerta de la calle.

—A juzgar por la manera de hablar de aquel banquero y por tus comentarios sobre los informes que te dieron en la casa de vecindad, yo esperaba encontrar una luz roja sobre su puerta.

—Recuerda —repuso Drake— que yo sólo pedí informes a las personas que ocupaban los departamentos inmediatos y la patrona que regentaba el establecimiento.

—Perfectamente, supongamos que tuvieran razón. La muchacha es joven. Conway quiso utilizarla en aquel asunto del cheque. Y la manera de atraerla fue prometiéndole que se casaría con ella cuando terminase la operación.

—¿Crees que la conquistó para el asunto del cheque? —preguntó Drake, poniendo el coche en marcha.

—Naturalmente —contestó Mason.

—¿Y por qué toda esta agonía para cobrar un cheque? —preguntó Drake—. No veo que el asunto tuviera tanta importancia.

—Pues es nuestra pista más significativa —repuso Mason—. Tiene una importancia decisiva en este caso.

Phyllis Leeds y John Milicant esperaban en el antedespacho de Mason cuando el abogado regresó a su oficina.

John Milicant, un individuo rechoncho, de unos cincuenta años y pelo negro, caminaba con una cojera imperceptible… una ligera torcedura de su pie derecho. Estrechó la mano del abogado, se

sentó, cruzó las piernas, consultó su reloj de pulsera y empezó a hablar.

—Phyllis me dijo que quería usted enterarse de ciertos detalles acerca de Alden Leeds. Le agradecería muchísimo que fuese breve. Tengo que acudir a una cita.

—¿Qué opinión le merece a usted, Alden? —preguntó Mason—. Me refiero a su estado mental.

—Es un poco raro a veces, un poco excéntrico, pero no está más loco que yo…

—¿Tuvo usted ocasión de observarle durante las últimas semanas?

—Durante el último mes principalmente —contestó Milicant—. Venía a verle de vez en cuando.

—Tío Alden disfrutaba mucho con John —intervino Phyllis—. John era el único que podía competir con él al ajedrez.

—No, no sé si él y mi hermana van a casarse o no —dijo Milicant—. No me interesa. Allá ellos. Supongo que mi hermana tendrá suficiente perspicacia para hacerle comprender que nunca tocará un céntimo de su dinero. No lo necesita.

—¿Debo interpretar que le agradaría que se lo dejase a los parientes? —preguntó Mason.

—Si yo estuviera en sus zapatos —dijo Milicant—, se lo dejaría todo a Phyllis.

—¿Jugó usted últimamente con él algún juego de azar?

—Sí. El domingo me parece que fue.

—¿Posturas importantes? —preguntó Mason.

—Regulares.

—¿Consideraría usted como demasiado personal que yo preguntase cuánto ganó él?

—No ganó —contestó Milicant—. Gané yo unos cien dólares, lo suficiente para comprarme unos trajes. Pero él pareció impresionarse mucho con la pérdida.

—Yo creo que fue porque tomó aquello como broma —intervino Phyllis—. Recordará, John, que comentaron ustedes mucho la partida.

Milicant se echó a reír.

—Es que yo estoy acostumbrado a hablar a los dados. No se puede esperar que hagan nada por uno si no se les habla.

—Un momento —interrumpió Mason—. Necesito consultar unos datos. Si puede usted esperar nada más que un instante, míster Milicant, no le detendré arriba de cinco minutos.

Milicant volvió a consultar su reloj de pulsera mientras Mason cruzaba el despacho, entraba en la biblioteca y se deslizaba luego por la puerta del pasillo hacia el despacho de Drake.

Mason hizo una seña a la secretaria del detective, levantó las cejas en silenciosa interrogación y señaló hacia el despacho particular de Drake. La muchacha hizo un gesto afirmativo y Mason entró y encontró al detective sentado en su pequeño cubículo, con los pies sobre la mesa, leyendo un periódico.

—Escucha, Paul —dijo Mason—, que me aspen si sé si esto es una corazonada o es que desconfío naturalmente de mis conciudadanos. John Milicant está en mi despacho. Tiene unos cincuenta y cinco años, cinco pies de estatura, es algo rechoncho, viste bien, calvo hasta la mitad de la cabeza y tiene una ligera cojera.

—¿Qué quieres decir con eso, Perry? —preguntó Drake, frunciendo el ceño.

—Vuelve a leer aquella descripción… la que tienes de L. C. Conway.

Drake sacó su cuaderno de notas y repasó cuidadosamente la descripción.

—Coinciden las señas —dijo—. Claro está, Perry, que coincidirán también con las de otros muchos individuos.

—Lo sé —dijo Mason—, pero vale la pena intentarlo. Milicant abandonará mi despacho dentro de dos minutos. ¿Dispones de algún hombre que pueda seguirle?

—Le seguirá uno cuando se marche —prometió Drake.

Mason regresó a su despacho.

—Necesitaba consultar un detalle —dijo a Milicant—. No le retengo a usted más.

Milicant estrechó la mano de Mason.

—Si puedo servirle en algo —dijo—, no dude en llamarme.

—Así lo haré —prometió Mason, y añadió, dirigiéndose a Phyllis Leeds—: ¿Qué tal esos nervios?

El rostro de la joven se ensombreció. Bajos sus ojos había unas profundas ojeras.

—Perfectamente —contestó—. Pero estaría más tranquila si supiese que tío Alden se encuentra bien.

—Se encuentra perfectamente —la tranquilizó Mason—. Algún doctor le tiene ahora bajo la influencia de aquel soporífero. Ese *habeas corpus* les va a dar un buen susto. ¿Qué dice míster Barkler de todo eso?

—No lo sé. No está allí. No sé a dónde ha ido.

—¿Cuándo salió?

—Esta mañana temprano.

—¿No dijo a dónde iba?

—No. Es muy raro. Entra y sale cuando le agrada.

—Perfectamente —dijo Mason—. Vuelva a casa. Trate de descansar un poco. Tranquilícese. Esto no es más que una escaramuza preliminar. Reserve sus energías para la verdadera lucha. Cuando se celebre el juicio para lo del *habeas corpus* procure que Emily Milicant no asista. No conviene que parezca demasiado interesada.

—¿Por qué? —preguntó John Milicant.

—Porque el juez Treadwell pudiera pensar que está esperando hundir las garras en Leeds tan pronto como el tribunal decrete su libertad.

—Comprendo —asintió Milicant—. Es un buen consejo. Vamos, Phyllis. Tengo que darme prisa para acudir a aquella cita.

Capítulo 4

La sala de audiencia del juez Treadwell estaba atestada de público. Phyllis Leeds, sentada al otro lado de la barandilla y con visibles muestras de desasosiego, devolvió a Mason su tranquilizadora sonrisa con una nerviosa contracción de sus labios.

Luego le indicó que quería hablarle y Mason se inclinó para acercar el oído a su boca.

—¿Por qué tanta gente? —preguntó la joven.

—La publicidad, el dinero, el romanticismo y el ansia de emociones —contestó Mason—. La gente acude a esa combinación como las moscas a un plato de miel… Ahora deme usted algunos detalles de los otros parientes, sin que parezca que usted me los señala.

—Aquel que está hablando ahora con el abogado es Jason —dijo la joven—. El individuo sentado detrás de él es tío Freeman.

Mason los miró disimuladamente y comentó:

—Su tío Freeman parece una persona testaruda.

—Y lo es —confirmó la joven—. Cuando se le mete una idea en la cabeza, ya no hay manera de sacársela ni con dinamita.

—Dejaremos que el juez Treadwell haga ese trabajo —dijo Mason, sonriendo irónico.

—Jason es más astuto —añadió la joven—. Es un hipócrita de buenas palabritas que siempre trató de hacer creer a tío Alden que le quería… llevándole a excursiones en auto y demás… Aquel otro es Harold Leeds, el hijo de Freeman, el que anda de puntillas. Siempre anda así por casa. Cuando pueda volar solo, promete ser una buena pieza, pero por ahora no tiene muchas probabilidades. Tío Freeman le tiene bajo su pulgar y no le deja tener un coche ni le permite…

Guardó silencio al oír que el alguacil ordenaba a la concurrencia

que se pusiera en pie. Se abrió la puerta que daba a las cámaras, y el juez Treadwell avanzó con lenta dignidad hacia los tres alfombrados escalones que conducían a la plataforma levantada en el fondo de la sala, y tomó asiento detrás de la tribuna de nogal. El alguacil entonó mecánicamente la fórmula que anunciaba que el tribunal abría la sesión, y un momento después el juez Treadwell miró a Mason desde su alto sitial y dijo:

—Quisiera hacer unas preguntas a la demandante.

Mason, puesto en pie, hizo una seña a Phyllis Leeds.

—Levántese y preste juramento, miss Leeds —dijo—. Acérquese a aquella mesa. ¿Desea Usía que el letrado interrogue a la testigo?

—El tribunal hará las preguntas —contestó el juez—. ¿Qué edad tiene, miss Leeds?

—Veintitrés años —contestó la joven, con voz chillona por la nerviosidad.

—¿Y su tío vive con usted?

—Sí… es decir, vivía. Yo regento su casa y le llevo los libros.

—Me gustaría saber algo de la familia —dijo el juez Treadwell, en tono de camaradería—. Su tío, según tengo entendido, no es casado.

—Siempre ha sido soltero, en efecto.

—Hábleme de la familia.

—Figuran en ella tío Freeman, un hermano más joven de tío Alden, su hijo Harold y Jason Carrel.

—¿Jason es hijo de una hermana? —preguntó el juez.

—Sí, de una hermana ya difunta. Era la más joven de la familia… es decir, de las hermanas.

—¿Cómo se lleva usted con su tío, miss Leeds?

—Muy bien, pero lo mismo que otro cualquiera. El tío nunca pierde su humor, es bondadoso, cortés y considerado.

—Y los demás miembros de la familia, ¿cómo se llevaban…?

El abogado de la parte contraria se puso en pie.

—Perdóneme, Usía —dijo—. Lamento muchísimo oponerme a la pregunta del tribunal.

—No lo haga entonces —repuso el juez.

—Debo hacerlo en interés de mi cliente.

—¿Representa usted a Freeman Leeds?

—Sí, señor juez, a Freeman Leeds, a Harold Leeds y a Jason

Carrel.

—¿En qué funda su objeción?

—Esta es sencillamente la petición de un mandamiento de *habeas corpus*. El peticionario alega ciertos informes y cree que Alden Leeds está retenido contra su voluntad. Yo me propongo demostrar que no hay tal cosa. Leeds se encuentra bajo la custodia de parientes cariñosos, al cuidado de un médico a causa de urgente necesidad.

—Tendrá usted su oportunidad —dijo el juez Treadwell con calma—. Por el momento, el tribunal trata de averiguar algunos detalles referentes a los asuntos familiares y a la situación general de las partes.

—A eso es precisamente a lo que me opongo —insistió el abogado—. Lo considero improcedente, impertinente y sin relación alguna con el objeto de esta vista.

—Se rechaza la objeción —sentenció el juez, y como viera que el abogado seguía en pie, le dijo suavemente—: Si el letrado tiene algunas otras objeciones que hacer, hágalas, y el tribunal decidirá. De lo contrario, siéntese.

El juez volvió a dirigirse a Phyllis Leeds.

—¿Qué hay de los demás miembros de la familia? ¿Cómo se llevaban con su tío?

—La misma objeción —saltó el abogado de la parte contraria.

—La misma decisión —replicó el juez con toda fría calma.

—Pues se llevaban perfectamente —contestó la joven—. Es decir, hasta… hasta que tío Alden… No sé cómo expresarlo.

—¿Tenía amistades extrañas? —preguntó el juez.

La joven asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Esto es todo lo que quería saber —dijo el juez—. Tengo entendido que el peticionario alega que Alden Leeds fue llevado por Jason Carrel a dar un paseo en automóvil y que ya no regresó. Voy a hacer unas preguntas a míster Carrel. Adelántese, haga el favor.

Jason Carrel, un joven delgado, de unos treinta años, de pómulos muy salientes, ojos muy juntos, y una maraña de pelo negro como el carbón que arrancaba desde la mitad de la frente, se adelantó y prestó juramento.

—Por la lectura de la réplica a la demandada —dijo el juez, cuando Carrel hubo dado al alguacil su nombre, edad y residencia

—, tengo entendido que llevó usted a su tío a dar un paseo en automóvil.

—Sí, señor juez.

—¿Qué hizo usted con él?

—Le llevé a un sanatorio porque presentaba síntomas de…

—¿Es usted médico?

—No.

—¿Preguntó usted a su tío si quería ir al sanatorio?

—No, porque creí…

—No importa lo que usted creyera. La pregunta es si se lo preguntó usted a su tío.

—No. No creí que estuviera en condiciones de contestarme.

—¿Conservaba el conocimiento?

—¡Oh, sí!

—¿Estuvo usted hablando con él?

—Sí.

—¿Hizo él alguna objeción al entrar en el sanatorio?

—Ciertamente.

—¿Y cómo fue vencida tal objeción?

—Yo le dije al doctor que…

—No es ésa la cuestión —interrumpió el juez bondadosamente, pero con firmeza—. ¿Cómo fue vencida su objeción?

—Dos enfermeros le metieron dentro.

—No tengo más que preguntar —terminó el juez.

—Si me lo permite Usía, quisiera hacer una manifestación —dijo el abogado de los parientes—. Creo que tengo derecho a…

—Venga esa manifestación —dijo el juez—. El tribunal escuchará cuantos testigos quiera usted presentar. ¿Tiene usted a Alden Leeds en la sala?

—No, señor juez.

—La orden del tribunal fue de que lo trajese usted aquí.

—La entendimos, señor juez, pero fue físicamente imposible. El doctor Londonderry, aquí presente, testificará.

—Muy bien, que testifique —decidió el juez Treadwell.

El doctor Londonderry era un hombre de unos cincuenta y tantos años, inclinado a la corpulencia, de complexión sanguínea, ojos grises de expresión fría, y modales francamente nerviosos. Al ocupar el estrado de testigos se ajustó a la nariz unos espejuelos que

colgaban de una cinta negra y ancha.

El juez Treadwell se inclinó para observarle mientras el doctor se recostaba en su asiento con aire de completa indiferencia.

—¿Conoce usted a Alden Leeds? —le preguntó su abogado.

—Lo conozco.

—¿Cuándo lo vio usted por primera vez?

—Cuando lo llevaron a mi sanatorio en un automóvil guiado por Jason Carrel.

—¿Fue ésa la primera vez que vio usted a Alden Leeds?

—Sí.

—No le preguntamos ahora lo que le dijo Carrel. Queremos solamente saber lo que usted vio y lo que hizo. Sírvase decir exactamente al tribunal lo que sucedió.

Con la voz precisa y engolada de un profesional que se siente preparado para sufrir el más severo interrogatorio, el doctor Londonderry empezó su relato.

—Fui requerido para que me aproximase al automóvil. Me encontré con un hombre de unos setenta y dos años, aproximadamente, de aspecto físico algo débil, y que padecía, al parecer, de una psicosis bien desarrollada. Se mostró incoherente en sus palabras y violento en sus acciones. Inmediatamente advertí un bien definido *arcus senilis* en la pupila de su ojo derecho. El *arcus senilis*, si se me permite explicarlo, es debido a una hialina, degeneración de las células de la córnea. Es, según mi experiencia, indicio de las primeras fases de la demencia senil. Prescindiendo, como creo debo hacerlo, a causa de los estrechos límites que se me permiten en mi testimonio, de la historia del caso y limitando mi declaración únicamente a lo que yo mismo vi, supe o hice cuando el paciente entró en el hospital, diré que le examiné para cerciorarme de la conciencia, orientación de ideas, memoria y juicio. Yo ya había observado la inestabilidad de sus emociones.

—¿Qué encontró usted? —preguntó el abogado.

—Me encontré con un caso de demencia senil bien definida.

—¿Y qué sugiere usted que debe hacerse al paciente?

—Debe colocársele bajo el debido cuidado y observación. Con el transcurso del tiempo, revelará trastornos mentales progresivos y una completa incapacidad para ocuparse de sus propios asuntos. Irá haciéndose cada vez más susceptible a los halagos, a la falsas

amistades y al engaño. Su progreso de la enfermedad puede contenerse hasta cierto punto con un tratamiento adecuado: abandono de las preocupaciones, de los negocios, y particularmente, de la necesidad de cualquier índole de tomar decisiones en absoluto.

—¿Fue a indicación suya, doctor, por lo que el paciente no ha sido traído ante el tribunal esta mañana?

—No sólo a indicación mía, sino a órdenes terminantes. En su actual estado nervioso, el paciente se abría excitado enormemente de haber sido traído a una vista pública. Yo no me habría hecho responsable de las consecuencias de tal presentación. Míster Leeds es un hombre muy enfermo mentalmente.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo el juez a Mason.

Mason se retrepó en el sillón giratorio de nogal, colocado detrás de la mesa de los letrados, estiró las largas piernas y hundió la barbilla en el pecho. Ni siquiera miró al testigo.

—¿El paciente decía incoherencias cuando lo vio a usted por primera vez? —preguntó con voz monótona.

—Sí.

—¿Excitado?

—Sí.

—¿Iracundo?

—Sí.

—¿Y por esos detalles diagnosticó usted una demencia senil?

—Por esos y por otros detalles.

—Bien, procedamos con orden. Esos detalles le ayudaron a usted en su diagnóstico de demencia senil, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Ira e irritabilidad son síntomas de demencia senil, doctor?

—Sí, señor; definitivamente.

—Tengo entendido, doctor, que existe otra enfermedad parecida: demencia precoz o esquizofrenia.

—No es lo mismo que la demencia senil.

—Comprendido doctor. Según he leído, en los casos de demencia precoz existe un estado de ataxia mental. El paciente muestra apatía, se vuelve completamente indiferente a lo que le rodea y no se preocupa en absoluto de lo que se haga con él.

—Es cierto.

—¿Míster Leeds no padecía esta enfermedad?

—Ciertamente que no. Ya le he explicado a usted mi diagnóstico.

—Sí; por otra parte, si hubiese usted observado alguna apatía extraña en las emociones, ¿habría usted sospechado demencia precoz?

—Ciertamente que lo habría sospechado.

—Bien —dijo Mason, con la barbilla hundida todavía en el pecho—; veamos a dónde nos conduce eso, doctor. Un hombre de setenta y dos años de edad sale de paseo con su sobrino. El sobrino abandona bruscamente la ruta y lleva al tío a un sanatorio. Dos enfermeros salen del establecimiento y empiezan a tirar del tío para sacarle del coche. Aparece usted entonces en escena. Encuentra al paciente arrebatado de ira y, como usted ha dicho, en estado de incoherencia. ¿No es natural que un paciente se muestre iracundo en tales circunstancias?

—Depende de las circunstancias.

—Pero si no se hubiera mostrado iracundo, usted habría diagnosticado inmediatamente un estado como de síntoma letárgico de ataxia mental, ¿no es cierto?

—La pregunta no me parece pertinente.

—Quizá no lo sea —dijo Mason, con el tono de quien desecha un asunto—. Prosigamos con su diagnóstico. Usted vio que se puso furioso al ser arrancado del coche. Usted diagnosticó, en consecuencia, que se trataba de un caso de demencia senil, ¿es así?

—No hay tal cosa —exclamó el doctor Londonderry indignado —. Le he dicho a usted los factores que entraron en mi diagnóstico. Su pregunta es un intento deliberado de deformar mi testimonio.

—No se enfade, doctor —dijo irónicamente Mason—. No le conviene enfadarse. Veamos; ¿qué edad es, la que tiene usted?

—Cincuenta y seis años.

—Un poco pronto para que se desarrolle la demencia senil, ¿no es cierto, doctor?

—Sí —contestó de mala gana el facultativo.

—Entonces trate de conservar su buen humor, doctor, y yo trataré de ser lo más claro posible. Usted declaró que hubo otros síntomas. El único que observó usted, según creo, fue un *arcus senilis*.

—Bien, eso es suficiente.

—¿Un *arcus senilis* revela, para usted, el trastorno mental?

—Sí; es un síntoma.

—Tenga la bondad de describirnos lo que es un *arcus senilis*, pero no en términos técnicos.

—El *arcus senilis* aparece como un anillo en forma de cuarto creciente en la periferia exterior de la córnea.

Mason levantó repentinamente la cabeza.

—¿Parecido al anillo en forma de cuarto creciente que presenta el ojo de nuestro honorable presidente? —preguntó.

Coincidiendo con la pregunta, el juez Treadwell se inclinó por encima de la tribuna para mirar al testigo.

El doctor Londonderry, desconcertado, miró al juez y enrojeció vivamente.

—Claro está —se apresuró a decir— que un *arcus senilis* no es por sí mismo indicio de una psicosis. Es un síntoma.

—¿Síntoma de qué? —preguntó el juez con acritud.

—Es un síntoma de degeneración física que, considerado en unión de otros síntomas, puede indicar un trastorno mental.

—En otras palabras —añadió el juez—, que si a mí me llevan a dar un paseo en automóvil y dos enfermeros me sacan a rastras del coche y yo monto en cólera, eso, unido a mi *arcus senilis*, le induciría a usted a creer que padezco de demencia senil, ¿no es cierto?

El testigo se agitó en su asiento.

—Permita Usía que le diga que la pregunta no me parece muy pertinente —rezongó.

—Puesta para información —prosiguió el juez— le diré que tengo este *arcus senilis* desde hace veinte años, y añadiré que no aguantaría de muy buen talante que los enfermeros de su institución se permitiesen atentar contra mis libertades. ¿Tiene el letrado que hacer alguna otra pregunta? —preguntó el juez, dirigiéndose a Mason.

—Ninguna, señor juez.

El juez se recostó en su sitial.

—El tribunal opina —dijo— que esta vista ha durado lo suficiente. Al tribunal no le importa afirmar que éste es meramente otro de esos casos en que un hombre, algo lejano ya el otoño de su

vida, se ve acosado por parientes codiciosos, cuyo afecto está basado en consideraciones financieras, impacientes de que el objeto de su fingido cariño abandone su envoltura mortal, dejando tras de sí, claro está, un testamento a su favor.

»El tribunal no se siente impresionado en lo más mínimo por las razones que ha expuesto el doctor Londonderry por no haber presentado a Alden Leeds ante la sala. Este tribunal siente ya agotada su paciencia hacia las personas que creen que una orden judicial no tiene más importancia que el rótulo en que se prohíbe el estacionamiento de los coches en determinado lugar. El tribunal va a considerar la conveniencia de presentarse en el sanatorio del doctor Londonderry para examinar al paciente. Si el tribunal lo acuerda así, solicitará la ayuda de algún reputado psiquiatra para que dictamine sobre el estado de Alden Leeds. Si aparece que Alden Leeds está en posesión de sus facultades mentales en la amplitud acostumbrada en un hombre de su edad, el tribunal adoptará una enérgica decisión por el flagrante y deliberado desacato de su orden de presentar al citado Alden Leeds en esta sala.

»Señores: el tribunal suspende la sesión hasta las dos de la tarde. Saldremos inmediatamente para el sanatorio del doctor Londonderry. El alguacil se cuidará de que el sheriff proporcione los medios de transporte para el doctor Londonderry y los representantes de las partes. El tribunal advierte específicamente a todos que cualquier intento de comunicar con el sanatorio y de preparar al personal para la visita de inspección que vamos a realizar, será considerado como un desacato a nuestra autoridad.

—Pero tenga en cuenta, señor juez, que este hombre es… —empezó a protestar el abogado de la parte contraria.

—Siéntese —le ordenó el juez Treadwell—. El tribunal ha dictado su orden. Se aplaza la sesión hasta las dos de la tarde.

El alguacil golpeó la mesa con su mano. El juez Treadwell bajó con judicial dignidad los peldaños de la tribuna y desapareció por la puerta de las cámaras.

Unos treinta minutos después, Mason estacionaba su coche frente al sanatorio. El coche del sheriff, ocupado por el juez, Freeman Leeds, Jason Carrel, el doctor Londonderry y el abogado, esperaba ya junto a la acera.

—Muy bien —dijo el juez Treadwell—, parece ser que las partes

interesadas ya están aquí; podemos entrar en el sanatorio. Guíenos, doctor, y recuerde que deseo presentarme al paciente sin previo anuncio.

Entraron en el sanatorio.

El doctor Londonderry, ceñudo e indignado como gato mojado, avanzó por un largo pasillo. Una enfermera, de blanco uniforme almidonado, salió a su encuentro.

—La llave de la habitación treinta y cinco, haga el favor —dijo Londonderry.

—¿Conservan ustedes cerrada esta puerta? —preguntó el juez.

—No tenemos más remedio —contestó el doctor—. Pero todo lo que tiene que hacer el enfermo cuando desea algo es oprimir un botón. Con pacientes de esta clase es imprescindible tenerlos tranquilos.

—Muy bien —dijo el juez—. Veremos lo que tiene que decir a eso el paciente.

La enfermera sacó una llave. El doctor Londonderry la cogió, la metió en la cerradura, empujó y se apartó a un lado.

—Visitas para usted, míster —anunció—. Pase usted primero, miss Leeds.

Se inclinó ante Phyllis, luego retrocedió y se irguió, revelando su semblante la mayor sorpresa.

No había nadie en la habitación.

Durante unos silenciosos segundos, el pequeño grupo permaneció inmóvil, contemplando perplejo la alegre habitación que contenía un inmaculado lecho de hospital, una mecedora, una mesilla de noche esmaltada en blanco y un tocador con un espejo. La puerta abierta de un cuarto de baño dejaba ver un suelo de baldosas blancas, un lavabo de porcelana, con un armario botiquín y un espejo sujeto a la pared. Parte de la bañera era visible un poco más allá de la puerta abierta.

El doctor Londonderry cruzó la habitación, acabó de abrir la puerta del cuarto de baño, miró al interior, y luego giró rápidamente sobre sus talones, y olvidando completamente a sus acompañantes, se abrió paso por entre ellos para salir al pasillo y llamar a la enfermera.

—¿Dónde está el paciente del treinta y cinco? —preguntó.

La enfermera dirigió una mirada de sorpresa a la habitación.

—¡Pero si estaba ahí hace una hora! —exclamó.

El juez Treadwell cruzó la habitación para examinar la ventana a la que se ajustaba una reja ornamental que cerraba el paso a un pequeño balcón de unos cuatro pies de ancho.

—Ésa es una precaución que tomamos en la mayoría de las habitaciones de la planta baja —explicó el doctor Londonderry, algo apresuradamente—. Se impide así que se escape el enfermo.

—Pues con éste no sirvió de nada —dijo el juez secamente.

—Perdóneme —repuso el doctor, abriendo la ventana y forcejeando en la reja de hierro—. El paciente no salió por esta ventana… ¿Dónde están las ropas, enfermera?

—En los roperos: armario treinta y cinco.

—Tráigalas —ordenó el doctor.

—Supongo que este paciente no andará dando vueltas por ahí en ropas interiores —comentó el juez.

—Llevaba un pijama, una bata y pantuflas —explicó el doctor.

Abrió el cajón inferior del tocador. No contenía más que algunas toallas y sábanas. En el segundo cajón descubrió una bata cuidadosamente doblada y encima un pijama y unas pantuflas.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Tiene que haberse ido desnudo!

Sonaron unos pasos apresurados en el pasillo. La enfermera regresó y se quedó mirando a todos en horrenda consternación.

—¡La puerta del armario estaba cerrada y las ropas han desaparecido! —exclamó.

—¡No lo creo! —intervino Phyllis Leeds—. Esto es alguna triquiñuela que nos quieren jugar.

—Si es una triquiñuela —dijo el juez— le costará caro al que la haya discurrido. Le prometo darle alojamiento donde no podrá hacer ninguna travesura durante algún tiempo.

—¡Usted es responsable de esto! —gritó el doctor, encarándose con la enfermera—. ¿Cómo pudo suceder?

—No lo sé, doctor —contestó la mujer, y sus espantados ojos y su pálido semblante indicaron que decía la verdad—. Vine a ver al paciente hará una hora. Unos diez minutos después, me detuvo un individuo en el pasillo y dijo que venía a visitar a Alden Leeds. Yo le contesté que teníamos orden estricta de que Alden Leeds no recibiese visitas. Él replicó…

—¿Y ese individuo la abordó a usted en el *pasillo*? —interrumpió

el doctor—. ¿Cómo consiguió llegar hasta él? Es de suponer que las visitas pasen antes por las oficinas para ser autorizadas.

—No lo sé, doctor —contestó la enfermera—. Todo lo que puedo decir es que entró hasta aquí. Yo le dije que era absolutamente imposible acceder a sus deseos, pero él replicó que el médico de cabecera había dicho que no habría inconveniente.

—¿El médico de cabecera? —replicó el doctor.

—Sí, doctor.

—¿Mencionó mi nombre?

—No, nada más dijo el médico de cabecera. Como parecía tan seguro de lo que decía, le llevé hasta la puerta de la habitación treinta y cinco y le enseñé el cartel que decía: «No se admiten visitas». Le expliqué también que el enfermo era un psicopático y que bajo ninguna circunstancia podía permitirse que le visitase nadie sin orden de usted. Poco después de eso, la paciente del quince tuvo un colapso. Es un caso postoperatorio, y acudí a socorrerla lo mejor que pude. Presentaba síntomas de hemorragia interna. Estuve ocupada hasta hace unos momentos, en que pareció sentirse mejor. La última vez que me asomé aquí, el enfermo parecía contento y tranquilo.

—¿Puede usted describirnos al individuo que vino a visitarle? —preguntó el juez.

—Era un individuo delgado, de unos cincuenta y cinco a sesenta años, ojos grises y rostro atezado. Vestía un traje a cuadros y fumaba en pipa. Llevaba el cabello más bien largo color castaño, con ramalazos grises en las sienes…

—Ned Barkler —exclamó Phyllis Leeds, y se llevó inmediatamente las manos a los labios, como deseando recoger las palabras.

—¿Le conoce usted? —dijo el juez mirando a ella.

—Uno de los amigos de mi tío responde a esa descripción —contestó la joven.

—¿Uno de los que cooperaron con los otros parientes? —preguntó significativamente el juez.

—Oh, no… Claro que no puedo estar segura de que sea el mismo, pero las señas coinciden… Es un antiguo compañero de exploraciones de mi tío.

—¿Dónde vive? —preguntó el juez.

—Vive en casa con tío Alden.

El rostro del juez se serenó ligeramente.

—Evidente —dijo—, el paciente no era tan incapaz de obrar como usted creía, doctor. Espero que encontrará usted a su tío en casa —añadió, volviéndose a Phyllis Leeds—. Sugiero que vaya usted allí inmediatamente… En cuanto a usted, doctor, opino que su negativa a presentar a Alden Leeds ante el tribunal fue un acto de desobediencia a su orden. Se le hará a usted comparecer para que exponga las razones que crea pertinentes antes de ser declarado culpable. Creo que ya no hay nada que hacer aquí, señores. —Hizo un gesto a Phyllis Leeds y añadió—: Para mi propia satisfacción, le agradeceré me comunique si encontró a su tío en casa. El comisario sheriff la llevará a usted inmediatamente.

Capítulo 5

Perry Mason, Della Street a su lado, guiaba velozmente su coche hacia la ciudad.

—¿Qué sucedió en el sanatorio? —preguntó Della—. Salieron todos apresuradamente y metieron a Phyllis Leeds a toda prisa en el coche del sheriff.

Mason contó brevemente lo que había sucedido.

—¿Y qué ocurrirá ahora? —preguntó Della Street.

—Ahora vamos a nuestro despacho, Phyllis Leeds nos telefoneará probablemente para decirnos que su tío se encuentra en casa. El tribunal le hará comparecer cuando se reanude la vista del *habeas corpus*. Y allí terminará todo.

—¿Y nosotros qué tendremos que hacer?

—Terminaremos también —contestó el abogado—, a menos que Leeds quiera que nosotros hagamos algo en lo de aquel cheque de veinte mil dólares.

—¿Cree usted que querrá?

—No —confesó Mason—. Creo que no le agradará mucho lo que ya hemos hecho… Pero no consigo desechar mi corazonada de que John Milicant es realmente L. C. Conway.

—¿Ha averiguado algo Paul Drake?

—Hace mucho que no hablo con él. Me telefoneó para darme un informe sin importancia. Le dije que esperase a que nos concediesen el *habeas corpus*. Ahora entraré en su despacho para ver lo que tiene que comunicarme antes de que volvamos al tribunal.

—Me parece que va usted muy de prisa, jefe —dijo la joven, indicando con la mirada el marcador de velocidad.

—Pues todavía no ha visto usted nada —rió Mason—. Mire ahora.

—Lo que veo es que se le pasó a usted esa luz roja del semáforo

—observó la secretaria.

—No se me pasó —contestó el abogado—. Lo hice a propósito.

—Conque a propósito, ¿eh? Pues conmigo…

Se interrumpió al oír el alarido de una sirena directamente detrás del coche.

Mason continuó manejando el volante en estólido silencio, mientras los motoristas del tránsito le daban alcance. Uno de ellos, dejando el coche patrulla, se puso a extender un ticket. El otro apoyó arrogantemente un pie en el estribo y preguntó con sorna:

—¿Dónde es el fuego?

—En Central y Clark —contestó Mason.

El agente pareció sorprenderse.

—¿Qué se quema? —preguntó.

—Mi despacho.

—¿Se está usted burlando de mí o habla en serio?

—Lo único que puedo decirle es lo que acaban de comunicarme por teléfono. Mis documentos más importantes corren peligro, y naturalmente quiero presentarme allí.

—Veamos su tarjeta, ciudadano.

Mason le entregó una tarjeta.

—Perry Mason, ¿eh? Bien, anula ese ticket, Jim. Vamos a llevar a este individuo a su despacho. Si es mentira lo que dice, le pondremos una multa que le balde. Sígame.

El coche patrulla tomó la delantera sin dejar de tocar la sirena. Mason lanzó el suyo detrás.

—Como le iba a usted diciendo —comenzó Mason, reanudando su conversación con Della—, a mí las paradas me tienen a veces sin cuidado.

—Pues esa despreocupación le va a costar a usted el máximo de multa —replicó ella.

—Pero habremos conseguido llegar al despacho —repuso él.

—Y perderemos lo adelantado teniendo que explicar el asunto a los guardias.

—No —dijo Mason, esquivando hábilmente un camión paralizado en un cruce por los alaridos de la sirena de la policía—. Esto no se lo podremos explicar a esos pájaros. Hay cosas que no pueden explicarse.

—Jefe, ¿qué se propone usted hacer?

—Maldito si lo sé —confesó él, con un visaje—, pero es una aventura emocionante, ¿no es verdad, Della?

—Mire, jefe, usted puede ser todo lo aventurero que quiera, pero no cuente conmigo.

Mason lanzó una mirada de reojo.

—¿Bromea? —preguntó.

—No; hablo en serio.

—¿Tiene miedo, Della?

—Llámelo como quiera —contestó la joven, indignada—. Voy a bajarme.

—¿Cómo? No puedo parar ahora.

—No, pero habrá una oportunidad. Aquí tendrá que detenerse por ese lío del tránsito. ¡Jefe, déjeme bajar!

Mason accionó los frenos y detuvo el coche. Su perfil parecía de granito.

—Bien, nena —dijo burlón—; escriba cuando llegue.

—Para tarjeta la que le van a escribir a usted los guardias —dijo ella, abriendo la portezuela y saltando a la calle en el preciso momento en que se deshacía el nudo del tránsito y Mason pisaba el acelerador para seguir al coche de la policía.

Acortaron algo la velocidad al entrar en la arteria principal. Los agentes cesaron de utilizar la sirena, se abrieron paso al amparo de una señal de tránsito y se detuvieron en una zona reservada. Mason detuvo su coche detrás del vehículo policíaco.

—No hay señales de fuego por aquí —dijo uno de los agentes en un tono desafiador.

—Es arriba, en mi despacho —explicó Mason—, y será un fuego pequeño. ¿Pensó usted que estaba ardiendo el edificio?

Los agentes cambiaron una mirada y agarraron a Mason por un brazo.

—Bien, Jim —dijo uno de ellos—; sube con este pájaro; yo me quedaré aquí. Si se trata de un engaño, detenlo por conducción temeraria. Lo llevaremos a Jefatura… Perry Mason, abogado, ¿eh? Muy bien, hermano, es usted uno de esos sabiondos, pero hay una pequeña ley que ignora usted.

Mason se encogió de hombros. Apareció en su rostro un gesto juvenil y despreocupado.

—¿No ha sido una hermosa carrera? —preguntó.

—Vamos dijo el agente, cogiendo a Mason por el codo y medio empujándole hacia la puerta y metiéndose en el ascensor.

Mason encendió, displicente un cigarrillo mientras el vehículo le depositaba en su piso.

—Bravo, ciudadano —dijo el guardia—; usted dirá dónde es el fuego. Guíeme, a ver si me convenzo.

Mason echó a andar pasillo adelante y abrió de un empujón la puerta de entrada a sus oficinas. Una vaharada de humo acre hirió su olfato. La muchacha que acostumbraba ocupar la mesa de información daba vueltas de un lado a otro con un vaso de agua. Las estenógrafas contemplaban la escena con expresión de asombro.

—¿Dónde es el fuego? —gritó Mason a la muchacha del vaso de agua.

—En su despacho particular —contestó la joven—. Pero creo que hemos acudido a tiempo.

Mason y el guardia entraron en el despacho. Un cesto lleno de papeles carbonizados enviaba columnas de humo hacia el techo. El fuego había abierto en la alfombra un agujero. Un ángulo de la mesa de Mason estaba socarrado.

La joven de la centralita telefónica, una muchacha alta, delgada, con lentes, habló rápidamente a Mason mientras el agente observaba los daños.

—Lo siento —dijo—, pero no he podido remediarlo. Estaba usted en el teléfono y grité, al ver por el humo que teníamos fuego. No sé cómo se han prendido esos papeles. Una de las chicas debió de entrar en su despacho y dejaría caer cenizas de su cigarrillo. El fuego ya había tomado mucho incremento cuando yo lo descubrí, pero ahora ya está dominado. ¿Cómo llegó usted tan pronto?

—Despediré a esas chicas —tronó Mason—. Averigüe quién fue la culpable y ajústele la cuenta. Ésta es una de las cosas que les he advertido a usted particularmente repetidas veces. —Se volvió al agente, extendió la mano y añadió—: Gracias a usted, Jim, hemos llegado a tiempo. Hay documentos valiosísimos en esa mesa, y también unos buenos cigarros. ¿Quiere usted coger un puñado para usted y su compañero?

—Lo cogeré —dijo el agente, sonriendo—. No sé quién dijo que: «Una mujer es solamente una mujer, pero un buen cigarro es humo».

Mason le entregó un doble puñado de cigarros.

—Yo no puedo suscribir esos sentimientos, Jim —le dijo—. Recientes acontecimientos me han convencido de que las mujeres han sido injustamente menospreciadas.

—Bien, quizá tenga usted sus buenas razones —sonrió el agente.

Mason escoltó a la autoridad hasta el pasillo.

—Oiga, ¿qué fue de la joven que estaba con usted en el coche? —preguntó el guardia.

Mason se echó a reír.

—No pudo resistir aquella velocidad —contestó—. Se puso a morir del susto.

Mientras la jaula bajaba al agente, un ascensor ascendente se detuvo para descargar a Della Street. Mason la miró y se echó a reír.

—Bien se burló usted de mí —dijo.

—No tuve más remedio —contestó la secretaria—. No estaba segura de poder realizar lo que proyectaba y no quise hablarle de ello. ¿Dio resultado?

—¡Que si dio! Incidentalmente, Gertrude merece un aumento en la paga.

—Lo necesita —dijo Della Street—. ¿Qué hace usted aquí en el pasillo?

—Acabo de deshacerme de la policía.

Echaron a andar juntos pasillo adelante. Mason se asomó a la puerta del despacho y vio que Gertrude, de rodillas, frotaba con todas sus fuerzas la chamuscada alfombra.

—Gertrude —le dijo—, levántese y reciba la bendición de la Orden de los Violadores del Tráfico. Es usted una chica que promete. En el fondo del cajón de la derecha de esa mesa encontrará una botella de whisky y vasos. Mientras sirve usted el whisky, Della llenará el cheque que le eleva a usted el salario en veinte dólares al mes a partir del pasado… ¿Se asustó usted mucho?

La joven le miró, luchando por contener su inesperada emoción.

—¡Un aumento de veinte dólares! —exclamó.

Mason asintió con la cabeza.

—Gracias, míster Mason. Yo… verá usted, yo…

Mason abrió gravemente el cajón de la mesa y sacó una botella de whisky y vasos. Gertrude Lade, alta, delgada como un raíl, de formas angulosas y rostro plano, tomó el vaso de whisky que Mason

le entregaba, le sonrió y lo apuró de un trago.

—A su salud —dijo, devolviendo a Mason el vaso vacío—. Escuche, jefe, cuando necesite que yo haga algo por aquí, no dude en llamarme y… gracias por el aumento.

Dio la vuelta y se dirigió a largas zancadas a la puerta que comunicaba con el antedespacho.

Mason terminó su whisky, dejó el vaso y sonrió a Della Street.

—Habla como un guardia —dijo.

—Mucho me temí que tuviera que discutir con ella —comentó Della Street—. Pero todo lo que tuve que decirle fue: «El patrón está en un apuro. Entre en su despacho y prenda fuego al cesto de los papeles donde no se ocasionen daños superiores a diez dólares». Yo esperaba que me dirigiera algunas preguntas y discutiera, pero todo lo que preguntó fue: «¿Nada más?».

Mason rió por lo bajo, descolgó el receptor y dio una orden.

—El encontrar una muchacha para la mesa de información y para la centralilla nos ha costado trabajo, pero creo que hemos acertado ahora. La respuesta que le dio a usted no tiene precio.

—Su voz no reveló la menor emoción —comentó Della—. Fue tan natural como si yo le hubiese dicho que echase una carta al correo.

—Bien —dijo Mason—, guardemos este whisky antes de que venga Drake, o nos dejará secos, además de fumarse nuestros cigarrillos. Llame a Emily Milicant y dígale que quiero verla lo más pronto posible.

Della Street recogió los vasos vacíos.

—Los lavaré y los volveré a guardar —dijo.

Unos segundos después, Drake llamó a la puerta y Mason le dio permiso para entrar.

Capítulo 6

El detective se tumbó en el gran sillón de cuero, tan desmadejadamente como un pingajo que cuelga de una puerta.

—Diablos —refunfuñó—, aquel prójimo es más astuto que una manada de zorros.

—¿Te refieres a Milicant? —preguntó Mason.

—Me refiero a Milicant. Le puse un hombre cuando abandonó tu despacho, y por si fuera poco, mandé otro para ayudarle. Milicant ni siquiera miró una vez hacia atrás. Se dirigió todo derecho a su asunto, haciendo sudar a mis sabuesos mientras él representaba el bonito papel de un hombre que recorre la ciudad para acudir a sus citas comerciales. Luego, cuando lo creyó oportuno, dio a mis hombres esquinazo y no han vuelto a saber más de él. Los despistó no mirando nunca hacia atrás y no haciendo el menor movimiento sospechoso, obrando siempre como si se dirigiera directamente a sus negocios.

—¿No sería casualidad? —preguntó Mason.

—¡Quiá! —replicó Drake—. Mis hombres no son tan novatos como para confundirse de ese modo… aunque lo parezcan por la manera que tuvo Milicant de engañarlos.

—Eso le hace parecerse cada vez más a Conway —dijo Mason—. Pero dejémoslo ahora. Dentro de unos minutos Emily Milicant va a venir a este despacho. Yo voy a decirle cosas que le obligarán a ir a la caza de su hermano. Ten preparados unos hombres para cuando salga de aquí.

—Parece ser que el asunto va en serio —comentó Drake.

—Pienso obrar sin contemplaciones, Paul —repuso el abogado —. ¿Tienes alguna cosa más que comunicarme?

—Me pareció entender que querías que investigase el pasado de Emily Milicant.

—¿Te dije yo eso? —preguntó Mason.

—No en tantas palabras, pero leí claramente tu pensamiento.

—Habrá que creer en la telepatía. ¿Y qué averiguaste?

—No mucho. Espero más detalles tan pronto como mi agente de Seattle haga un par de averiguaciones.

—¿Por qué Seattle? —preguntó Mason.

—La muchacha fue bailarina de un cabaret.

—¿En Seattle?

—No, en Klondike.

—¿Cuándo? —preguntó Mason.

—Entre los años mil novecientos seis y mil novecientos siete. ¿No has oído nunca hablar de «M and N Dance Hall» de Dawson?

—Me parece haber oído algo de eso.

—Había dos salones de baile —explicó Drake—; el «M and N» y el «Flora Dora». Emily Milicant estuvo en el «M and N».

—Bien, ahora ya vamos a alguna parte —dijo Mason—. Lo que me dices hace a Emily Milicant cada vez más incomprensible para mí. *Quizá* conociera a Leeds allá en Klondike. Pon a trabajar a tus hombres, Paul, y veamos lo que pueden averiguar.

—Bien —dijo Drake—. ¿Cómo se te quemó la alfombra, Perry?

—Oh, fue cosa de Della —comentó Mason—. Un incendio premeditado. Cuando tengas ocasión dile que te lo cuente.

Drake levantóse trabajosamente del sillón.

—No trates de despertar mi curiosidad, Perry. No la tengo. No investigaría lo de esta miserable alfombra a menos que me pagases por ello.

—¿Tampoco sientes curiosidad por lo de Emily Milicant? —sonrió Mason.

—Eso es diferente —replicó el detective—. ¿Durante cuánto tiempo quieres que se la vigile?

—Solamente hasta que nos conduzca a Conway.

—Bien. Yo…

Se abrió la puerta del antedespacho. Della Street entró con los tres vasos ya limpios.

—Emily Milicant acaba de llegar —anunció.

—¿Le dijo usted que ha tratado de ponerse en comunicación con ella? —preguntó Mason.

—No.

—Buena muchacha. ¿Qué desea?

—Nada más que ver si hay alguna novedad.

—Dígale que quiero hablarle. Que espere un minuto.

Drake contempló los tres vasos de whisky y dijo significativamente:

—Me parece que he llegado aquí demasiado tarde.

Mason cogió los vasos de manos de Della Street y los dejó sobre la mesa. Drake hizo un guiño picaresco.

—¡Oh!, no te detengas y mételos en el cajón, Perry —dijo—. Sé que los guardas en el primero de la derecha. Sería ridículo en un detective si no lo supiera.

Mason se echó a reír.

—¿Dispondrás de algunos hombres para que sigan a Emily Milicant cuando se marche, Paul?

—Sí.

—¿Sabes si hubo algún marido en su vida?

—Dicen que estuvo casada con un individuo llamado Hogarty, pero carezco de detalles.

—¿Qué fue de él? ¿Se divorciaron?

—No lo sé. Lo supongo. Ella lleva ahora su nombre de soltera.

Sonó el teléfono.

—Espera un momento, Paul —dijo Mason—. Probablemente será Phyllis Leeds. Dije a Gertrude que no llamase por este teléfono a menos que se tratase de alguien relacionado con el caso Leeds. Oiga. ¿Quién es?

—Soy yo, míster Mason —respondió la voz de Phyllis por el aparato—. Tío Alden no estaba en casa. Cuando llegamos aquí, nos lo encontramos todo tirado y revuelto.

—¿Toda la casa?

—No. Solamente el despacho de tío Alden. Los papeles estaban tirados por el suelo, los cajones fuera de las mesas y los archivos abiertos. El sheriff se dedicó a investigar inmediatamente.

»Escuche, míster Mason, tío Alden extendió otro cheque de veinte mil dólares pagadero a L. C. Conway y endosado lo mismo que la otra vez. En esta ocasión el cheque fue cobrado por una mujer de unos cuarenta y cinco años, de ojos negros y pómulos salientes. Al mismo tiempo que entregaba el cheque entregó una carta escrita por tío Alden en la que éste le decía que si se ponía

alguna dificultad para pagar el cheque, retiraría su cuenta corriente del Banco.

—¿Dejó algún nombre esa mujer? —preguntó Perry Mason.

—No. Parecía conocer sus derechos. Fue muy lacónica. Insistió en que se le pagase el cheque en efectivo. El cajero del Banco dice que no hay duda de que era la letra de tío Alden. Estuvo tentado de negarse a pagar, pero le asustó la nota de mi tío.

—Necesito ver ese cheque, y desde luego con urgencia —dijo Mason.

—Ya me he cuidado de eso —contestó la joven—. El Banco tiene ya mis instrucciones y dentro de diez minutos se presentará en su despacho un mensajero con el cheque.

—¡Buena muchacha! —exclamó el abogado—. ¿Sigue usted tan preocupada?

—No. Creo que tío Alden sabrá cuidar de sí mismo ahora que está libre, pero me siento trastornada.

—¿Por quién? —preguntó Mason.

La joven se echó a reír.

—No lo sé. A veces se me figura que es por causa de tío Alden.

—Bien, pues tranquilícese. Su tío marchará perfectamente. ¿Qué fecha tiene ese cheque?

—La de hoy. Fue arrancado del cuaderno que lleva en el bolsillo. Estoy segura de que lo escribió después de salir del sanatorio.

—Comuníqueme cualquier novedad que haya —dijo Mason.

—¿Y usted no sabe nada nuevo? —preguntó la joven.

—Seguimos trabajando —contestó Mason.

—Si encuentra usted a mi tío, ¿me lo comunicará?

—Ciertamente. ¿Quiere usted que Drake le envíe una de sus operarias para que la acompañe?

—No. ¿Para qué la necesito?

—Creí que estaría usted nerviosa con el registro del despacho.

—Me siento perfectamente, pero si veo a alguien rondando la casa, va a lamentar que le haya visto. Estoy lo suficientemente loca para pegarle un tiro a cualquiera.

—Muy bien, contenga usted esos nervios y no deje de avisarme cualquier novedad. Adiós.

Mason colgó el aparato y dio a Drake un resumen de lo que Phyllis le había dicho.

Drake movió la cabeza.

—Nosotros suponemos que estamos trabajando para Alden Leeds —dijo—, pero no sé por qué me parece que no le estamos ayudando en nada.

—Quizá no —convino Mason.

—Y Leeds se va a disgustar cuando se entere de lo que hemos hecho.

—Me figuro que ya lo sabe —dijo Mason—. Pero nos ha dado orden de que cesemos en nuestras actividades, y eso ya es algo. Adelante, pues, Paul. Reuniremos toda la información que podamos. Ordena a tu agencia de Seattle que procure darse prisa.

—Ya se lo he ordenado —contestó Drake—. Seguiremos a Emily cuando abandone el despacho. Hasta luego.

Se dirigió hacia la puerta con la misma cachaza que si dispusiese de todo el tiempo del mundo.

—Haga pasar a Emily Milicant —ordenó Mason a Della—. Y cuando el Banco envíe ese cheque, mándelo en seguida a un perito calígrafo. Entre tanto, procure encontrar alguna buena muestra de la escritura de Alden Leeds.

Della Street asintió con la cabeza y se retiró silenciosamente.

Mason abrió el cajón de su mesa y sacó el par de dados falsos que Drake le había dado. Los examinó un momento y se puso a hacerlos rodar aceleradamente sobre el tablero.

Emily Milicant parecía muy excitada. Le brillaron los ojos como con fiebre. Los hoyos de sus mejillas eran más pronunciados y más pronunciada la nerviosidad de sus gestos.

—¿No es algo terrible? —exclamó—. He estado hablando con Phyllis por teléfono.

Su mirada seguía la mano de Mason mientras éste rodaba los dados. El movimiento parecía aumentar su nerviosidad.

—Estoy deseoso de saber algo de su hermano —dijo Mason.

—¿De mi hermano? —repitió ella.

Mason asintió con la cabeza.

—Tengo entendido que pidió usted a Phyllis que lo trajera para hacerle algunas preguntas sobre cierto juego. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Lo que a mí me interesa particularmente —dijo Mason con calma— es saber si un abogado hábil podría demostrar que su

hermano le tiene a usted como un medio de vida.

—¿Qué quiere usted decir, míster Mason?

Mason observó la expresión de desasosiego que apareció en sus ojos como un gato alerta que cae sobre un ratón.

—¿Ha ayudado usted siempre a su hermano? —preguntó.

—No sé qué contestar a esa pregunta.

—Un abogado la obligaría a usted a contestar «sí» o «no».

—Supongo que todas las hermanas ayudarán a sus hermanos de vez en cuando. Malas hermanas serían si así no lo hiciesen.

—Exacto —convino Mason—. Eso nos lleva a la cuestión de qué entiende usted por «de vez en cuando».

—Pues siempre que un hombre se encuentra en un apuro o en un caso de urgencia.

—¿Le ha dado a usted su hermano alguna vez algo como ayuda? —preguntó Mason.

—No, yo me vi lanzada al mundo desde que era una chiquilla. Tuve que ganarme mi pan.

—¿Pero usted ayudó a su hermano?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—De vez en cuando.

—¿En forma de préstamo?

—Sí, es claro.

—¿Cuántos de estos préstamos le devolvió a usted?

—Pues… no lo sé… No se trata a un hermano lo mismo que a un extraño. Nunca he llevado cuentas.

—¿Cuánto dinero le dio usted en total?

—No lo sé. Ya he dicho que nunca llevé cuentas.

—¿Tanto como mil dólares?

—Es posible.

—¿Dos mil?

—Quizá.

—¿Tres mil?

—Realmente, míster Mason, no veo el objeto de esto.

—¿Cuatro mil?

—Pero, míster Mason.

—¿Cinco mil?

La mujer se irguió indignada.

—Pero, ¿qué puede interesarle esto?

—Si su hermano sube al estrado de testigos —explicó Mason—, el juez puede exigirle que exponga su situación económica y el origen de sus recursos. ¿Sería tanto como seis mil?

La joven parpadeó rápidamente, revelando su indignación.

—Ponga lo que usted quiera.

—¿Tanto como diez mil?

—No lo sé.

—¿Y de esta cantidad le pagó a usted alguna vez un céntimo? —preguntó Mason.

—No puedo decírselo.

Mason agitó suavemente los dados en el interior de su mano. Ella le observaba fascinada. Él los hizo rodar con un ademán lento y calculado.

—¡Por el amor de Dios! —saltó ella—. ¡Deje de rodar esos dados!

—¿Qué le pasa? —preguntó Perry, poniendo los dados sobre la mesa—. ¿No le gustan a usted?

—No… sí… ¡Oh!, no sé lo que me digo. Me ha puesto usted nerviosa.

—Permítame que le haga otra pregunta —dijo Mason—. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de la Compañía Conway?

—El nombre me es conocido. Oh, ya sé. Ése era el nombre que figuraba en el cheque. Alden dio un cheque a L. C. Conway.

—Exactamente —dijo Mason—. La Compañía está especializada en la venta de dados falsos… como este par… e incluye, como premio, un billete de lotería. La Compañía operaba originalmente bajo la dirección de L. C. Conway. Luego, hace unos días fue vendida, al parecer, a un individuo llamado Serle… Guy T. Serle, que ha trasladado el negocio a la avenida East Ranchester, número doscientos nueve. ¿Alguno de estos detalles significa algo para usted?

—Nada.

—Escuche, miss Milicant, voy a ser franco con usted. He aquí una descripción de L. C. Conway aproximadamente de cincuenta y cinco años, cinco pies, diez pulgadas, peso, alrededor de las ciento cincuenta libras, facciones duras, parcialmente calvo, con cabello negro formando pico cerca del centro de la cabeza. Tiene una ligera

cojera. ¿Le dice a usted algo esta descripción?

Ella sostuvo su mirada.

—¿Lo supone usted?

—Es muy posible.

—La descripción —dijo ella bruscamente— coincide con la de mi hermano.

Mason advirtió que sus manos se crispaban sobre los brazos del sillón.

—Es cierto —dijo Mason, como si la idea acabase de ocurrírsele también a él—. Así, pues, ¿me sugiere usted que su hermano y L. C. Conway son de veras una misma persona?

—Creí que era usted el que trataba de sugerírmelo a mí —replicó ella.

—Hará usted bien en comprobar la conducta de su hermano y la posibilidad de que él sea L. C. Conway que consiguió aquel cheque de veinte mil dólares de Alden Leeds.

El rostro de la mujer estaba tan pálido que el colorete naranja dejó de fundirse con su color natural.

—No pudo hacer eso —dijo lentamente—, no pudo hacerlo después de todo lo que yo he hecho por él. Sería una maldad terrible, cruel.

—Creo —dijo Mason en tono indiferente— que Leeds hizo gran parte de su fortuna como buscador de oro en el Yukon, ¿es cierto?

—Algo de eso le he oído.

—Debe de ser un gran país —comentó con admiración Mason.

—Aquello fue hace años —recalcó ella.

—¿Estuvo usted alguna vez allí? —inquirió el abogado, simulando indiferencia.

—No —contestó ella, sosteniendo la mirada.

—¿Y John? ¿Estuvo en Klondike o en el Yukon?

—No —repitió con la misma firmeza la mujer.

Mason sonrió para significar que la entrevista había terminado.

—Muchísimas gracias —dijo.

Por el momento, ella no hizo el menor movimiento para retirarse.

—¿Podría… querría usted decirme cómo llegó a sospechar que John sea L. C. Conway?

La sonrisa de Mason fue tan afable como evasiva.

—Yo creí —dijo— que la sugestión partía de usted. Yo me limité a leer la descripción de Conway, eso fue todo.

Ella notó el tono de despedida de su voz y se puso en pie al momento.

—¿Sabe Phyllis algo de esto? —preguntó.

—Nadie lo sabe, fuera del personal de mi oficina y de los que trabajan para mí.

Diez minutos después de salir Emily Milicant, Della Street anunció que Ned Barkler estaba en el antedespacho.

Mason ordenó que le hiciera pasar y unos segundos después estrechaba la mano del calmoso y completamente imperturbable explorador.

—¡Hola! —dijo Barkler con la pipa clavada entre los dientes—. No he visto a Phyllis, ¿y usted?

—Tampoco —contestó Mason—. Creo que está en su casa.

—No, no está allí.

—Quizás haya ido al Banco. ¿Estuvo usted en la casa?

Barkler se sentó, apretó el tabaco en la taza de su pipa y dijo:

—Algunos policías estuvieron allí, registrándolo todo en busca de huellas e indicios. A mí trataron de asustarme y yo les dije dónde tenían que ir de paseo.

—El despacho de Alden Leeds apareció revuelto —dijo Mason.

—Eso me han dicho —convino Barkler.

—¿Cómo acertó usted a localizar a Alden Leeds? —preguntó Mason, de pronto.

—¿En dónde?

—En el sanatorio.

Una red de pequeñas arrugas apareció en torno de los vivaces ojos de Barkler. Se quitó la pipa de la boca para reír por lo bajo. Mason no hizo ningún esfuerzo por apremiarlo, pero se recostó en su sillón giratorio, encendió otro cigarrillo y esperó.

Pasados unos momentos, Barkler prosiguió:

—Aquella gente debió de creerse que Alden era tonto. ¡Cristo bendito! Alden ha pasado por cosas que esos bastardos ni siquiera han soñado… y de todas ha salido bien. Una vez se encontró en un motín… Pero eso no hace ahora al caso…

—¿Consiguió usted ponerse en comunicación con él? —preguntó Mason.

—Verá usted cómo fue. Había un par de fuertes tiras de goma que retenían las cortinas del cuarto de baño. Alden las arrancó, las unió a otra y ató los extremos a los barrotes de hierro de la ventana. Luego escribió una nota pidiendo a quienquiera que la encontrase que me telefonease y me dijese dónde se encontraba. A continuación envolvió un trocito de jabón en el papel para darle peso… —Barkler se interrumpió para reír.

Su risa provocó un golpe de tos. La pipa se le apagó y rascó un fósforo para volverla a encender.

—¿Dio resultado? —preguntó Mason.

—¡Resultado! —exclamó Barkler—. ¡Vaya si lo dio! Je, je, je… Pasó un individuo por la calle. Alden colocó el proyectil, tensó la goma, y ¿querrá usted creer que dio al pájaro en la pata? El individuo estuvo maldiciendo un minuto, pero miró hacia arriba y vio a Alden en la ventana del sanatorio. Alden le hizo señas, con lo que él recogió la nota y la leyó y agitó la mano para indicar que había comprendido. Me figuro que pensaría que Alden era un chiflado, pero así y todo, decidió que no había mal alguno en comunicarme dónde se encontraba.

—¿No sabía usted que Phyllis había llevado el asunto a los tribunales? —preguntó Mason, rascándose la barba.

La risa de Barkler fue como el ruido del viento entre las hojas secas.

—¿Para qué diablos necesitamos Alden y yo los tribunales? —preguntó—. ¡Para nada! Me eché al bolsillo un viejo revólver y me fui a sacar a Alden. Iba dispuesto a armar el escándalo que fuera preciso, pero la cosa fue muy sencilla. Podía haberme llevado hasta las persianas.

Mason se echó a reír.

—Conoció usted a Leeds allá en Klondike, ¿verdad?

—En Tanana —corrigió Barkler.

—Debía ser un país salvaje —comentó Mason.

—Lo era. El hombre que no supiese cuidarse de sí mismo no tenía nada que hacer en aquel país.

—¿Estuvieron ustedes por Dawson? —inquirió Mason.

—Sí, lo recorrimos todo.

—¿Había por Dawson turbulentos salones de baile?

—Según a lo que usted llame turbulentos. Lo que pasaba es que

allí un hombre podía ejercitar su valor. He visto lugares peores.

—¿Conocía usted a algunas de las bailarinas? —inquirió Mason.

—A algunas.

—¿Y a una tal Emily Milicant?

Barkler no contestó a la pregunta por el momento. Sacó unas bocanadas de su pipa y sus penetrantes ojillos miraron a Mason a través de la humareda.

—Me voy a mudar de hotel —dijo con sorna.

—¿Por qué?

—Nada de particular. Pero me voy a mudar de hotel. No me agradan los policías, ese hatajo de entrometidos que lo revuelven todo en busca de huellas digitales.

—¿Buscaron las de usted?

—Sí.

—¿Las consiguieron?

—No.

—¿Dónde está ahora Alden Leeds?

—Ocupado en ciertos negocios.

—¿Pero no sabe usted dónde está?

—Ya aparecerá cuando lo crea conveniente.

—Tengo grandes deseos de verle. Es importante.

—Tendrá usted que esperar.

—Si le ve usted o puede darle un recado, ¿me lo comunicará?

—No.

—¿No?

—No. Alden puede ponerse al habla con usted si quiere. Él me mandó venir para darle a usted un recado.

—¿Qué recado es ése? —preguntó Mason.

—Me dijo que le comunicara a usted que se encuentra perfectamente, que no se preocupe por él y que siga trabajando como hasta ahora.

—Parece estar muy bien informado —dijo Mason.

Barkler volvió a reír entre dientes.

—Ya lo creo. Alden no es ningún tonto. ¿Se me olvida algo? ¡Ah, sí! Añadió que le dijese que aproveche usted el tiempo y que le diga a Phyllis que no se preocupe.

—¿No piensa volver a casa? —preguntó Mason.

—Por ahora creo que no —contestó Barkler.

—¿Por qué?

—Tendrá que preguntárselo a Alden.

—Pero si no sé dónde está, ¿cómo voy a preguntárselo? —replicó Mason, sonriendo.

—Es cierto —convino seriamente Barkler—. No puede usted.

Se puso en pie, se acercó a la escupidera y en ella volcó las cenizas de su pipa.

—Bueno, me voy. Dígale a miss Phyllis que me mudo de hotel por una temporada.

—¿Quiere usted decir que no volverá en varios días?

Barkler no contestó y se dirigió hacia la puerta de salida.

—Espere un momento, Barkler —le contuvo Mason—. Si no voy a ver a tío Alden Leeds, tengo aquí unos documentos que tendrá que firmar. Están en el antedespacho. Espere aquí un minuto y se los traeré.

Mason se dirigió rápidamente a la puerta que daba al antedespacho.

—Dese prisa —dijo Barkler, volviendo a acomodarse en el sillón de cuero. Gertrude Lade se levantó de la mesa del teléfono al ver que se acercaba Mason.

—¿Dónde está Della? —preguntó el abogado.

—Salió a llevar unos documentos al perito calígrafo.

—Vaya al despacho de Paul Drake. Dígale que Ned Barkler está en mi despacho, que se va a marchar ahora mismo, que le haga seguir. ¡De prisa!

Gertrude Lade se detuvo únicamente para hacer una pregunta.

—¿Le conoce míster Drake o se lo describo?

—Drake le conoce —contestó Mason.

La telefonista se quitó el casco y salió por la puerta del pasillo. Mason se detuvo el tiempo indispensable para coger del clasificador los documentos correspondientes a Leeds y regresó a su despacho.

—Desearía que me dijese usted si… —dijo al abrir la puerta, pero se interrumpió, mudo de sorpresa, al ver que no había nadie en la habitación.

Abrió entonces la puerta de salida y se lanzó al pasillo, hacia el ascensor. El pasillo estaba desierto.

Capítulo 7

Era más de medianoche cuando Perry Mason y Della Street, alegres y dicharacheros, entraron en las oficinas de Paul Drake. El hombre encargado de la centralilla telefónica conocía a Mason.

—¿Está el patrón? —preguntó el abogado.

—Sí. Acaba de llegar. Le avisaré que están ustedes aquí.

Atravesaron el salón de espera, empujaron una puerta giratoria situada al final, cruzaron un pasillo y entraron en un despacho de ocho por diez pies en el que Drake había colocado una pequeña mesa, un sillón giratorio, tres teléfonos, un fichero y una caja de acero.

—Ahora comprendo —dijo Mason— por qué te gusta despatarrarte en nuestro despacho. Aquí no tienes sitio para estirarte. Tienes que sentarte derecho como una banqueta para que los pies no se te salgan al pasillo en medio de una conferencia.

Drake, sin dejar de masticar goma violentamente, consultó los tres memorándums colocados frente a cada uno de los teléfonos.

—Da a Della aquella silla, Perry —dijo—. Tú puedes sentarte en la esquina de la mesa. ¿Qué plancha es la que te tiraste con ese prójimo de Barkler?

Mason se echó a reír.

—Calculé demasiado largo. Se me fue la mano.

Sonó uno de los teléfonos. Drake, masticando violentamente la goma, se acercó el receptor al oído.

—Oiga. Sí… bien, venga —y empezó a tomar notas.

En medio de estas anotaciones sonó el otro teléfono. Drake lo cogió y dijo en el transmisor:

—Espera un minuto, no te retires. —Acabó de tomar las notas y añadió—: Bueno, Frank. Espera otro minuto. Me van a hablar por el otro teléfono. —Se produjeron unos sonidos metálicos en el segundo

transmisor, y Drake los tradujo en notas sobre el bloque de cuartillas que tenía delante—. Vuelva a informar dentro de una hora —terminó diciendo, y colgó el receptor. Se dedicó a continuación al primer teléfono—. Bien, continuad vigilando. No dejéis que se os escabulla. Informadme tan pronto como haga algo.

—De todo esto deduzco que has dado con un filón —dijo Mason.

Drake escupió su goma en el cesto de los papeles, abrió un cajón, sacó dos nuevas barras y se las metió rápidamente en la boca.

—Cuando las cosas están calientes, se pone así —explicó Mason a Della Street.

Della observaba las mandíbulas del detective con una especie de fascinación.

—Si hubiera algún medio de acoplar ese movimiento a una dinamo —dijo—, bastaría para hacer funcionar el ascensor del edificio.

Drake dedicó una mueca a la joven.

—Sigan, sigan bromeando —dijo—. Mientras ustedes andan de juerga por la ciudad yo no tengo un momento de reposo. ¿Quieres que te lea el informe realizado, Perry?

—Supongo que no tendremos más remedio que escucharlo —contestó el abogado.

—No sé por qué se me ha metido en la cabeza —dijo Drake— que la pieza mayor se nos ha escurrido de entre los dedos. No ha podido remediarse, pero no acabo de consolarme.

—¿Por qué no lo dice?

—Emily Milicant abandonó tu despacho, pero no se dirigió a su apartamento. Por el camino entró en diferentes teléfonos públicos y marcó un número, pero sin obtener respuesta. La cuarta vez que lo intentó, uno de mis hombres pudo acercarse lo suficiente para ver el número que marcaba. Era el uno-dos-ocho-nueve de Weshaven. Hice las averiguaciones y descubrí que se trataba de un número que no figura en la guía, a nombre de L. C. Conway en el departamento seiscientos veinticinco de la casa de la avenida Haldemore quinientos trece.

»Inmediatamente envié un hombre a vigilar aquel departamento y continuamos siguiendo el rastro de Emily Milicant.

—Buen trabajo, Paul —dijo el abogado.

Drake hizo una pausa para trasladar su goma de un lado a otro

de la boca y continuó masticando con movimientos rápidos y nerviosos.

—Bien —dijo—, he aquí el resultado. Emily Milicant se presenta en la casa de departamentos de alquiler a eso de las seis. Sube el ascensor y vuelve a salir a las seis y cinco. Como nos ha conducido hasta Conway, la abandonamos y pongo agentes en el vestíbulo para tomar nota de todos los que toman ascensores hasta el sexto piso. Hay un aparato registrador sobre el ascensor.

»A las seis y veintinueve entra John Milicant. Va acompañado por un individuo alto y delgado, de unos cuarenta años, que mi agente identifica como Guy T. Serle. Recordarás que es el que se hizo cargo de la Compañía Conway. Iba fumando cigarros. Serle parecía muy disgustado. Después averiguamos que tenía sus motivos.

—¿Cuáles eran? —preguntó Mason.

—La policía había invadido los locales de la Compañía Conway a las cinco de aquella tarde. Y había confiscado un montón de mercancías, se había llevado detenidos a dos empleados y había dictado contra Serle un auto de procesamiento.

—¿Crees que lo sabía cuando entró con Milicant? —preguntó Mason.

—Obraba como si lo supiese.

—Prosigue.

—Serle entró a las seis y veintinueve y salió a las seis y treinta y ocho. A las seis y cincuenta y siete una rubia, que impresionó al agente de guardia por su pulcritud, entró en la casa y salió cinco minutos después. Por la descripción, me figuro que era Marcia Whittaker, aunque el agente no la conocía.

»A las siete y cuarenta y uno vuelve a entrar Serle. A las ocho y diez un restaurante situado un par de puertas más allá envía dos cubiertos. Mi agente hace indagaciones y averigua que la orden había sido telefoneada directamente al restaurante a eso de las ocho menos cinco. Evidentemente Serle y Conway tenían mucho de que hablar y aprovecharon una rápida cena para continuar haciéndolo.

—¿Por qué rápida? —preguntó Mason.

—Porque Serle volvió a salir a las ocho y veintitrés. Un camarero fue a buscar los platos a las diez y cuarenta. Y ahora viene nuestro error. A las diez y cinco entró un individuo desconocido

para todos mis hombres. Era un tipo aventajado, delgado, de pelo blanco, y derecho como una baqueta. Iba vestido de sarga azul, no llevaba abrigo, con zapatos de cuero, y fumaba un cigarro.

—¿Cuánto tiempo permaneció en la casa? —preguntó Mason.

—Once minutos. Salió a las diez y dieciséis.

—¿Por qué dices que fue vuestro error?

—Porque me figuro que ese individuo era Alden Leeds.

—¿No le dirías eso a Phyllis Leeds? —preguntó Mason, con recelo.

—Claro que no —contestó Drake—. Ya es bastante cometer un error, sin necesidad de decírselo a un cliente.

Mason asintió, pensativo.

—No comprendo cómo podría usted haber obrado de otro modo, Paul —dijo Della.

—No habría podido, en efecto —admitió Drake—. No habría podido, a menos de obedecer a una corazonada. Cuando recibí la descripción de ese individuo, ya se había marchado. Pero el trabajo de un buen detective se compone de una dosis de suerte y de otra de adivinación. Yo debí prever que Leeds acudiría a aquella casa y debía prepararme. Estuve torpe en la jugada.

»Bien, esto es prácticamente todo lo que tengo que decir. A las diez y veintiuno volvió la joven rubia. Esta vez llevaba un maletín de noche. Parecía como si se hubiese puesto de acuerdo con Milicant y volviese para una visita más larga, una vez que Milicant hubiese despachado todos sus asuntos.

—¿Cuánto tiempo permaneció?

—Poquísimo. Eso es lo notable. Volvió a salir a las diez y treinta y dos.

—¿Dejó el maletín?

—No; evidentemente, ni siquiera se había quitado el sombrero. No hizo más que llegar y volver a salir. Sospecho que debió de suceder algo, y Milicant no se alegró de ver a la muchacha tanto como ella esperaba. La chica entró la primera vez a las seis y cincuenta y siete y salió a las siete y dos. Al salir parecía contenta. A la vez siguiente, la situación varió de un modo radical: la joven salió con las espaldas erguidas y la barbilla al aire, y se dirigió a la esquina para tomar un taxi.

—¿Sucedió algo después? —preguntó Mason.

—Nada —contestó Drake.

—Caramba, Paul, yo no sé cómo puedes trabajar en este despacho. No se puede pasear por él.

Drake empezaba a decir algo cuando sonó uno de los teléfonos. Lo contestó y recibió evidentemente un informe rutinario, porque miró su reloj, tomó nota y dijo:

—Muy bien, sigue ahí y continúa informando —y colgó el aparato.

Antes de que pudiera volverse para decir algo al abogado, sonó otro teléfono y se puso a atenderlo.

—Hola, aquí Drake al habla. Bien, aguardo la comunicación. Es Seattle que llama —explicó a Mason. Unos momentos después empezó la conferencia—: Sí, aquí Paul Drake. Dígame lo que han averiguado. —Siguió una audición de unos cinco minutos, durante la cual Drake no hizo más que decir—: Bien… Sí… Continúe —de vez en cuando y tomaba notas en una hoja de papel. Al final dijo a su comunicante—: Bien, haga un informe completo como afirmación y envíelo por correo aéreo. —Luego colgó el aparato y volvió a dirigirse a Mason—. Era mi corresponsal de Seattle —dijo —. Han desenterrado la lista de pasajeros de las líneas de vapores. Los registros revelan que Alden Leeds zarpó para Dawson City via Skagway en mil novecientos seis. A fines de este año se sabe que entró en sociedad con un individuo llamado Bill Hogarty en la región de Tanana. Al invierno siguiente informaron que Leeds había muerto en un desprendimiento.

—¡Muerto! —exclamó Mason.

—Eso dice el informe. Poco después de aquello apareció Bill Hogarty. Se había convertido en un hombre rico. Hogarty marchó a Seattle y desapareció. Nuestro corresponsal quiere saber si debe seguir la pista de Hogarty.

—Sí, sí, que la siga —dijo Mason.

—¿Dónde debo detenerme? —preguntó Drake.

—No te detengas —contestó el abogado—. Sigue marchando. Vamos, Della. Busquemos un despacho donde se pueda pasear un rato.

—¿Estarás allí algún tiempo? —preguntó Drake.

—Probablemente no. Contigo en el yunque, no veo la necesidad de perder unas horas de sueño.

De vuelta a su despacho, Mason se dedicó a pasear por él, sacando bocanadas de su cigarrillo, enganchados los dedos en las sisas del chaleco, bajo la barbilla, obstinadamente fija la mirada en la alfombra. Toda la espontaneidad juvenil que le había caracterizado durante aquella noche pasada con Della Street había desaparecido en aquel entonces.

Della se acomodó en el gran sillón de cuero, con los talones levantados, los brazos abarcando las rodillas y las faldas muy ceñidas a las piernas. Sus ojos seguían a Perry Mason con solícito interés.

Sonó el teléfono, produciendo una algarabía en el silencio de la medianoche.

—Debe ser Paul Drake —dijo Della.

—No —replicó el abogado—. Paul Drake vendría aquí… a menos que sucediera algo importante y no se atreviese a abandonar su teléfono.

Se acercó el receptor al oído y dijo:

—Hola.

Respondió una voz femenina.

—¿Míster Mason, el abogado?

—Sí, al habla. ¿Quién es?

—Conferencia a larga distancia. Le llaman a usted de San Francisco.

—¿No sabe usted que mis horas de oficina son de seis de la mañana a dos de la tarde? —preguntó Mason.

—Llamé primero a su casa, míster Mason, y luego al despacho —contestó la telefonista—. Un momento, por favor…

Se oyó la voz de una mujer, débil y asustada:

—Míster Mason, aquí miss Whittaker. ¿Me recuerda? Marcia Whittaker.

—Ciertamente —contestó Perry Mason—. ¿Dónde está usted ahora?

—En San Francisco.

—¿Cómo llegó usted hasta ahí? Usted estaba aquí a eso de las diez, ¿no es cierto?

—Sí. Tomé un avión de última hora. Le hablo a usted desde el aeropuerto.

—Perfectamente, ¿de qué se trata?

La voz de la mujer tuvo notas de histerismo.

—No puedo sufrir más —sollozó—. No puedo apartarlo de la memoria. Creí que lo conseguiría, pero no puedo.

—¿Qué es lo que no puede usted apartar de la memoria?

—Lo que ha sucedido. —Su voz se convirtió en casi un murmullo—: No puedo decírselo a usted… por teléfono.

—Escuche cuidadosamente, Marcia, y piense bien las respuestas —dijo Mason—. ¿Sabe alguien que está usted en San Francisco?

—No.

—¿Ha reñido usted con su amigo?

—No… no fue riña… No puedo…

—¿Está él enfadado?

—¡No, no! ¿No comprende usted?

—¿Nunca podrá estar enfadado? —interrumpió el abogado Mason.

—Eso… eso mismo.

—Ya sabe usted que representamos a Alden Leeds —observó Mason.

—Sí, lo sé. Por eso le he llamado a usted. Tengo algo que decirle… y usted puede ayudarme.

—Pero solamente si no perjudica a Leeds.

—Comprendido.

—Eso que tiene que decirme… ¿es importante?

—Mucho.

Mason reflexionó rápidamente.

—¿Fue usted a su departamento esta noche a eso de las diez y media?

—Sí. ¿Cómo lo supo usted?

—No tiene importancia. ¿Puede usted tomar otro avión para regresar?

—Sí.

—¿Hay alguna manera de que yo consiga una llave de su piso?

—Sí, mi buzón de la correspondencia está abierto y hay una llave extra en el fondo.

—Pues regrese lo más rápidamente posible. ¿Hay teléfono en su piso?

—Sí.

—¿Qué número tiene?

—Graymore, seis, nueve, cuatro, siete.

—Muy bien —dijo Mason—. No cuente a nadie esta conversación conmigo, ¿entendido?

—Sí.

—Hasta la vista —dijo Mason, y colgó el aparato—. Probablemente lo habrá usted comprendido todo por lo que he dicho yo —dijo, volviéndose a Della Street—. Era Marcia Whittaker. Se puede apostar sin temor a perder a que John Milicant o se ha suicidado o lo han asesinado. Me inclino por ahora a la hipótesis del suicidio.

Della Street sacó calmosamente de su bolso un cuaderno de notas.

—Tomé el informe que Paul nos leyó —dijo—. ¿Quiere usted saber las personas que entraron durante la noche?

—Lo recuerdo —dijo Mason—. Serle estuvo cenando con él. Un individuo que responde a las señas de Alden Leeds entró a las diez y cinco. La muchacha rubia estuvo a las diez y veintiuno. El individuo salió poco antes de llegar la muchacha. Ése es el cuadro. Lo que sucediera, ocurrió después.

»Todas esas personas permanecieron dentro demasiado tiempo para haberse limitado a quedarse delante de la puerta, llamando y esperando que abrieran. Es probable que tanto Leeds como Marcia tropezasen con un cadáver y no dijeron nada… Prepárese, Della, vamos a ver a Paul Drake.

Entraron como una tromba en el despacho de Drake. El detective estaba poniéndose el abrigo.

—¡Vosotros otra vez! —exclamó—. ¿Por qué no seguís la juerga en otra parte? En otras palabras, ¿por qué no os largáis de aquí y dejáis que los trabajadores disfruten un bien ganado reposo?

—Escucha, Paul. Tú no te vas a casa —afirmó Mason.

—Eso es lo que tú crees —replicó Drake—. Ya pasa de la una.

Mason denegó con un movimiento de cabeza.

—Tú vas a volver ahora mismo a sentarte detrás de esa mesa. Y vas a vigilar los teléfonos en comunicación directa con los hombres que vigilan el departamento de Conway. Si ocurre algo desacostumbrado, algún signo de actividad, me telefoneas a Graymore, seis, nueve, cuatro, siete. Recuerda el número y no lo dejes por ahí en algún trozo de papel. Tienes que olvidar todo este

asunto mañana por la mañana a las diez.

Drake frunció el ceño.

—¿Pero de qué se trata, Perry? —preguntó.

—Ésas son mis instrucciones, Paul —replicó Mason—. Eso sólo necesitas saber. No quieras, por ahora, averiguar nada más.

—¿Espero aquí toda la noche?

—Toda la noche o hasta que te telefoneemos.

Drake se desembutió de su abrigo y dijo al empleado colocado detrás de una ventanilla:

—Vaya a una droguería y tráigame un paquete de goma de mascar.

Mason hizo una seña a Della Street.

—Vamos, Della. Llegaremos hasta tres manzanas antes de la casa y correremos el resto andando.

Veinte minutos después, los ávidos dedos de Mason encontraron una llave en el fondo del buzón que mostraba el rótulo: «Marcia Whittaker».

Abrió la puerta de la calle, encendió las luces de las escaleras y subió silenciosamente los alfombrados peldaños.

—Lo que yo me temía —rezongó mientras daba las luces del piso y entraba en el dormitorio.

Había por todas partes rastros de una apresurada huida. Las huellas de una maleta que señalaban todavía sobre la blanca colcha del lecho. Los cajones aparecían todos abiertos y volcados, y las ropas desdeñadas tiradas por el suelo.

Mason miró a Della Street.

—¿Qué le parece, Della? —preguntó—. ¿Podría usted poner esto en orden?

—¿Para que cuando llegue la policía no se entere de que escapó?

—Sí.

—¿Y no es eso suprimir pruebas, jefe?

—Usted obra obedeciendo mis instrucciones. Si algo sucede, yo asumo la responsabilidad.

—No será necesario —dijo la secretaria, quitándose el abrigo—. En lo bueno y en lo malo, usted y yo vamos a medias. Salga a la otra habitación y siéntese. Deje que me mueva con toda libertad.

—Bien —dijo Mason—. Cuide de conservar los guantes puestos.

Treinta minutos después la secretaria se reunió con él en la

habitación exterior. Se sentaron junto a la pequeña chimenea, hablando en voz baja en espera de la llamada telefónica. La mano de Perry Mason buscó inconscientemente la de Della Street y le aprisionó los dedos suavemente.

—¿Sabe, Della? Me estoy volviendo sentimental. Casi parece como si este pisito hubiese sido puesto para nosotros.

Ella movió la otra mano para palmotear ligeramente el dorso de los dedos de él, fuertes y bien formados.

—No sueñe, jefe —murmuró—. Le sería tan imposible resistir la vida doméstica como el volar. Usted nació para ser libre, para buscar la aventura, para luchar. Quizá fuera usted feliz en un hogar dos semanas, pero luego se aburriría de muerte. Al final del cuarto mes, el hogar se le antojaría una prisión.

—Bien —dijo Mason—, figurémonos que esto forma parte de los dos primeros meses.

Les pareció oír rechinar una llave en la cerradura. Mason miró su reloj de pulsera. Eran las cuatro y cuarenta y cinco.

—No quiero que me vea hasta que me haya empolvado la nariz —dijo Della Street, y corrió al cuarto de baño.

La puerta giró lentamente. Marcia Whittaker, con el aspecto de haber visto una larga procesión de fantasmas, entró cansadamente en la habitación, arrastrando una maleta.

—Buen trabajo, Marcia —dijo—. Su dormitorio está otra vez en orden. Entre. Vacíe esa maleta y ponga las cosas en su sitio. Quizá no disponga usted de mucho tiempo.

La muchacha dejó la maleta en el suelo, cruzó la habitación y le agarró los brazos con temblorosos dedos.

—¡Qué bondadoso ha sido usted! —exclamó.

Mason le palmeó la espalda.

—No he hecho nada —dijo—. Apresúrese a vaciar esa maleta.

Della Street salió del cuarto de baño, sonriendo en cordial bienvenida.

—Mi secretaria —la presentó Mason—, Della Street, Marcia Whittaker. Ayúdela, Della, haga el favor.

Mason volvió a sentarse junto a la chimenea, fumando en pensativo silencio hasta que Marcia y Della regresaron.

—Perfectamente —dijo Mason—, vamos a charlar un poco. Necesito una información detallada y exacta. Pero tiene usted que

dominar sus emociones. Ha llorado usted antes. Puede llorar después. Pero ahora *no puede llorar*.

—Procuraré dominarme, míster Mason —dijo la joven—. He sufrido mucho en las últimas horas. Debí esperarlo. La vida siempre me ha tratado así.

—Olvide eso —dijo Mason—. Necesito hechos… todos los hechos… y los necesito de prisa.

—No fui sincera con usted la primera vez que hablamos —confesó la mujer—. Yo sabía que Louie Conway y John Milicant eran la misma persona. La hermana de John es una hipócrita. Fue una aventurera en su tiempo, pero ahora se le han desarrollado complejos y opina que la familia significa algo. Yo soy una plebeya y no puedo entrar en su familia… ¡Oh, eso nunca!

—Suprima todo eso —interrumpió Mason—. Vamos a los hechos. ¿Qué le sucedió a Louie? Dígame…

Ella le contuvo con un gesto.

—Primero tiene usted que saber esto —dijo—. Déjeme que se lo cuente antes… y luego le contaré… lo otro.

—Prosiga —dijo Mason.

—Louie… John, es… era un buen explorador. Pero era demasiado débil. Y yo no soy ningún ángel de hojalata. A John le gustaban los buenos trajes, los buenos coches. No tenía preparación para ningún trabajo. De todos modos, no habría parado en ningún empleo. Salió a explorar. Le gustaban los caballos, los naipes, los dados y el juego… John ya no era joven. Las cosas iban poniéndose muy malas para él.

»Yo lo entendía bien. Su hermana proyectaba casarse en una familia rica. Le interesaba, pues mantener la suya en un discreto segundo término para poder causar una buena impresión en Alden Leeds. Tenía algún dinero, algunas fincas que le había dejado su marido anterior. No sé cuánto. La hermana dijo a John que tenía que hacerse una persona respetable, nada de caballos, ni de juego, ni de negocios dudosos, hasta que ella hubiese clavado las garras en Alden Leeds.

»John no era hombre que pudiera hacer aquello. Su hermana le señaló una pensión. Él marchó derecho durante una o dos semanas y luego volvió a la antigua vida sin que lo supiera su hermana. Tomó el nombre de Louie Conway. Allí fue donde le conocí. Yo era

dependienta en un despacho de tabacos. John entró un día y me invitó a jugar. Tenía suerte con los dados y los manejaba bien. Lo comprendí porque a mí tampoco me eran desconocidos. Entraron un par de parroquianos y no tardaron en organizar una partida en la que se cruzaron importantes apuestas.

»John hacía rodar los dados. Yo vendía cigarrillos. Vi que los dados estaban preparados, pero no dije nada. Si los «primos» querían que los desplumasen, allá ellos. A mi parecer «un primo» es siempre «un primo». Si John no los engañaba, otro lo haría.

»John comprendió que yo había descubierto su truco, y fue un poco más tarde y me dijo: «Hermana, tiene usted una bonita boca». Yo le contesté: «Casi todos los hombres hablan de mis ojos». «Yo hablo de su boca», repuso él. «Sabe permanecer cerrada a tiempo. Aquí tiene usted cincuenta “pavos”. Cómprese algún traje».

»Me aficioné a él. Yo le conocía como Louie Conway. Explotamos juntos el negocio durante algún tiempo. Yo estaba cansada de vivir en habitaciones estrechas, entre muebles baratos, durmiendo sobre esos delgados colchones que tienen una arruga en el centro.

»Louie lo tomó en serio… y se lo dijo a su hermana. Ésta se puso hecha una furia y dijo que todo estaba ya arreglado con Alden Leeds, pero que todo se vendría abajo si John se empeñaba en meter en la familia a una vendedora de cigarros.

»John no quiso renunciar a mí. Fingió ante su hermana que me había abandonado. Ella entró en sospechas. John empezó a trazar proyectos y un día vino a decirme que había utilizado las relaciones de la Conway para estafar a Alden Leeds, pero que éste nunca se enteraría de que Conway y John Milicant era una y la misma persona. Me dijo que tenía que ayudarle, que después nos casaríamos y que diría, sin reparo, a su hermana que se tirase de cabeza al lago.

—¿Supo usted en qué consistió la estafa?

—No, entonces no. Y todavía no lo sé.

—Prosiga —dijo Mason.

—Yo no quería ser su cómplice. Nunca había tenido antecedentes en la policía. La conocía lo suficientemente bien para comprender que procuraría mantenerse en la sombra y a mí me empujaría por delante.

—Puede usted suprimir eso —dijo Mason—. No necesitamos una copia exacta. Usted le ayudó. Y después, ¿qué pasó?

—¡Claro que le ayudé! —exclamó la joven—. ¿Y por qué no? Y no censuro demasiado a Louie. Leeds es un tacaño con el dinero. Se habla muy bien de respetabilidad cuando uno ha sido educado y tiene medios para serlo, pero cuando uno no tiene nada que le apoye, hay que tomar las cosas como vienen.

»Así es como John encontró la vida, y así es como la encontré yo. Supongo que algunas mujeres me tendrán por ordinaria y llamativa… pero a John le parecí encantadora y él a mí encantador… Anoche quedamos en que yo iría a su departamento a las diez y media y que, por la mañana, nos casaríamos y nos iríamos de aquí…, subí a su piso a las diez y cuarto. Tenía una llave. Entré llamando a John. No me contestó. Miré alrededor. Todo estaba patas arriba. Me asusté y corrí al cuarto de baño. John estaba tendido en el suelo con un trinchante clavado… clavado… —rompió a llorar y se dejó caer en una silla—. No puedo —dijo—. ¡No puedo!

—Serénese, Marcia —dijo Mason—. Comprendo sus sentimientos, pero está usted cargada de dinamita. Si descubrió usted que John había sido asesinado y no dio cuenta a la policía, está usted en un apuro, y si nosotros, ahora que nos lo ha contado usted, no avisamos a la policía, estamos perdidos. Usted no es nuestra cliente. Alden Leeds es nuestro cliente. No podemos comprometernos por usted.

—Me espanto cada vez que lo pienso —dijo Marcia Whittaker entre sollozos—. Yo sé lo que los asesinos iban buscando. Pero no lo encontraron.

—¿Cómo sabe usted que no lo encontraron? —preguntó Mason.

—Porque lo tengo yo.

Mason hizo un gesto de asombro.

—Louie no era tonto —añadió la mujer—. Sabía que su habitación podía ser registrada. Pero necesitaba tener aquello a su alcance en cualquier momento y me lo confió a mí.

—¿De qué se trata?

—De papeles.

—¿De qué clase de papeles? ¿Qué se puede comprar con ellos?

—No lo sé. Sólo puedo decir que proporcionaron a Louie veinte

billetes de los grandes y me dijo que aún les sacaría otros veinte, quizás ochenta, antes de que se desprendiese de ellos.

Mason quedó pensativo un momento.

—¿De dónde sacó John esos documentos? —preguntó.

—No lo sé —contestó la joven.

—Muy bien, Marcia. ¿Dónde están esos papeles?

—Yo los tengo.

—Tráigalos.

—Si lo hago, ¿qué iré ganando?

—¿Los va usted a subastar? —Dijo Mason con sorna.

—No crea que me va usted a engañar en esto. Alden Leeds tiene dinero. Puede ayudarme; es el único que puede hacerlo.

—¿Cuál es su propósito?

—Entregaré a Alden Leeds los documentos si él acuerda ayudarme.

Mason reflexionó un momento.

—Supóngase —dijo al fin— que aparezca que Alden estuvo en aquel piso antes que usted.

La muchacha pensó aquello silenciosamente, luego denegó con la cabeza.

—No —dijo con decisión.

—Yo creo que sí —insistió Mason—. Eso les pone a ustedes dos en un aprieto. La manera natural de salir de él es tratar de colgarle a Alden el asesinato, y lo mismo hará Alden con usted.

—Si él hace eso —amenazó la muchacha—, yo…

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Yo no soy tonta —rezongó la muchacha.

—Pues la excursión a San Francisco no fue precisamente un rasgo de talento —replicó Mason.

—¿Es que no he vuelto?

—No olvide, Marcia, que nosotros obramos como abogados de Leeds.

—Lo sé, pero yo confío en usted.

—¿Qué documentos son ésos? —preguntó Mason.

—Fotografías la mayor parte.

—¿Fotografías de qué?

—De viejos cabarets, de un salón de baile en Dawson City, de registros de hotel, y una fotocopia de una licencia de matrimonio.

—¿Quién se casó? —preguntó Mason.

—Emily Milicant y un tal Bill Hogarty.

—¿Quién firmó los registros del hotel?

—Bill Hogarty.

—Quizá no valgan gran cosa esos papeles —dijo Mason mirando de reojo a Della Street.

—Louie les sacó veinte de los grandes para empezar y aún esperaba cobrar más —replicó la joven.

—Perfectamente —dijo Mason—. Deme los papeles.

La joven se puso en pie y penetró en el dormitorio. Oyeron que se cerraba la puerta y que rechinaba una cerradura. Della cambió unas miradas con Perry Mason.

—Hay algo que Alden quería ocultar —dijo el abogado—. Esos documentos fueron solamente la tarjeta de presentación de los chantajistas.

—¿Por qué supone usted eso, jefe?

—Porque Leeds pagó veinte mil dólares y *no entró en posesión de los documentos*.

—¿Y adónde nos lleva eso, jefe? —preguntó la secretaria.

—Directamente al fiscal —contestó el abogado.

Se abrió la puerta del dormitorio. Marcia Whittaker se dirigió a Mason llevando un sobre de papel manila en la mano. Cuando estuvo a dos pasos del abogado, ocultó el sobre a su espalda y lo retuvo sobre la curva de sus caderas.

—¡No sea usted así! —la increpó Mason.

—Quiero saber exactamente lo que voy ganando —replicó la joven.

—Una acusación de asesinato en primer grado, si no tiene usted cuidado con lo que hace —le advirtió él.

—¿Me promete que Alden Leeds me ayudará… que…?

—Yo no prometo nada —dijo Mason—. Ya hemos ido demasiado lejos. ¿Quién cree usted que es para plantarse ante mí y preguntarme si haré esto o haré lo otro? Se encuentra usted sobre un volcán. —Mason señaló dramáticamente la puerta—. La Ley puede entrar en cualquier momento por ahí. Si encuentran esos papeles sobre usted, significa el presidio para toda la vida. ¿Quiere saber lo que voy a hacer por usted? En primer lugar, le voy a quitar esos papeles. ¡Esto ya ha durado bastante… demasiado!

La mujer se quitó el sobre de la espalda y se lo puso a Mason literalmente en las manos.

Mason, sin mirarlo, se lo guardó en el bolsillo interior de la americana.

—Yo no soy su abogado —dijo—. Soy el abogado de Alden Leeds. Según se porte usted con él me portaré yo con usted. ¿Comprendido?

Ella asintió. Había lágrimas en sus ojos.

—Escuche —prosiguió Mason—, John Milicant estaba sometido a vigilancia. Unos detectives particulares tomaron nota de todos los que subieron al sexto piso de aquel departamento. Hay un indicador sobre la caja del ascensor. Pero en el sexto piso hay otros dos departamentos. Y por lo menos uno está alquilado. Todos los que tomaron el ascensor hasta el sexto piso quedaron registrados con la hora de su entrada y salida.

—¿Quién pagó a esos detectives? —preguntó la joven.

—Yo —contestó Mason.

—Entonces usted no puede…

—Ni siquiera me atrevería a intentarlo —dijo Mason—. Dos hombres y dos mujeres se dedicaron a esa tarea, relevándose. Por eso el intento de huida de usted fue una gran torpeza, porque mis detectives había hecho constar ya todos sus movimientos.

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó la muchacha.

—¿La puerta del departamento estaba cerrada cuando usted entró? —preguntó Mason.

—Sí, pero yo tenía una llave.

—¿Es de muelle la cerradura de la puerta?

—Sí.

—Deme usted la llave.

La joven se acercó a la mesa donde había arrojado el bolso, lo abrió, sacó una llave y la entregó a Mason. Éste se la guardó en el bolsillo.

—Olvide que tuvo usted esto —dijo a la joven—. ¿Qué hizo usted cuando salió? ¿Tiró de la puerta hasta cerrarla?

—No. La dejé entreabierta… una o dos pulgadas.

—¿Por qué?

—Temía que cuando se descubriese el crimen dijeran que yo había sido la ultima en entrar… Y que tenía una llave. Dejando la

puerta entreabierta… alguna otra persona podía ir a ver a Louie, abrir la puerta de un empujón y descubrirle, sacándome así del apuro para meterse él.

—Es usted un pequeño demonio de mucha sangre fría —comentó Mason.

—¡Oh, no! —protestó ella—. Siempre he sido muy diferente. Pero he aprendido a discurrir cuando me veo en un apuro. Usted habría hecho lo mismo si le hubiese tocado la baza que a mí me tocó en la vida.

Mason la observó unos momentos.

—¿Llevaba usted guantes? —preguntó.

—Sí.

Mason señaló con un gesto el teléfono.

—Llame a la policía. Dígale que tuvo usted una cita con Louie Conway en su departamento, que él quedó en esperarla allí, que usted llamó una y otra vez y que él no contestó, que usted comprendió que aquello no podía atribuirse a que había faltado a la cita, porque iba a casarse con usted y habían quedado en marchar juntos.

—Si les digo eso, pensarán que estoy loca —repuso la joven.

—Eso es lo que tiene usted que aparentar —contestó Mason—, que obra como una loca. Hable como una histérica por teléfono. Pídales que envíen a alguien a aquel departamento para asegurarse de que su novio se encuentra bien. Dígales que ha tratado de dormir y no ha podido, que usted sabe que él temía algo, que ha estado jugando y que tenía miedo de que unos hombres le secuestrasen. No mencione, en absoluto, el nombre de Milicant.

—Pero eso no servirá de nada —replicó la muchacha.

—¿No comprende usted? La policía registrará su llamada y el nombre y la dirección de usted. Luego tratará de engañarla diciéndole que enviará un coche patrulla a hacer una inspección, pero que si usted no vuelve a recibir noticias es que todo va bien.

—¿Y no irán?

—Claro que no. No pueden dedicarse a aporrear las puertas de todos los departamentos de la ciudad habitados por hombres que han olvidado sus citas. Por la mañana, cuando se descubra todo, esa llamada le servirá a usted para alejar en lo posible toda sospecha de su persona. Con esa llamada no se les ocurrirá ir a hacer

comprobaciones en los aeropuertos.

Los ojos de la joven, enrojecidos por las lágrimas, parpadearon con viveza mientras digería el consejo del abogado.

—Luego —prosiguió Mason—, cuando se presente la Ley, tendrá usted excusas sobradas para haber pasado una noche sin dormir y para llorar como una Magdalena. Recuerde que iba usted a casarse. Y que la hermana de su prometido trató de impedir la boda.

—¿Debo mencionarla? —preguntó la joven.

—Siempre que pueda —contestó Mason—. No olvide, Marcia, que los testimonios demuestran que estuvo usted en aquel tranquilo departamento durante *once minutos*.

»Quítese esa ropa. Póngase en pijama y llene esta habitación de puntas de cigarrillo. Tome un trago de whisky y deje la botella y los vasos donde los policías los vean. Cuide de que haya muchos cigarrillos a medio fumar en el dormitorio…, nada de colillas, que la harían aparecer demasiado tranquila. Tiene que figurar como que ha estado usted fumando un cigarrillo tras otro y que los ha arrojado a las dos chupadas. Quítese el maquillaje. Deje que le cuelgue el pelo. Tiéndase en la cama y dé vueltas en ella hasta arrugar bien las sábanas. Vaya a la cocina y eche sal en un vaso de agua. Salpique la almohada con la mezcla, de manera que se sienta húmeda al tacto, pero no demasiado. ¿Podrá usted hacer todo eso?

—Sí —contestó la joven.

Mason cogió a Della Street del brazo.

Marcia Whittaker los despidió en el rellano de la escalera, sollozando silenciosamente mientras esperaba que se cerrase la puerta de la calle para apagar la luz.

Por Oriente la aurora lanzaba sus primeros rayos. El suelo conservaba aún la humedad de la noche. Della Street dirigió a Mason una ansiosa mirada.

—Jefe —preguntó—, ¿no estamos haciendo mucho por Alden Leeds?

—Me parece que quizá demasiado —contestó Mason.

Recorrieron una docena de manzanas antes de que Mason encontró un restaurante «abierto toda la noche», con teléfono público. Detuvo entonces el coche, entró en el establecimiento y pidió comunicación con el despacho de Paul Drake. Cuando oyó la voz del detective en la línea, dijo simplemente:

—Muy bien, Paul. Ya puedes marcharte a dormir —y colgó el aparato.

Capítulo 8

Phyllis Leeds se sentó frente a Mason, en el gran sillón de cuero. Su rostro tenía una expresión de temor ante lo que esperaba escuchar.

—No hay manera de expresarlo con paliativos, miss Leeds —dijo Mason—, de manera que ármese usted de valor.

—¿Es acerca del tío Alden? —preguntó ella.

—No directamente —contestó Mason—. Se trata de John Milicant. Hará una hora fue encontrado en su departamento. Ha sido asesinado.

—¿Asesinado?

—Le clavaron un cuchillo en la espalda, un poco más arriba de la paletilla izquierda. La hoja penetró siguiendo una trayectoria hacia abajo.

—¡Dios mío! —exclamó la joven.

—Paul Drake tuvo algunos de sus agentes vigilando toda la noche —prosiguió Mason—. Conocemos a todos los que entraron en la casa donde Milicant tenía su departamento…, es decir, a todos los que subieron al sexto piso. Entre esas personas figura una tal Marcia Whittaker, con quien John Milicant pensaba casarse, y un individuo cuyas señas coinciden con las de su tío Alden.

—¡Tío Alden! —exclamó la joven—. ¡Eso es imposible!

—Hasta ahora trabajamos con datos incompletos. Le digo a usted lo que tenemos.

—Pero tiene que haber alguna equivocación. No pudo ser tío Alden.

—Bravo —dijo Mason—, supondremos que era su tío Alden.

—Por la manera de decirlo, usted sí que cree que lo era.

—Lo creo, en efecto —confirmó Mason—. La última persona que entró en aquel departamento fue Marcia Whittaker. Ésta dice que

encontró el piso cerrado y que llamó repetidas veces y no obtuvo respuesta. Esperó entonces cuatro o cinco minutos en el pasillo, llamando a John por su nombre y golpeando la puerta. Al ver que no contestaba, se decidió finalmente a marchar. Volvió a su piso y, según me ha contado, llamó a la Jefatura de Policía a eso de las cinco de la madrugada para decir que creía que ocurría algo anormal y pedir que se hiciese una investigación. La policía la realizó, pero rutinaria. Tomaron el nombre de las personas heridas en accidentes de automóvil o llevadas a los hospitales de urgencia. Vieron así que entre ellas no figuraba ningún Louie Conway, que era el nombre con que Marcia conocía a John Milicant. Con ello llegaron, naturalmente, a la conclusión de que se trataba de una falta de formalidad de un novio y no le dedicaron más atención al asunto.

—¿Dice usted que John Milicant era Louie Conway… el individuo a quien tío Alden dio el cheque?

—Sí.

—No puedo creerlo… ¿Está usted seguro?

—Marcia Whittaker lo afirma y no creo que se engañe. ¿Ha sabido usted algo de Ned Barkler?

—Nada. Cogió sus chismes y se marchó.

—Eso me anunció que iba a hacer —dijo Mason—. Dígame, ¿sabe usted algo de un tal Bill Hogarty?

—Bill Hogarty —repitió ella, frunciendo el entrecejo.

—Sí —dijo Mason, observándola atentamente.

—He oído ese nombre —dijo la joven pasado un rato—. Creo que fueron Ned Barkler y tío Alden los que hablaban de él en cierta ocasión.

—¿Recuerda lo que dijeron?

—Hablaban en voz baja cuando yo entré en la habitación. Barkler estaba vuelto de espaldas. Le oí decir: «Conseguiste lo de Hogarty…» y entonces tío Alden le hizo una seña, y él levantó la cabeza y me vio e inmediatamente dejó de hablar.

—¿Sabe usted cuánto tiempo hace que fue eso?

—No lo recuerdo. Si he de decir la verdad, no me impresionó mucho en aquel momento… Creí… —se interrumpió y rió nerviosamente—. Para decir la verdad, míster Mason, creí que había interrumpido una historia picante. ¿Se lo ha dicho usted a

Emily? Tenemos que avisarla.

Mason hizo un gesto negativo.

—La policía no ha podido dar con ella —contestó.

—Pero, ¿dónde está? —preguntó Phyllis.

—Eso es lo que la policía trata de averiguar en estos momentos. Emily estuvo en el departamento de su hermano a eso de las seis de la tarde.

—¿En el departamento de Conway?

—Sí.

—Pero yo no puedo creer que ella supiese que John era Conway.

—Supongo que no se enteraría —repuso Mason— hasta ayer por la tarde. Pero una vez enterada, sabría lo suficiente de Conway para saber dónde encontrarle.

—¿Cómo se enteró?

—Yo se lo dije.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Cómo lo supo usted?

—Atando cabos, señorita.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No quería molestarla con detalles que la preocupasen. Escuche, miss Leeds. Tengo una cierta información del mayor valor para su tío Alden. Si se pone en contacto con usted, dígaselo. Dígale que hable conmigo antes de hacer nada o de prestar ninguna declaración. ¿Comprendido?

La joven asintió con la cabeza.

—Perfectamente —dijo Mason—. Vuelva a casa, manténgase firme y no se preocupe. No quiero abrumarla con una balumba de detalles. Haré todo lo que esté en mi mano…, pero trabajaré en la sombra.

La joven se levantó obedientemente.

—La cabeza me da vueltas como un trompo —dijo—. ¿Por qué dio tío Alden a John Milicant los veinte mil dólares? ¿Por qué fue a verle? ¿Por qué…?

—Olvídelo —la interrumpió Mason—. Las cosas irán ahora más de prisa. Las respuestas surgirán mucho antes que usted pueda formular las preguntas. Váyase a casa, serénese y vea si puede ponerse en contacto con su tío Alden, para que hable conmigo. Y si

la policía la interroga a usted, haga que la marcha de Ned Barkler parezca lo más natural posible.

La joven se dirigió lentamente hacia la puerta; pronto se volvió para lanzar al abogado una rápida sonrisa.

—Con usted ocupándose del asunto, comprendo que no tengo por qué preocuparme.

—Eso es lo razonable —dijo Mason—. De ahora en adelante no la dejaré de la mano.

Diez minutos después de haberse marchado Phyllis entró Drake en el despacho.

—Perry, ¿por qué me dijiste que continuase la vigilancia anoche y esta mañana y que viese si se observaba alguna actividad desacostumbrada en el departamento de Milicant?

Mason sostuvo la fija mirada del detective.

—¿Quieres que te lo diga, Paul? —preguntó.

—No —contestó Drake, apresuradamente—. Dios sabe por qué hice esa pregunta en primer lugar. Se me ha metido en la cabeza, eso es todo.

—Mejor será que la ahuyentes de tu imaginación —aconsejó Mason—. ¿Qué más has averiguado?

—La policía opina que el robo fue uno de los móviles del asesinato de Milicant. Siempre llevaba una cartera, y ésa iba generalmente llena. La cartera ha desaparecido. No hay duda de que alguien entró en el piso buscando algo que encontró o no encontró. Las habitaciones están todas patas arriba.

—¿Algo más? —preguntó Perry Mason—. ¿Qué hay de la hora de la muerte? ¿La han podido determinar o… deducir?

—Creen que fue hacia las diez y media, probablemente entre las diez y las diez y cuarenta y cinco.

—¿Por qué esa exactitud? —preguntó Mason—. Podría citarte casos a docenas en que los forenses que realizaron la autopsia equivocaron la hora de la muerte entre doce y veinticuatro horas. Recuerda el caso de Nueva York, de aquel que mató a la modelo.

—Lo recuerdo —dijo Drake—, pero es que allí tuvieron en cuenta la temperatura del cuerpo, el *rigor mortis y* otras cosas por el estilo. Este caso es diferente. Aquí no hay duda respecto a la hora en que tomó la cena. Serle dice que estuvieron discutiendo un asunto de negocios y que pidieron la cena, pero no puede recordar a

qué hora fue. Cree que sería a eso de las ocho y media y que él no marchó hasta las nueve. Pero nuestros hombres cronometraron su entrada y salida. Es más, el camarero del restaurante recuerda los detalles perfectamente. La cena fue servida a las ocho y diez. Se compuso de chuletas asadas de cordero, guisantes y patatas al horno. Una vez que el forense que realiza la autopsia sabe a qué hora fue ingerido un alimento, si la muerte ocurre antes de que éste haya abandonado el estómago, puede fijar la hora de la muerte con bastante exactitud.

Mason enganchó los pulgares en las sisas de su chaleco y se puso a pasear por la habitación, con la cabeza inclinada y la mirada fija en la alfombra.

—Eso —dijo— salta directamente al regazo de Marcia Whittaker.

Drake hizo un gesto de asentimiento.

—O a las espaldas del viejo —añadió Mason.

—Por cierto —comentó Drake— que ya no hay duda en cuanto a la identidad del viejo. La policía ha conseguido una fotografía de Leeds y la ha enseñado a mis agentes. Éstos la identificaron como el retrato del hombre que subió al sexto piso.

Drake se metió en la boca un par de barras de goma. La expresión de su rostro permaneció siendo tranquila, pero sus mandíbulas empezaron a moverse con nerviosa rapidez.

—John Milicant no padecía de diabetes, ¿verdad, Perry? —preguntó pasado un rato.

—No, que yo sepa. Puedo averiguarlo. ¿Por qué?

—Por el estado particular que presenta su pie derecho, tres de los dedos los tiene amputados. El forense opina que fue debido a la gangrena, pero no encontró indicios de un estado diabético.

Mason miró pensativo a Drake.

—Andaba con una ligera cojera —murmuró—. Nunca se me ocurrió averiguar la causa.

El detective asintió sin cambiar el ritmo de sus mandíbulas.

—¿Supongo que seguirás buscando a Leeds? —preguntó Mason.

—Sí. Estamos comprobando los aviones… particularmente los que salieron para el norte.

—Necesito hablar con Serle —dijo Mason.

—Ahora tienes la gran oportunidad —contestó Drake—. Lo

procesaron por explotar una lotería y vender sus billetes. La policía le andaba buscando en el mismo momento en que él cenaba con Milicant.

—¿Qué objeto tenía la conferencia con Milicant? ¿Sabes algo, Paul?

—Aparentemente estaba relacionada con el depósito de una fianza. Cuando abandonó el piso de Milicant, Serle dijo a unos amigos que ya tenía arreglado lo de la fianza en metálico y que iba a entregarse a la policía.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Mason, interesado.

—Estuvo dos o tres horas en una sala de juego, luego llamó por teléfono a Conway.

—¿A qué hora fue esa llamada?

—No hemos podido saber la hora exacta. Mis hombres están tratando de averiguarlo y lo mismo la policía.

—La policía debe estar trabajando a toda prisa —comentó Mason.

—Ya lo creo —convino Drake—. Pero mi hombre consiguió una buena pista y derrotó a la policía por sólo diez minutos.

—¿Y qué averiguó tu hombre?

—Pues que hay un par de individuos que oyeron la conversación. Uno de ellos escuchó parte, y el otro casi toda. Serle les había dicho que tenía que llamar a Conway hacia las diez y media. Hizo la llamada y preguntó si todo marchaba bien. Conway, evidentemente, le confesó que sí. Hablaron durante dos o tres minutos y Serle colgó el receptor. Jugó una partida de billar durante diez minutos, luego llamó a la Jefatura de Policía, preguntó por qué habían invadido su casa y dijo que su negocio era tan legal como la Bolsa y que estaba dispuesto a probarlo. A continuación manifestó a unos amigos que iba a entregarse y a prestar fianza y se marchó.

»Ya puedes figurarte lo que eso significa. Abandonó el departamento de Conway poco después de las ocho. Evidentemente Conway quedó en proporcionarle la fianza. Pero lo más gracioso del caso es que Conway no tenía el dinero, y probablemente lo único que le dijo a Serle es que sabía dónde encontrarlo. Contaba con que Leeds acudiera a las diez llevando otros veinte mil dólares, segunda cantidad que lograba sacarle por medio del chantaje.

Perry Mason continuaba paseando por la habitación.

—Paul, tenemos que determinar la hora de aquella llamada telefónica —dijo.

—Comprendo —contestó Drake—; si fue hacia las diez y media, demostrará que Milicant, o Conway, estaba vivo después de marchar Leeds.

—El asesinato tuvo que cometerse mientras Leeds estaba allí, o poco después de marcharse. Conway tuvo que decirle a Serle que el dinero estaba preparado. Fiado en ello, Serle le presentó a la policía y se entregó.

—Así tuvo que ser —convino Drake—, pero nadie parece haberse preocupado de fijar la hora exacta. Aparentemente, Serle no tiene el elemento tiempo muy claramente grabado en su imaginación. Creyó que eran cerca de las nueve cuando abandonó el departamento de Conway. Nosotros sabemos que fue antes de las ocho y media. A las nueve estaba en la sala de juego. Dijo que iba a llamar a Conway a eso de las diez y media. Los que escucharon la conversación telefónica creen que eran aproximadamente esa hora, pero el caso es que no están seguros.

—¿Qué te parecería si lo comprobásemos por otro medio? —preguntó Mason—. Los registros de la policía tienen que revelar cuándo tuvo entrada Serle en Jefatura.

—Claro que figurará ese detalle, pero él se entregó algún tiempo antes de ser filiado. Entre una y otra cosa podemos calcular que transcurrirían de cinco a veinte minutos. Fue anotado en el registro a las diez y cincuenta y cinco.

—Tengo que hablar con Serle —insistió Mason.

—La policía tiene en la mano todos los triunfos —dijo Drake—. Recuerda que han detenido a Serle por una acusación de felonía.

—¿Qué fue de la fianza? —preguntó Mason.

—No hubo tal fianza. Se la fijaron en cinco mil dólares. A Serle le dio un mareo y trató de que se la rebajasen a mil, pero ellos se mantuvieron en los cinco mil. Cuando terminó la discusión y Serle llamó a Conway para que viniese a poner la fianza, eran cerca de las once y media. Y a aquella hora, naturalmente, nadie contestó por el teléfono. Serle pensó que Conway le había traicionado y se enfureció tanto que apenas podía hablar. Continuó llamando a casa de Conway hasta que los policías le metieron de cabeza en el

calabozo. Ahora no le dejarán salir hasta que firme en una declaración por escrito, y ya puedes figurarte que esa declaración no nos va a ayudar en nada.

—Mira, Paul, nuestra única salvación es embarullar las cosas de manera que el fiscal no sepa qué hacer, y agarrar luego los hechos que necesitamos y sacarlos de la maraña.

Drake asintió, pero sin entusiasmo.

—Eso no va a ser tan fácil, Perry —dijo.

Sonó el teléfono. Mason lo cogió.

—Diga.

Se oyó la voz de la secretaria de Drake.

—Míster Mason, ¿quiere usted decir a míster Drake que el agente número doce telefoneó que Guy T. Serle está paseando por la calle?

—Gracias —dijo Mason—. ¿Hay algo más?

—Nada más.

Mason colgó el receptor y comunicó a Drake la noticia.

—Serle está en libertad. Era tu secretaria quien hablaba.

—¿De dónde procede el informe? —preguntó Drake.

—De tu agente número doce.

—Bien; ya lo sabes, Perry. Se encuentra paseando por la calle. Eso significa que hizo lo que el fiscal quiso que hiciera.

—Necesito ponerme en contacto con ese pájaro —dijo Mason—. ¿Cómo podríamos arreglarlo para que pareciera casual?

—Difícil lo veo —dijo Drake.

—Pues hay que conseguirlo —insistió Mason—. ¿Cuáles son sus costumbres personales? ¿Las conoces bien?

—Le hemos seguido a todas partes —contestó el detective.

Mason consultó su reloj, tamborileó en la mesa con los dedos y preguntó de pronto:

—¿Acostumbra a comer ese individuo?

—Ya lo creo. Es muy glotón. Habrá pocos que coman lo que él.

—¿Dónde supones que almorzará hoy?

Drake sacó del bolsillo un cuaderno de notas, lo abrió y lo hojeó.

—Aquí está —dijo—. Datos completos sobre el individuo… Veamos dónde come… Aquí está. La mayoría de las veces en el Café Home Kitchen allá en East Danchester. Está solamente a un par de manzanas de donde tiene el negocio.

—¿Qué aspecto tiene Serle?

Drake leyó su descripción en el cuaderno.

—Unos cuarenta años, seis pies de estatura, ciento sesenta libras, ojos grises, nariz larga y recta, facciones delgadas, pelo rubio, labios delgados; siempre lleva americanas cruzadas.

—¿Y cómo gustándole comer bien, se mete en un figón de East Ranchester?

—Porque allí se come estupendamente, Perry. Es un establecimiento regentado por un matrimonio francés. Serle galantea a una de las camareras, y a ella no parece desagradarle el individuo.

—¿Sabes el nombre de la muchacha? —preguntó Perry Mason.

Drake volvió la página de su cuaderno, deslizó el dedo índice sobre los renglones y contestó:

—Aquí está… Hazel Stickland.

—Decididamente voy a caer por allí para almorzar —anunció Mason.

Se abrió la puerta del antedespacho y entró Della.

—Hola, Paul —dijo por vía de saludo—. ¿Qué tal se durmió?

—No vale la pena hablar de eso —rezongó el detective—. Me vuelvo a mi trabajo. Hasta luego.

—¿Qué dijo el perito calígrafo? —preguntó Mason a Della Street cuando se hubo marchado el detective.

—Dijo que nos daría un informe preliminar lo más pronto posible. No será un informe minucioso, pero así y todo podrá usted fiar en él. Dígame, jefe, ¿qué había en el sobre y por qué tanta prisa en llevarlo al perito?

—Contenía una verdadera pista —contestó Mason—. Lo principal eran unas copias fotográficas de registros de hotel, de octubre de mil novecientos siete. Los registros corresponden al Hotel Regina, de Dawson; al Golden Nort Hotel, de Skagway; a uno de White Horse y a otro de Seattle.

—¿Y qué contienen esos registros?

—Las firmas de Bill Hogarty.

—¿Y qué más?

—Había una carta escrita por Leeds a John Milicant, fechada hace treinta días, diciendo que nunca había oído hablar de míster B. C. Hogar, y que si míster Hogar pretendía presentarla a él como

referencia, era indicio de que míster Hogar merecía una investigación. Había también un recorte del papel amarillento, de un periódico de Dawson, en el que se daba cuenta del hallazgo de un cadáver en el distrito de Tanana. El cadáver mostraba señales de violencia. El periódico no especifica en qué consistían estas señales. Continuaba diciendo que el cadáver había sido momentáneamente identificado como el de un tal Alden Leeds, que había estado asociado con un individuo llamado Bill Hogarty y había conseguido hacerse inmediatamente rico. Hogarty había abandonado el distrito de Klondike a fines de mil novecientos siete, después de atravesar aguas arriba el distrito de Tanana. Se había señalado después su presencia en Seattle, donde se había casado con una joven empleada en el salón de baile «M and N». En esta última fecha (el artículo estaba fechado en mil novecientos doce), la policía no había podido encontrar rastro alguno de los interesados.

—¿Tendrá eso mucha importancia, jefe? —preguntó Della Street.

—Lo ignoro —contestó Mason—. Había otras muchas cosas: fotografías, notas, dibujos; todo ello coleccionado evidentemente con el mayor cuidado.

—¿Y quién es B. C. Hogar? —preguntó la secretaria.

—Puede ser Bill Hogarty bajo otro nombre.

—Entonces la primera inicial sería W —repuso ella—. Bill es un sobrenombre de William.

Mason sonrió.

—Y por otra parte —prosiguió—, pudiera ser que alguien que sospechaba que Alden Leeds fuese en realidad Bill Hogarty quisiera que aquél firmase con este nombre, con el fin de cotejar la letra, pero temía, naturalmente, dejar escapar el gato del saco, y por eso le escribió una carta pidiéndole informes de un tal B. C. Hogar, y Leeds, sin sospechar lo que se tramaba, contestó la carta de tal modo que escribió el nombre, no una, sino dos veces.

Repiqueteó el teléfono. Mason miró su reloj de pulsera.

—Apuesto —dijo— que Stive tiene compromiso para una partida de golf esta tarde y se ha roto el cuello para formarse una opinión antes de las doce. Diga —dijo, descolgando el receptor.

Gertrude Lade, encargada del conmutador, preguntó:

—¿Quiere usted hablar con míster Stive, el perito calígrafo?

—Póngame con él —contestó Mason.

Un momento después, Milton Stive decía por el aparato:

—Hola, Mason. Todavía no puedo darle a usted muchas razones en apoyo de mi conclusión, pero la carta fechada el mes pasado fue escrita por la misma persona que firmó con el nombre de Bill Hogarty en los registros del hotel.

—¿Está usted seguro? —preguntó Mason.

—Un buen perito calígrafo ofrece únicamente su opinión, pero en este caso, es virtualmente una certeza matemática. Hay, naturalmente, que hacer ciertas concesiones por el lapso de tiempo transcurrido. Existe evidentemente un intervalo de treinta y dos años entre las firmas. La escritura de un hombre cambia, como es natural, especialmente cuando el lapso de treinta y dos años comprende el período de mayor eficiencia física. Eran de esperar curvas más angulosas y un estilo un poco más apretado, pero haciendo a esto las debidas concesiones, la similitud de la «B» mayúscula con la palabra «Bill» y una comparación con las palabras «Hogar» y «Hogarty» quitan toda posible duda. He fotografiado una vez las firmas de Hogarty y he fotografiado el nombre «Hogar» en una escala exactamente idéntica. He superpuesto después las dos fotografías, y hay más que una similitud. Hay una identidad manifiesta.

Mason hizo a Della Street un rápido guiño.

—¿Cuándo podrá usted darme una opinión completa por escrito, Stive? —preguntó.

Stive se aclaró un momento la garganta.

—No podrá ser antes del lunes por la noche, lo más temprano —dijo—. Requerirá mucho trabajo. Además de eso, sería necesario hacer ciertas fotografías y…

Mason le interrumpió con una carcajada.

—Oh, vaya, vaya a jugar su partida de golf y no diga a nadie una palabra de esto.

Mason colgó el receptor y dijo a Della Street:

—Voy a salir a tratar de localizar a Serle, Della. Creo que come en el Home Kitchen Café. Atiéndame el despacho, siga en contacto con los acontecimientos y comerá después de que yo regrese.

—Bien, jefe. ¿Qué hago con las oficinas?

—Ciérrelas. Dentro de un rato llame por teléfono a Phyllis Leeds

para comunicarle que seguimos trabajando. No le diga nada que no pueda leer en los periódicos. Pregúntele si sabía que John Milicant tenía un pie lisiado, y si está enterada de cómo ocurrió.

Capítulo 9

Perry Mason, sentado en un rincón del Home Kitchen Café, observaba el restaurante con viva curiosidad.

Un rótulo anunciaba que el establecimiento abría a las siete de la mañana y se cerraba a las siete y media de la tarde. Unos carteles colocados en la pared anunciaban una serie de tentadoras combinaciones para el desayuno. Se ofrecían alicientes especiales para asegurarse una parroquia de abonados.

Había un mostrador que ocupaba la mitad de la longitud del restaurante, por un lado. Junto a él había un bien surtido puesto de tabacos y una gran caja registradora, manejada por un individuo grueso, cuyos labios exhibían una perenne sonrisa, llena de afabilidad. Su calva cabeza brillaba bajo la luz reflejada por un gran espejo como un ajo recién pelado. Sus ojos eran vivos y penetrantes como los de un halcón.

Frente al mostrador había mesas capaces para cuatro personas y a lo largo de la pared, cierto número de cabinas o reservados. Unas camareras de nítidos vestidos almidonados iban de un lado a otro con gran actividad. Por todas partes reinaba una atmósfera de limpieza y buen funcionamiento, como máquina bien engrasada.

Se acercó una camarera para recibir la orden de Mason. El abogado sonrió y le entregó dos billetes de un dólar.

—Le doy a usted la propina antes de comer —dijo—. Estoy esperando a unos amigos. ¿Conoce usted a un individuo llamado Serle?

La camarera titubeó antes de aceptar la propina.

—Es alto, delgado, de unos cuarenta años —añadió Mason.

La muchacha volvió a hacer un gesto negativo.

—Es amigo de una camarera llamada Hazel.

—Oh, ya sé a quién se refiere usted.

—Si viene a comer, dígale que Perry Mason, el abogado, quiere verle, y señáleme.

—¿Nada más? —preguntó la joven.

—Nada más.

La muchacha cogió los dos dólares y dijo con acento de duda:

—¿Y si no quisiera verle a usted?

—Entonces yo le vería a él —repuso Mason.

La joven sonrió y se alejó.

No habían pasado diez minutos cuando Mason vio entrar en el restaurante a un individuo que respondía a las señas de Serle. Este individuo saludó con un gesto al propietario y se dirigió hacia una mesa. La camarera a quien Mason había gratificado se acercó rápidamente a él. Mason se volvió de perfil y se dedicó a fumar un cigarrillo. Unos segundos después, miró hacia aquel lado como por casualidad.

Guy T. Serle se acercaba a su mesa.

Mason asintió sin apresuramientos y le indicó una silla con un movimiento de la mano.

—Así, pues, usted es Mason —dijo Serle, revelando en la mirada un gran interés—. He oído hablar de usted… No necesito sus servicios.

—No vengo por cuestión de negocios —dijo el abogado.

Brilló la comprensión en los ojos de Serle.

—Pues yo no estoy dispuesto a hablar de otra cosa —replicó.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Soy un testigo de la parte fiscal.

—Eso no quita para nada que uno pueda contar los hechos.

—Yo no puedo.

—¿Pero es que le han ordenado que no hable? —preguntó Mason.

Serle se encogió de hombros, buscó la mirada de una camarera y le hizo una seña. Cuando cruzó junto a la mesa le preguntó:

—¿Dónde está Hazel?

—No ha venido hoy —contestó la camarera.

—¿Es su día de descanso?

La camarera denegó con la cabeza.

—¿Dónde está, entonces?

—No lo sé. Me parece que se ha despedido. Tenía que haber

venido esta mañana a primera hora. No apareció y el patrón se enfadó mucho. Yo no tenía que venir hasta las once y me fueron a sacar de la cama. El patrón telefoneó a la casa de huéspedes de Hazel y le contestaron que había marchado antes de medianoche, llevando un maletín. ¿Qué va usted a tomar?

—Aperitivo —dijo lacónicamente Serle.

La joven colocó los cubiertos, un plato con manteca y un vaso de agua frente a Serle y dirigió una mirada a Mason.

—¿Y usted? —le preguntó—. ¿Puede ya hacer su minuta?

Mason asintió con un gesto. La joven le entregó una minuta, pero Serle intervino.

—Si quiere usted comer bien —dijo—, limítese a pedir el desayuno.

—Tráigamelo, pues —contestó Mason, sonriendo.

Cuando se alejó la camarera, Mason reanudó la conversación.

—¿De qué estuvieron hablando usted y Milicant?

—¿Milicant? —repitió Serle, interrogadoramente—. Oh, sí, siempre se me olvida que se llamaba Milicant. Yo le conocía como Louie Conway.

—¿De qué estuvieron ustedes hablando? —insistió Perry Mason.

—Mire, Mason, yo no soy lo suficientemente tonto para hacerme meter en el calabozo por hablar de este asunto.

—El fiscal puede castigarle a usted por esto.

—De todos modos, no quiero indisponerme con él. Claro que no tienen de qué acusarme. Poseo un negocio legal. Yo no sé si los que compran la mercancía que vendo son ilusionistas de escenario o si la emplean para asuntos de juego. Yo nada tengo que ver con eso.

—¿Y lo de la lotería?

—No hay lotería. No sé de dónde saca usted eso.

—El fiscal del distrito no puede quebrantar una ley federal, perdonándole a usted ciertas cosas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que cuando un hombre escribe una carta y dice: «No puedo entregarle por correo la mercancía que me ha pedido, pero se la enviaré por un mensajero especial», es lo mismo que si utilizase los correos para su negocio.

La camarera apareció con dos tazones de sopa de cebada perlada.

—¿Qué quiso usted insinuar con esa última tontería? —preguntó Serle cuando la muchacha que les servía se hubo retirado.

—Nada —contestó Mason, masticando una galleta.

—Escuche, Mason —dijo Serle—. Hablemos claro. Ese asunto de la lotería es ya algo más grave. Fui encerrado por una delación. La denuncia fue por resentimientos. Pero el fiscal no la quiso tomar en cuenta. No utiliza su empleo para satisfacer rencillas privadas. Y lo que es más, no se puede condenar a un hombre por una simple denuncia. Hay que probarla.

—Es cierto —convino Mason.

Hubo otro largo silencio mientras Mason terminaba su sopa. Serle le observaba, intranquilo. Mason empujó su tazón a un lado.

—Exquisita sopa —comentó.

—Comprenda usted eso, Mason —insistió Serle—. Yo no creo que Leeds lo matase, pero el fiscal sí que lo cree, y el fiscal lleva el caso tan herméticamente, que no se le podría perforar ni con un taladro.

—¿Y por qué lo lleva tan herméticamente? —preguntó Mason.

—No quiero hablar.

—¿Ése es el precio que tiene usted que pagar por su acuerdo con el fiscal? —preguntó Mason.

—No ha habido tal acuerdo —replicó Serle.

La camarera trajo una ensalada de frutas, una fuente de delicioso pastel de carne, rodeado de cuadritos de carne tierna, zanahorias amarillas, patatas nuevas, cebollitas y salsa de tomate.

—Ciertamente que esto parece exquisito —comentó Mason, aspirando el aroma del manjar.

—Lo único que me ha exigido —prosiguió Serle— es que no hable con nadie, y menos con periodistas.

—¿En compensación por haber echado tierra al asunto de la lotería? —preguntó Mason con sorna.

—¡Deje usted ya eso! —exclamó Serle, irritado—. No hay pruebas de la venta de ningún ticket de lotería.

—Si no le importa a usted, Serle —repuso el abogado—, voy a mojar este pan en la salsa. Ciertamente que tiene un sabor exquisito. ¿Todos los platos son tan deliciosos?

—Están especializados en cocina casera. Mire, Mason, esa martingala no le dará resultado conmigo.

—¿Qué martingala?

—La de tratar de asustarme para hacerme hablar. No crea que nací ayer. Todo lo que tengo que hacer es acercarme a aquel teléfono, llamar al fiscal y decirle que el abogado defensor trata de coaccionar a uno de sus testigos y le empapelarán a usted antes de que termine su comida. Lo haré así, créame.

Mason le entregó gravemente un níquel.

—Allí está el teléfono —dijo—. Llame con eso.

—No soy ningún soplón —replicó Serle.

—Claro que si el fiscal del distrito necesitase verdaderas pruebas —prosiguió Mason—, yo podría proporcionarle el ticket de lotería y los dados falsos que usted entregó por veinticinco dólares a Paul Drake.

Serle, que se disponía a atacar su pastel de carne, se detuvo un momento con el tenedor suspendido sobre su colmado plato.

—¿Qué diablos está diciendo usted? —preguntó, desconcertado.

Mason pinchó un trozo de zanahoria, cortó una esquina de la rica corteza del pastel y con avidez se lo llevó a la boca.

—Drake —explicó— es el jefe de la Agencia de Detectives Drake. Trabaja para mí.

—¡Oh! —exclamó Serle, palideciendo.

—Estábamos tratando de localizar a Conway —prosiguió el abogado—. Conseguimos al fin descubrir a la Conway Apliance Company; pero se había trasladado de domicilio. Enviamos entonces a su dirección postal una libranza por valor de veinticinco dólares, y la treta dio resultado.

—Escuche —dijo bruscamente Serle—, ¿qué es lo que desea usted?

—La verdad —contestó Mason.

Serle empujó a un lado su plato.

—Tendré que consultar con un señor —dijo.

—¿Con alguien de la oficina del fiscal del distrito? —preguntó Mason.

—No.

—¿Con quién?

—Con un amigo.

—Vaya y llámele —dijo Mason.

Serle estuvo encerrado en la cabina telefónica durante cerca de

diez minutos.

—Perfectamente, Mason —dijo al regresar a la mesa—, ya tengo las manos libres.

—Yo también —sonrió el abogado.

—Supongamos que se lo cuente todo. ¿Qué iré ganando?

—Le dejaré a usted pagar mi comida —contestó Perry Mason.

—No estoy bromeando —dijo Serle, frunciendo el ceño.

—Yo tampoco.

—Está bien; que conste que tuvo usted una oportunidad y la ha perdido.

Serle atacó con furioso apresuramiento su pastel de carne, ya casi frío.

Mason acabó su ensalada, apartó el plato, encendió un cigarrillo y se puso a saborear una taza de café verdaderamente delicioso.

—¿Postre? —preguntó la camarera.

—Tráigame helado —contestó Mason— y la cuenta al señor —añadió, señalando a Serle.

Serle arrebañó su plato y lo retiró con un gesto de irritación.

—No le sentará bien la comida si come tan apresuradamente —le advirtió Mason.

—No le comprendo a usted —refunfuñó Serle—. Me costó trabajo decidirme a contarle la verdad y ahora no acepta usted mis condiciones.

—Yo nunca admito condiciones —replicó Mason, apartándose ligeramente para que la camarera pudiera quitar las migas de pan del mantel.

—Tráigame pastel de manzanas a la moda y mucho café —ordenó Serle a la muchacha.

—Sí, señor —dijo la camarera, retirándose.

Mason colocó su silla de manera que quedó sentado de lado, cruzó las largas piernas y se dedicó a fumar con evidente delectación.

—Usted no lograría hacerme hablar en un interrogatorio —dijo Serle, reanudando la conversación.

—¡Oh!, se sorprendería usted de lo que un buen abogado puede lograr en un interrogatorio —replicó afablemente Mason—. Se puede hacer un montón de preguntas embarazosas. Se puede poner en tela de juicio la veracidad del declarante. Se puede demostrar

que el testigo ha sido acusado de felonía y que…

—Bueno, a mí no me han acusado de ninguna felonía —replicó Serle.

—No —sonrió Mason—, pero podría usted serlo antes de que terminase la vista del caso. Los federales trabajan de prisa, y los casos de asesinato son de mucha responsabilidad… particularmente cuando el abogado se cuida de exigirla.

—Ya me olí algo al recibir el giro de Drake —confesó Serle. Pero acababa de hacerme cargo del negocio y no conocía a todos los clientes. Drake me escribió una carta que me hizo creer… Su voz se extinguió en huraño silencio.

—Comprendo —dijo Mason—. A uno le repugna ir a la cárcel por ser un primo.

—Yo no soy ningún primo —protestó Serle.

—Lo está usted siendo ahora —replicó Mason en voz alta.

La camarera trajo los postres. Mason empezó a saborear su helado. Serle empujó a un lado su pastel de manzanas y exclamó:

—¡Está bien! Bailaré a su gusto. Hace algunos años que conocí a Louie. Él fue quien montó la agencia para explotar el negocio de los dados falsos. Hace poco me dijo que quería deshacerse de él. Había encontrado un filón: había cobrado veinte mil dólares como primer plazo y esperaba cobrar otros cien mil antes de marcharse.

—¿Chantaje? —preguntó Mason.

—¿Usted qué cree?

—Yo no creo nada —replicó Mason, terminando su helado—. Me limito a escuchar.

—¡Naturalmente que era chantaje! ¡Y bien planeado, por cierto!

—¿Sabe usted lo que tenía con Leeds?

—Por supuesto que no. No iba a ser tan inocente que me lo dijese. Cuando un hombre tiene una mina de oro, no da a sus amigos la ocasión de denunciar las pertenencias.

»Bien, el caso es que yo le compré el negocio. Pensé que era conveniente trasladarlo, pero le conservé el nombre, a causa de las libranzas postales.

—Prosiga.

—La policía invadió mis oficinas. Yo estaba ausente. Cogieron un montón de mercancías comprometedoras, pero no pudieron comprobar entrega alguna. Mi ayudante fue lo suficientemente listo

para guardar los tickets en un lugar absolutamente seguro.

—La policía recogerá su correspondencia a medida que vaya llegando —observó Mason.

Serle se echó a reír.

—Eso es lo que usted cree. Tan pronto como me enteré de lo que sucedía, lo primero que hice fue correr a la oficina de Correos, y cambiar la dirección. Ni una sola carta se recibirá ya en la antigua.

—Muy hábil —comentó Mason.

Serle parecía complacido de sí mismo.

—Y después, ¿qué? —preguntó el abogado.

—Luego… me fui a ver a Conway. Estaba disgustado. Pensé que me había vendido algo ya a punto de arruinarse.

—¿Qué dijo Conway? —preguntó Mason.

—Se disgustó mucho. Dijo que me sacaría bajo fianza, que el negocio era limpio como el diente de un podenco cuando me lo vendió. Yo le dije que creía a Leeds responsable de la denuncia a la policía. Él replicó que no podía ser. Yo insistí en que sí y que a él le correspondía arreglar el asunto.

—¿Qué dijo Conway? —preguntó Mason.

—Me dijo: «Verás lo que tienes que hacer, Guy. Escóndete hasta que yo tenga la oportunidad de arreglar las cosas de la manera que quiero. Probablemente me llevará un par de horas, pero puede ser antes. Telefonéame y yo te diré cuándo tienes que venir a mi departamento para discutir el asunto». Yo le contesté que no quería discutir nada, que quería hechos. Él me dijo que fuese a verle y que lo arreglaríamos todo.

—¿Y fue usted a verle?

—Sí, fui a verle. Yo estaba muy nervioso. Louie se encontraba atacadísimo atendiendo los teléfonos y escribiendo montones de cifras. Ninguno de los dos había cenado, y Louie me dio el número de un restaurante y me dijo que pidiera dos cubiertos. Añadió que sólo disponía de algunos minutos mientras comíamos, pues tenía que ultimar un par de negocios importantes.

»Mientras comíamos, Louie me dijo: «Escucha, Guy: Casi he gastado los veinte mil dólares que le saqué a Leeds, pero soy hombre de recursos y me gusta ayudar a los amigos. Ésta noche, un poco antes de las diez, va a venir aquí una persona de mucho dinero. Puedes llamarme a esa hora para asegurarte de que todo ha

salido bien. Luego te presentas a la policía, te haces inscribir, pones la fianza y vuelves a la calle tan lindamente».

Mason se quedó contemplando la punta de su cigarrillo.

—¿Dice usted que Louie estaba ocupado en otros asuntos? —preguntó.

—Sí. El teléfono sonó dos o tres veces y él hizo un par de llamadas.

—¿Sabe usted a quién? —preguntó Mason.

—En eso no puedo ayudarle mucho —contestó Serle—. Yo tenía mis propios problemas por qué preocuparme. Recuerdo únicamente que parte de la conversación fue sobre caballos y que dijo a alguien que todo estaba ya arreglado y que no ocurría ningún tropiezo. Luego preguntó: «¿Por qué no baja usted y charlamos sobre el asunto? —Y luego añadió—: Bueno, yo podría subir un minuto. No quiero estar fuera más de uno o dos minutos, pero puedo subir si usted quiere». El que le hablaba contestó no sé qué, y él terminó la conversación diciendo: «Bien, quedamos en eso entonces. Bajará usted, pero no lo haga antes de las diez. Voy a estar ocupado hasta esa hora».

—¿Algo más? —preguntó Mason.

—Hubo muchas llamadas. Una de ellas fue de su novia. Parecía estar muy excitada por algo y él trató de calmarla con una porción de «sí, sí; pierde cuidado». En fin, que no puedo recordarlo todo, Mason. Si yo hubiese sabido que le iban a quitar de en medio, hubiera escuchado, pero sólo me interesaba mi asunto.

—Prosiga —dijo Mason.

—Poco es ya lo que tengo que decir. Me marché de allí en cuanto hubimos cenado, fui a una sala de juego conocida y me entretuve por allí hasta las diez. Entonces llamé a Louie y él me dijo que todo marchaba bien, que no se movería de casa hasta que yo le avisase desde la Jefatura de Policía, y que entonces saltaría a su coche e iría a poner la fianza y todo estaría terminado.

—¿Llamó usted a la policía inmediatamente? —preguntó Mason.

—No. Me tomé algún tiempo para reflexionar en lo que tenía que hacer. Me siento más inspirado cuando hago rodar la bola de un lado a otro.

—¿A qué hora llamó usted a Louie? —preguntó Mason.

—A eso de las diez.

—¿Serían las diez y media? —preguntó el abogado con indiferencia.

—¡Oh, no!, eran las diez. ¡Pues no insistió él poco en que llamase a esa hora! Cuando a un individuo lo van a salvar de la cárcel no deja tan fácilmente que se le escurra el tiempo por entre los dedos.

—Está usted mintiendo, Serle —dijo fríamente Mason—. Llamó usted alrededor de las diez y media. Usted no recordaba la hora exacta. La primera vez que contó usted su historia lo confesó. Pero después de hablar con la Brigada de Homicidios y ver que les interesaba fijar la hora de la llamada como *antes* de que Leeds se hubiese marchado, decidió usted complacerles. Se figuró usted que echarían tierra a su asunto si procuraba agradarles.

—Eran las diez cuando llamé —repitió testarudamente Serle—. Oiga, ¿es cierto que Leeds es multimillonario?

—Eso dicen —contestó Mason.

—Quizá mi declaración tenga importancia para él —sugirió Serle—. En cambio, él podría hacer algo por mí.

Se acercó la camarera y se dirigió a Mason.

—¿Es usted Perry Mason?

El aludido asintió con la cabeza.

—Le llaman de su despacho. Dicen que es muy importante.

Mason señaló a Serle con un gesto.

—Dele la cuenta con mis gracias —dijo.

Se dirigió a la cabina telefónica. Della Street estaba al otro extremo de la línea.

—Escuche, jefe —dijo casi sin aliento—. Drake ha localizado a Alden Leeds.

—¿Dónde?

—En Seattle. Emily Milicant está con él. El corresponsal de Drake en Seattle le tiene bajo vigilancia. Me permito indicarle, jefe, que el avión sale dentro de treinta minutos. ¿Cree que podrá alcanzarlo? Le he mandado reservar una plaza. Le telegrafiaré a usted todos los detalles al aeropuerto de Portland.

—Lo alcanzaré —dijo Mason—. Tome esto en taquigrafía.

—Bien. Bien…, diga.

—El departamento de Milicant está en el sexto piso. Indague qué personas tienen sus departamentos sobre él. Serle dejó traslucir algo

de una conversación que sostuvo Milicant por teléfono. Pudo ser con alguien que habitaba sobre su piso en la misma casa. Decir a Drake que una camarera llamada Hazel Stickland, que sirve en el Home Kitchen Café, ha desaparecido. Que interrogue al camarero que subió los cubiertos al departamento de Milicant. Estamos concediendo demasiado crédito al relato de este camarero. Vea si conoce a aquella camarera. Que Drake trate de encontrar a Hazel. Serle se vendió al fiscal del distrito, pensando que podrá favorecerle en lo de la lotería. Fija la hora de la conversación a las diez. Sabe que miente, pero cree que así podrá hacerse perdonar sus delitos. Alden Leeds telefoneó probablemente a la policía haciendo la denuncia que originó el registro de las oficinas de Serle. Milicant sabía eso cuando Leeds le visitó. Leeds probablemente le entregó otros veinte mil dólares cuando le hizo la última visita. Milicant debió morir casi inmediatamente después de… Dé todos estos detalles a Paul Drake, ¿entendido?

—Entendido —contestó la secretaria—. Feliz aterrizaje, jefe.

Mason colgó el receptor y salió disparado del restaurante.

Capítulo 10

Estaba lloviznando cuando Mason entró en el Seattle Hotel.

—¿Se hospeda aquí un tal J. E. Smith? —preguntó.

El empleado miró el registro y contestó:

—Sí. Tres diecinueve. ¿Le aviso?

—No —contestó Mason—, le visitaré después de que me haya adecentado un poco. Tuve que salir apresuradamente. ¿Hay por aquí algún sitio donde pueda proporcionarme alguna ropa limpia?

—A la mitad de la siguiente manzana —contestó el empleado—. Todavía tendrán abierto una hora. Mañana es domingo y todo estará cerrado.

—Necesito dos habitaciones —dijo Mason—: una para mí y otra para mistress George L. Manchester, de Nueva York. Pagaré ambas habitaciones por adelantado. Deme la llave de la habitación que destine para mistress Manchester. La miraré para ver si reúne condiciones y dejaré la llave en el mostrador cuando baje.

Mason sacó la cartera y entregó un billete de veinte dólares al dependiente. Luego firmó con su nombre y con el de mistress George Manchester la tarjeta del registro.

El botones condujo a Mason a su habitación. La destinada a la señora Manchester estaba tres puertas más allá al otro lado del pasillo. Cuando se retiró el botones, Mason tomó las escaleras hacia el tercer piso y llamó a la puerta de la habitación 319.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Emily Milicant.

—Paquete *express* —contestó Mason ásperamente.

Hubo un momento de silencio, luego ruido de pasos, y la puerta se abrió cautamente una pulgada.

Mason empujó hasta acabar de abrirla. Emily Milicant retrocedió intensamente pálida. Un hombre delgado, de pelo blanco y fría mirada, sentado en un sillón junto al radiador, se encaró de mal

talante con Mason.

—¿Quién diantres es usted? —preguntó.

Emily Milicant contestó la pregunta.

—Perry Mason, abogado.

—Cierra la puerta —ordenó a la mujer el individuo del sillón.

Mientras Emily Milicant cerraba la puerta, Leeds siguió preguntando:

—¿Cómo nos encontró usted?

—Muy fácilmente —contestó Mason—. Demasiado fácilmente. Y si yo los he encontrado, la policía puede encontrarlos también.

—Alden se sintió sencillamente aterrado en aquel sanatorio —explicó Emily, hablando rápidamente—. Tuvo miedo de que lo enviasen a un manicomio y decidió escapar.

Mason se sentó sobre la cama, apropiándose tranquilamente las almohadas para apoyar su espalda.

—¿Cuándo vio usted por última vez a John Milicant? —preguntó a Alden Leeds, mientras encendía un cigarrillo.

—Me parece que hace una semana —contestó Leeds.

—Trate de recordar mejor —insistió Mason.

Alden clavó en el abogado sus fríos ojos grises que brillaban bajo las espesas cejas.

—No comprendo —dijo.

—Usted visitó a John Milicant la noche pasada a las diez y cinco —afirmó Mason.

Emily Milicant fue a decir algo, pero se contuvo.

Mason prosiguió en el mismo tono de naturalidad:

—No me diga que no sabe usted que John Milicant fue asesinado la pasada noche entre las diez y las diez y cuarenta y cinco.

Emily Milicant se puso en pie, con los ojos dilatados por el espanto.

—¡John! —exclamó—. ¡Asesinado!

Alden Leeds intentó levantarse, pero volvió a caer en su sillón y dijo con voz ronca:

—Miente, Emily. Trata de sonsacarte algo. No le hagas caso.

Mason se metió la mano en un bolsillo interior y sacó un recorte, apresuradamente arrancado de la primera edición de un periódico de la tarde. Tras desdoblarlo, entregó el recorte a Emily Milicant,

que leyó unas cuantas líneas y luego fue a arrodillarse junto al sillón de Alden Leeds para leer detenidamente con Alden el relato del periódico.

—Quizá no sepa usted que he sido contratado por Phyllis para representarle —dijo Mason a Leeds.

—Lo sabe —contestó rápidamente Emily Milicant—. Oh, míster Mason, esto es espantoso… pero yo esperaba que sucediera algún día. Más de una vez dije a mi hermano que si no dejaba su asociación con…

—Olvide todo eso —la interrumpió Mason bruscamente—. No sé de cuánto tiempo dispondremos. Me temo que no mucho. Milicant era su hermano. Bajo el nombre de Conway había estado explotando a Alden Leeds. Usted, Leeds, subió anoche al departamento de Milicant. Estuvo usted allí aproximadamente a la hora en que debió cometerse el asesinato. Las habitaciones fueron registradas. Las apariencias indican que fue usted quien realizó el registro. Vamos a suprimir mentiras, lágrimas y sensiblerías. Hable pronto y hable claro.

—Salí de allí a las nueve y cuarenta y cinco —afirmó Leeds.

—Recuerde mejor —replicó Mason—. Unos detectives privados vigilaban aquellos lugares. Usted entró a las diez y cinco y salió a las diez dieciséis.

—Es cierto, Alden —intervino Emily Milicant, limpiándose las lágrimas—. Eran las diez y veinticinco cuando él me llamó para decirme que acababas de marcharte.

La mirada de Mason busco la de la mujer.

—¿La llamó a usted? —preguntó.

—Sí.

—¿Por teléfono?

—Naturalmente.

—¿A dónde?

—A mí… a un número que yo le había dado para que me llamase.

—¿Pero no es su casa?

—No.

—Hasta ayer por la tarde —volvió a intervenir Alden Leeds—, no tuve la menor idea de que L. C. Conway y John Milicant fuesen uno mismo. Yo creía que John Milicant obraba como amigo mío. Él

me dijo que conocía a Conway, que Conway era un pillo, pero que podía manejarle.

»Di a John Milicant un cheque por valor de veinte mil dólares. El cheque era pagadero a Conway, pero John dijo que no querría ir al Banco en persona.

—Pero la noche pasada —dijo Emily confidencialmente—, John te devolvería el dinero. ¿No fue así, Alden?

—¡Devolverme el dinero! —exclamó Leeds en tono de sorpresa —. ¡Nada de eso! Anoche me pidió más dinero.

—¡Más dinero! —repitió Emily extrañada—. ¡Pero si me prometió que iba a devolverte el que le habías dado!

—Pues en lugar de eso —replicó secamente Alden—, me dirigió un ultimátum. Me dijo que tenía que recibir otros veinte mil dólares en el término de veinticuatro horas. Yo le di quince mil más en efectivo.

Emily Milicant se le quedó mirando con ojos dilatados por la sorpresa.

—Pero si me llamó anoche, poco después de marcharte tú, y me dijo que todo estaba arreglado y que te lo había devuelto todo menos dos mil dólares.

Leeds no contestó.

—Escuche, Emily —interrumpió Mason—, si está usted absolutamente segura de que su hermano la telefoneó a las diez y veinticuatro…

—No hay duda de que me llamó a esa hora.

—¿Está usted segura de que fue su hermano?

—Naturalmente. ¡Si conoceré yo su voz!

—¿Y qué hay de su reloj? ¿Marchaba bien? —preguntó Mason pensativo.

—Exacto hasta el segundo —contestó la mujer—. Alden y yo teníamos que tomar el avión de medianoche.

—Si eso es cierto, Alden Leeds está salvado.

—Claro que es cierto. ¿Por qué iba yo a mentir?

—Para ayudar a Alden Leeds, naturalmente —contestó Mason—. Pero no esperará usted que el fiscal vaya a convencerse sencillamente porque lo diga usted.

—Mire, míster Mason, creo que Marcia iba a ver a John… Tengo entendido que se proponía pasar la noche con él como otras veces.

—¿Quién es Marcia? —preguntó Alden Leeds.

—La muchacha con quien John iba a casarse —contestó Emily—. Yo me oponía a ese matrimonio, no porque me pareciera que ella no era buena para John, sino porque sabía que John no era bueno para ella. Yo sabía que aquello era un capricho pasajero de John, y que el desengaño destrozaría el corazón de la muchacha. Yo no podía decir a Marcia todo lo que sabía de John. Por eso fingí que me oponía al matrimonio y que sentía prejuicios hacia la joven. Dentro de dos meses John se habría cansado de ella, como se ha cansado siempre de todas las mujeres.

—Ha muerto —observó Mason en tono de reproche.

—No me importa que haya muerto o no —replicó Emily, indignada—. John Milicant era un deficiente mental. No sabía distinguir entre el bien y el mal, y ni siquiera lo intentaba.

—¿Estuvo alguna vez preso? —preguntó Mason.

—Claro que sí. Cumplió una condena de cinco años en la Penitenciaría de Waupun. Wisconsin. Eso fue ya hace años.

—Entonces tendrán sus huellas dactilares —dijo Perry Mason.

Emily afirmó con un movimiento de cabeza.

—Llegó a ser un hombre de confianza en las oficinas de la prisión y tuvo la astucia de apoderarse de sus propias huellas dactilares y sustituirlas. Consiguió que diez penados le prestasen la huella de un dedo. Aquello alteró su ficha de tal modo que es como si no existiese. Hizo la sustitución antes de la época en que se implantó el sistema de registro central.

—¿Antes de perder los dedos de los pies? —preguntó Mason, pensativo.

—Los dedos de los pies los perdió en Waupun —contestó la mujer—. Fue un envenenamiento de la sangre producido por una ampolla infectada. Tuvieron que amputarle cuatro dedos del pie derecho…

Mason observaba atentamente a Emily.

—¿Era realmente su hermano? —preguntó en tono de duda.

—Claro que lo era.

—¿Está usted segura de que no fingió el parentesco con el fin de… de viajar juntos?

—Ciertamente que no —replicó la mujer, enrojeciendo.

Mason volvió a dirigirse a Alden.

—Bien —dijo—. Conway o John Milicant era una misma persona. Ésta le estaba haciendo a usted víctima de un chantaje. ¿De qué podía acusarle a usted?

—Oh, no hablaremos de eso —dijo Leeds evasivamente.

—Opino, por el contrario, que debemos hablar —replicó Mason —. ¿Qué va a suceder cuando la policía descubra aquellos documentos en el departamento de Conway?

—¿Qué documentos?

—No estoy dispuesto a enseñarle mi baza hasta que usted me enseñe la suya —repuso Mason—. Me basta con saber si me está usted diciendo la verdad. Empiece.

—No tengo más afirmaciones que hacer —replicó Leeds.

—Supongamos, entonces, que yo hago una —dijo Mason—. Usted no es Alden Leeds. Usted es realmente Bill Hogarty, que adoptó la personalidad de Leeds allá por mil novecientos siete.

—Cuéntaselo todo, Alden —dijo Emily—. ¿No comprendes? Es el único camino.

—No disponemos de toda la noche, como ustedes saben — apremió Mason.

—Está bien —dijo Leeds, llenando de tabaco su pipa—, le contaré todo lo mío y te excluiré a ti, Emily.

—No seas tonto —replicó la mujer—. Cuéntaselo todo.

Leeds denegó con la cabeza.

—Está bien —dijo ella—, le contaré yo *lo mío*. Fui bailarina — prosiguió, dirigiéndose a Mason—. Me presenté en Klondike como tanguista del cabaret «M and N». Aquello fue antes de la época de las muchachas «taxi» como las conocemos hoy día. Había tanguistas de todas clases, honradas y malas. A mí me atormentaba el espíritu de la aventura y suspiraba por recorrer sitios y ver cosas. Bien, pues fui a muchos sitios y vi muchas cosas y no tengo que avergonzarme de nada de lo que hice.

»Cuando salí de Seattle me dijeron que podía trabajar en los salones de baile y ser honrada. Lo fui, en efecto, pero no conseguí reunir dinero. No soy ningún ángel, pero nunca quise a ningún hombre por el interés. Tenía diecinueve años cuando fui a Klondike en mil novecientos seis. Eso hace que tenga ahora cincuenta y dos. A partir de aquí puedes seguir tú, Alden.

—Yo fui al Yukon en mil novecientos seis —dijo Alden Leeds—.

Fui en compañía de un camarada llamado Hogarty. Remontamos el distrito de Tanana y descubrimos una buena mina. Hogarty había trabado amistad con Emily durante la travesía en el buque. Se enamoró de ella y después siguió escribiéndole.

»Emily empezó a trabajar en el cabaret y no le agradó. Decidió entonces abandonar la profesión y comprar una parte de una pertenencia. Bill le escribió que fuese a reunirse con él, pues creía que podría lograr mi consentimiento para venderle una tercera parte de nuestra mina.

»Emily fue. Nunca olvidaré la impresión que me causó cuando la vi por primera vez en nuestra choza. La miré y me sentí perdidamente enamorado.

»Habíamos estado trabajando de firme. Nuestros nervios estaban en tensión. Yo reproché a Bill el haber llevado a una buena muchacha a aquel país de mineros semibárbaros. Él me contestó que me metiera en mis propios asuntos. Una palabra trajo otra y a los dos días no nos hablábamos. Emily trató de suavizar las cosas. Cuando más lo intentó, peor se pusieron.

»No hacía frío todavía, aunque había hielo en el aire y empezaba a oscurecer. Como usted sabe hay luz toda la noche en aquellas latitudes, durante el verano. Bill y yo trasladamos nuestras yacijas dejando a Emily la choza. Dormíamos en la parte posterior, sobre ramas de balsamina… dormíamos juntos para darnos calor, y ninguno de los dos nos hablábamos. Una mañana nos despertamos y nos encontramos con que Emily se había ido. Había dejado una nota diciendo que comprendía que era la causa de nuestra discordia y había decidido desaparecer. Que no tratásemos de seguirla.

»Su advertencia no evitó que lo hiciéramos. Pero no nos sirvió de nada. No pudimos localizarla. Volvimos a la choza y a nuestro trabajo. Bill me destrozaba con los ojos y yo a él con los míos. Un día nos encontramos ricos. Nos quedamos mirándonos ante aquel gran montón de oro, y Bill dijo: «Si no fuera por ti, Emily hubiera tenido una parte de eso». Yo le insulté y nos enredamos a golpes. Ninguno de los dos venció. Yo era más viejo y más recio. Él era más joven y más rápido. Cuando no pudimos golpearnos más entramos en la choza y nos refrescamos la cara con agua. Luego salimos y arrancamos más oro. Teníamos ya una pila enorme.

»Aquella noche, Bill decidió matarme. Lo leí en sus ojos. Calculó

que muerto yo, podría quedarse con todo el oro e iría a buscar a Emily. Por aquella época ya se había dado cuenta de que yo le interesaba a ella más que él.

»Teníamos un revólver y un rifle. Me metí el rifle en una pernera y lo saqué de la choza escondido cuando salí a buscar leña. Lo dejé donde pudiera tenerlo a mano y me dediqué a vigilar a Bill como un halcón.

»Sucedió a eso de las ocho de aquella noche. Él había estado bebiendo mucho y, de pronto, se enderezó y arrojó la botella de whisky a un lado. Leí el furor asesino en sus ojos. Creo que quiso decirme algo, pero no pudo hablar. Contrajo los labios y nada más. Cuando empuñó el revólver yo ya me dirigía hacia la puerta. Había estado esperando aquel ademán.

»Bill era rápido. Disparó dos veces y las dos erró la puntería. Rodeé la choza corriendo y él me persiguió. Yo le llevaba la suficiente delantera para poner la choza entre los dos. Cogí el rifle y disparé.

»Y me encontré en las soledades del Norte con un camarada muerto, junto a un filón de oro y con el invierno encima. Yo sabía que habíamos dado con una bolsa. Podía agotarse en cualquier momento, pero era una bolsa. Si dejaba la pertenencia para ir a informar a las autoridades, corría el riesgo de que pasase por allí algún otro explorador y me limpiase el oro.

»Hice la única cosa que parecía lógica en aquellas circunstancias. Arrastré el cuerpo de Bill lejos de la choza, cavé una fosa y le enterré. Era exactamente lo que él habría hecho conmigo. Volví y me puse a vaciar el depósito de pepitas de oro. Trabajé durante diez días. Tenía una fortuna en pepitas. Me costó cinco viajes, cargando con todo lo que podía llevar, para transportarlo al bote.

»Bien, ya estaba allí. El río debía empezar a helarse de un momento a otro. Yo tenía una carga de oro, y pocos eran los que no sabían que mi socio era Bill Hogarty. Yo no podía explicar la ausencia de Bill sin comprometerme gravemente. No me atrevía a mentir ni tampoco a decir la verdad.

»Empecé a remontar el río. Avanzaba muy lentamente. El río se heló al fin. Contraté indios y trineos tirados por perros. Viajé día tras día bajo el nombre de Bill Hogarty. Decía a la gente que

habíamos encontrado un rico filón, y que Leeds, mi compañero, se había quedado para vigilar la pertenencia, mientras yo iba a buscar provisiones y a depositar el oro en el Banco. Durante el viaje procuraba rehuir a la gente que nos conocía. Hablé muy poco y viajé de prisa.

»Ya se figurará usted lo que me propuse viajando con el nombre de Bill Hogarty. De este modo podía hacer figurar que Bill había abandonado el país para marchar a Seattle. Una vez en Seattle, recuperé mi verdadero nombre y hablé con la gente que me conocía. Si la Ley descubría el cadáver, no podría identificarle como el de Hogarty, porque los testimonios demostrarían que Hogarty había marchado y llegado a Seattle, donde había desaparecido. Tampoco podría identificarle como el de Leeds, porque Leeds se encontraba vivo y en perfecta salud. Era lo mejor que pude hacer. Calculé que, con alguna suerte, pasarían uno o dos años, antes de que descubriesen el cadáver. Llegué a Seattle, viajando todavía con el nombre de Hogarty. Encontré a Emily. Ella sentía por mí lo mismo que yo por ella y… nos casamos.

»Pasamos en Seattle aquel invierno. Ambos éramos orgullosos e impulsivos. Reñimos gravemente en la primavera. Emily me abandonó. Ahora sé que pensaba volver, pero su orgullo le hizo aplazarlo demasiado. Abandoné Seattle y volví a mi verdadera identidad de Alden Leeds.

Leeds calló un momento y acercó un fósforo a su pipa.

—Recuerde —prosiguió lentamente— que en aquellos tiempos las cosas eran diferentes que en estos días. El país era joven y jóvenes los hombres que lo habitaban. Aun los viejos eran más jóvenes que la mayoría de los jóvenes de ahora.

»Hoy padecemos endurecimientos de las arterias económicas. El país es viejo. Nuestra perspectiva es vieja. La gente ha dejado de tener ambiciones.

»Hoy se puede registrar esta desgraciada ciudad sin encontrar media docena de hombres con arrestos suficientes para emprender la conquista del Yukon como en aquellos tiempos. A mí no me importa envejecer y morir. Lo que me duele es ver todo este país morir conmigo. No hay juventud para ocupar nuestro lugar. No son más que un hatajo de mocosos, sin otro ideal que mangonear en los gobiernos.

Siguió un silencio durante el cual alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mason.

—Un telegrama para míster Mason —contestó la voz de un botones—. Como no está en su habitación pensé que se encontraría aquí. Dijo al conserje que se proponía visitar a míster Smith.

—Métalo por debajo de la puerta —ordenó el abogado—, y devolveré un billete de dólar. Soy Mason.

Un momento después se deslizó por debajo de la puerta un sobre azul. Mason metió por la rendija un billete de dólar.

—Bien —dijo—. Ahora le diré si hay contestación.

Desgarró el sobre del telegrama y leyó el mensaje enviado por Della Street:

> *La línea telefónica de nuestro despacho y la de mi departamento han sido intervenidas. Stop. Su conversación con Milton Stive sorprendida. Stop. Fiscal de Distrito, entregado requerimiento solicitando los documentos. Stop. Su conversación de Milton con usted sobre la reserva de plaza en el avión para Seattle y localización de Alden Leeds también aparentemente sorprendida.*
>
> *Della Street*

Mason dobló el telegrama y se lo guardó en un bolsillo.

—¡Magnífico! —dijo, tranquilamente a la pareja que le observaba—. Vamos a tener visita. Ustedes dos tienen que hacer exactamente lo que les diga. Miss Milicant, ésta es una llave de una habitación del hotel. Figura usted registrada en esa habitación como mistress George L. Manchester. Vaya a ella. Enciérrese. Permanezca allí hasta que la policía crea que se les ha escurrido usted de entre los dedos y deje de vigilar este lugar. Luego márchese, ocúltese en lugar seguro y escríbame a mi despacho el sitio donde se encuentra y el nombre que utiliza.

»Leeds, *podría* ayudarle a usted a escapar. Pero no me parece prudente. Cuando sea usted detenido, renuncie a la extradición, pero sin darse mucha prisa. Diga a la policía que tiene relaciones con Emily Milicant y que espera que ella le hará el honor de casarse con usted; que no tenía usted la menor idea de que el individuo que conocía como John Milicant hasta ayer por la tarde, usase también

el nombre de Louie Conway. Confiese que le visitó usted; afirme que no sabe la hora que era; que le dejó usted vivo y bien, que no discutirá usted nada hasta que haya hablado con Emily. No diga usted a la policía nada de lo que estuvieron hablando, ni a qué estaba destinado el cheque, ni cómo descubrió usted que Conway y Milicant eran una misma persona.

»Ahora bien, cuando abandonó usted el sanatorio, extendió otro cheque de veinte mil dólares también pagadero a Conway, pero endosado de manera que lo fuese al portador. Las señas de la mujer que cobró ese cheque me hacen pensar en Emily Milicant. ¿He acertado?

La pareja cambió una mirada.

—Fui yo —confesó Emily.

—¿Cuál fue la idea?

—Alden quería tener suficiente metálico para hacer lo que le conviniera. Pero como sabía que no podía retirar veinte mil dólares en metálico sin despertar la sospecha de que se proponía huir, discurrió que si extendía ese segundo cheque a Conway y lo cobrara yo tendría su dinero sin que nadie sospechase lo más mínimo. En aquel momento nos pareció una buena idea.

—Pero en éste es detestable —repuso Mason—. Veinte mil dólares en efectivo son demasiado dinero para una excursión de placer. Da la impresión de que se marcharon ustedes sin intención de volver.

—Lo comprendo —dijo la mujer.

—El caso es, Mason, que yo no puedo ser detenido —objetó Leeds—. Tengo que volver al distrito de Tanana.

—¿Por qué?

—¿No comprende? Para aclarar lo de aquella muerte.

—¿Era éste el motivo de que se valió John Milicant para su chantaje?

—Sí.

—¿Y qué espera usted hacer? —preguntó Mason.

—Espero volver y acabar el asunto.

—¿Cómo piensa usted aclararlo?

—Diciendo la verdad. Emily me apoyará.

—No sea usted inocente —repuso Mason—. Emily no puede apoyarle. Su relato proporcionará un nuevo móvil para el crimen…

y nada más. Después del tiempo pasado, los hechos se han oscurecido. John tenía pruebas contra usted. Se las dio a guardar a Marcia Whittaker. Ella me las dio a mí. Yo le dije que usted la ayudaría mientras cerrase la boca.

—¿Tiene usted esas pruebas? —preguntó ávidamente Leeds.

—¿Qué hay de Marcia Whittaker? —preguntó Mason, rehuyendo el asunto—. ¿Hice bien?

—¡Ya lo creo! Haré todo lo que haya de hacer para recuperarlas.

Mason se volvió a Emily Milicant.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Haría usted todo lo que haya que hacer por librar a Alden de aquella antigua acusación?

Emily asintió con la cabeza.

Mason reflexionó unos momentos.

—Está bien —repuso—. Haga exactamente lo que le dije a usted, ni más ni menos. Si la policía la detiene, niéguese a declarar, rehúse a identificar el cadáver como el de su hermano, resístase a confesar que tuvo usted nunca ningún hermano, y niéguese a hablar de nada hasta que me vea. ¿Podrá usted hacerlo?

—¿Y de qué servirá? —preguntó Emily, dudando.

—No tengo tiempo para explicaciones —repuso Mason—. ¿Hará usted lo que le digo?

—Sí.

—Si lo hacen ustedes exactamente, podré ayudarles. Si no siguen mis instrucciones, es posible que uno de ustedes, o ambos, se encuentren con una acusación de asesinato.

—Sus instrucciones —dijo Leeds poco convencido— son bastante sencillas, pero no comprendo su utilidad. Aunque tenga usted todos esos documentos, habrá una investigación. La policía querrá saber lo que tenía Conway sobre mí y por qué le pagué los veinte mil dólares.

—No se lo diga —aconsejó Mason.

—Si no se lo digo, alegarán que le asesiné para librarme de un chantajista.

—No pensarán eso si yo digo que me telefoneó —repuso Emily Milicant.

—Tú sabes demasiado bien que no telefoneó —replicó Leeds, mirándola fijamente.

—Cállense y escuchen —intervino Mason—, Emily, ¿tiene usted

otros parientes?

—No, éramos solamente dos.

—La vida de John —observó Mason— debió ser un libro cerrado con anterioridad a determinada fecha.

—Así fue —murmuró la mujer.

—Bien, baje a la habitación donde será usted mistress Manchester. No pierda el tiempo. Después de que yo marche no se estén aquí charlando. No se pongan sentimentales. No se emocionen. Hagan exactamente lo que les he dicho.

Salió de la habitación y tomó el ascensor hasta el vestíbulo. La llovizna se había transformado en lluvia persistente y fría. Mientras Mason permaneció en la puerta esperando un taxi, un coche de la policía dobló la esquina y se paró junto a la acera. Saltaron de él cuatro agentes de uniforme. Dos individuos de paisano, que habían estado apostados cerca de la puerta, se unieron al grupo de policías.

El taxi de Mason le llevó a la oficina telegráfica, donde envió a Della Street un mensaje que decía simplemente:

> *Telegrama recibido. No presente queja por el asunto que menciona. No se sorprenda de las conversaciones que yo celebre con usted por teléfono.*

Firmó el telegrama, lo pagó, volvió al taxi y dijo al conductor.

—Lléveme a las oficinas de un periódico. Quiero poner un anuncio.

En la oficina del periódico, Mason, empapada la ropa y chorreándole el agua por las alas del sombrero, escribió el siguiente anuncio para la sección de personales:

> *Se desea información referente a la vida pasada de William Hogarty, de cincuenta y cuatro años de edad, camina con una cojera a causa de haberle sido amputados en Klondike en 1906 cuatro dedos del pie derecho atacados de congelación. Estatura: cinco pies diez pulgadas. Peso: ciento ochenta libras. Facciones duras, parcialmente calvo, ojos negros, cabellos negros. En 1906 fue al distrito de Tanana en Klondike. Regresó a Seattle en 1907. Ha vivido con el nombre de L. C. Conway. Cualquier información cierta sobre la vida pasada, herederos y antiguos*

asociados de este individuo, será espléndidamente recompensada. Interesa particularmente averiguar el doctor que ejecutó la operación del pie helado y saber qué manifestaciones hizo Hogarty en aquella ocasión, si es que hizo alguna. Diríjase a Perry M. por intermedio de este periódico.

Mason entregó el anunció a la empleada.

—Aquí tiene un billete de cincuenta dólares —dijo—. Publíquelo hasta que se agote el dinero o hasta que yo diga basta. Imprímanlo en un tipo llamativo, o a doble columna, o como juzguen necesario para atraer la atención.

—Sí, señor —dijo la muchacha, y añadió observando su ropa mojada—: Debe de estar lloviendo mucho.

Mason se estremeció y pasó una de sus tarjetas por la ventanilla.

—Las respuestas que reciban ustedes —dijo— deben enviármelas inmediatamente por correo aéreo a esta dirección. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Mason volvió a salir a la fría lluvia.

—Si no puedo comprar un abrigo —dijo al conductor del taxi—, quizás encuentre un avión que me lleve lo suficientemente lejos hacia el Sur al encuentro de un clima diferente.

El conductor le miró asombrado.

—En otras palabras —añadió Mason—, que me lleve usted al aeropuerto y que vaya de prisa.

En el aeropuerto, Mason se encontró con que el primer cuatrimotor regular de pasajeros salía de Seattle a las diez treinta y cinco de la mañana siguiente. El taxista le llevó a uno de los mejores hoteles de la ciudad, donde se hizo inscribir de nuevo y explicó al empleado que no tenía equipaje.

En su habitación, Mason disfrutó el regalo de un baño caliente y de una noche de sueño. A la mañana siguiente, llamó a Della Street para cambiar impresiones por conferencia telefónica.

—¿Recibió mi telegrama? —preguntó.

—Sí.

—Escuche, Della. He aquí los acontecimientos más importantes. Localicé a Alden Leeds. Estoy enterado de casi toda su historia. John Milicant era el antiguo socio de Leeds. Llevaba entonces el

nombre de Bill Hogarty. Él y Leeds fueron al Klondike en mil novecientos seis. Se hicieron ricos. Hogarty y Leeds se enamoraron de una muchacha de cabaret. Esta muchacha era Emily Milicant. Hogarty se casó con Emily Milicant en Seattle en mil novecientos siete.

—Entonces, ¿no era hermano de Emily Milicant?

—Nada de eso.

—¿Y por qué dijo ella que lo era?

—Es una larga historia. Creo que podemos identificar el cadáver absolutamente como el de Hogarty a causa de su pie helado. Pero hay que evitar que el fiscal se entere de lo que estamos haciendo.

—¿Tiene usted algo que decirme con ese objeto, jefe?

—Sí. Explique a Phyllis Leeds que todo marcha bien y que estaré de vuelta el lunes por la mañana. Dígale que he visto a su tío; me dio muchos recuerdos para ella.

—¿Dónde está su tío ahora? —preguntó Della Street.

—La última vez que le vi estaba en un hotel.

—¿Para usted en el mismo hotel?

—No. Me alojé en otro porque no quería que Leeds me importunase con sus preguntas. Estaba cansado y necesitaba dormir. Hasta mañana, Della. Adiós.

Mason colgó el receptor, bajó al vestíbulo, pagó su cuenta y tomó el avión hacia el Sur, continuaba lloviendo.

En San Francisco, Mason compró un periódico. En su segunda página encontró lo que buscaba. Mientras volaba hacia Los Ángeles, leyó el relato del periódico. Decía así:

MILLONARIO DE KLONDIKE PERSEGUIDO POR ASESINAR AL MISMO HOMBRE EN DOS ESTADOS. AL GOBERNADOR DE WASHINGTON SE LE PRESENTA UN DIFÍCIL PROBLEMA DE EXTRADICIÓN

Seattle (Washington). — ¿Alden Leeds asesinó a Bill Hogarty en el Klondike en 1906? ¿O asesinó Alden Leeds a William Hogarty en California la noche del viernes?

Preguntas son estas que traen perplejas a las autoridades y causan particular preocupación al Gobierno del Estado de Washington, quien espera recibir muy en breve en debida forma,

demandas para que Alden Leeds, que se encuentra actualmente preso en Seattle, sea entregado a las autoridades de Alaska para responder de la acusación de asesinato de Bill Hogarty, su compañero de exploraciones, allá por los últimos años de la fiebre de oro en Klondike. Por otra parte, las autoridades de California, que han hecho acto de presencia en Seattle, están igualmente seguras de que Alden Leeds asesinó a Bill Hogarty no más lejos que la noche del viernes pasado.

Es curiosa esta discrepancia de treinta y tres años en la fecha de la muerte de un individuo, por no citar el hecho de que es virtualmente imposible que un hombre sea asesinado en Alaska y de nuevo en California. Existe, en la imaginación popular, la creencia de que tal asesinato es un hecho concluyente. Se supone que el cadáver se encuentra en lo que los abogados llaman statu quo.

Las autoridades de Alaska afirman que han encontrado el cadáver de Bill Hogarty en la fosa donde lo enterró Alden Leeds a continuación del hallazgo de un rico filón de oro que los dos socios hicieron en una mina. Las autoridades de Alaska afirman también que tienen pruebas de que Leeds disfrazó su identidad tomando nada menos que el nombre del individuo asesinado, y que abandonó el Yukon haciéndose pasar por Bill Hogarty. Tan completamente quedó burlada la policía por esta hábil astucia, que durante algunos años se dedicó a buscar a Bill Hogarty en la creencia de que éste había asesinado a Alden Leeds.

Las autoridades de California, no obstante, alegan que el cadáver de Alaska no era el de Bill Hogarty, porque Bill Hogarty fue muerto por Alden Leeds no más lejos que el pasado viernes por la noche, y para probar la identidad, citan un pie congelado que presenta el cadáver.

La situación se ha hecho aún más desconcertante en vista de que un conocido abogado criminalista, cuyas dramáticas proezas han cruzado las fronteras, ha emprendido una activa búsqueda de toda información relacionada con el difunto Bill Hogarty, y en particular del modo en que perdió los dedos de su pie.

Para el lego, todo este asunto parece misterioso y oscuro. Es como si Alden Leeds, después de asesinar a Bill Hogarty en el Klondike en 1906, hubiese tenido que enfrentarse posteriormente

con un cadáver que hubiese rehusado aceptar un asesinato como definitivo. Por lo tanto, aunque al principio no lo logre, trata una y otra vez de explicarnos cómo el muerto pudo volver a ser asesinado… y cómo los restos mortales de Bill Hogarty yacen ahora en una funeraria de California del Sur, completamente muerto, incluyendo pie helado y todo.

Hay que tener en cuenta que la pugna de las autoridades de que Alden Leeds es el asesino, no se ha demostrado todavía ante ningún tribunal de Justicia. Es muy posible que Alden Leeds pueda hacer una declaración que aclare por completo el asunto, pero Alden Leeds se ve afligido por un temporal impedimento para hablar que le impide contestar a ninguna pregunta.

Emily Milicant, a quien seguían las autoridades, ocupaba una habitación con Alden Leeds en Seattle, se ha desvanecido también misteriosamente. Como pareció evaporarse en el tenue aire en un momento en que el hotel estaba sometido a la más estrecha vigilancia, las autoridades se sienten profundamente irritadas. Estas autoridades insisten en que es más que una casual coincidencia que la asombrosa desaparición de miss Milicant en la atmósfera de Seattle coincidiese con la llegada a escena de un notable abogado criminalista.

Della Street y Paul Drake estaban esperando a Mason en el aeropuerto.

—Hola —saludó Mason—. ¿Qué hay de comer?

—Hay un buen restaurante aquí mismo en el edificio de la administración —contestó la secretaria.

—Bien, pues no discutiremos ningún asunto hasta que hayamos terminado de devorar el almuerzo —decidió Mason.

—¿Has visto lo que dicen los periódicos de Leeds? —preguntó Drake, camino del restaurante.

—Sí, sí.

—¿De dónde sacaste esa monserga del pie helado?

—Comeremos ahora y hablaremos después —dijo firmemente Mason.

—A mí me ha gustado siempre comer con clientes rumbosos —insinuó Drake.

—Pide lo que quieras —sonrió Mason.

—Supongo que Leeds sería comprensivo y generoso.

—Discutiremos eso con el café y los cigarrillos… —dijo el abogado.

Cuando terminaron la comida y les sirvieron el café, Mason encendió un cigarrillo y dijo a Paul Drake:

—Bien, Paul, veamos lo que tienes que decir.

—Siguiendo tus instrucciones —explicó el detective—, Della me hizo comprobar la identidad de los inquilinos del sexto piso de aquella casa. Todos fueron planchas hasta llegar al ocupante del departamento ochocientos ochenta y uno. Es una tal Inés Colton… Desempeña un puesto de secretaria en un almacén de ferretería. Se la ha visto dos o tres veces con un joven que conducía un convertible rojo. La descripción de los coches coinciden absolutamente después del asesinato. No podemos localizarla en ninguna parte. Salió sencillamente de su casa y desapareció. Le dijo a una amiga que se iba a una excursión de fin de semana.

—Conque Jason Carrel, ¿eh? —repitió Mason—. Me parece que hemos dado con un filón, Paul.

—Lo sé —repuso Drake—, pero hasta ahora no hemos podido sacar nada de él. Tengo unos hombres vigilándole. Quizás eso nos lleve a la mujer, pero el pájaro me parece demasiado astuto.

»La policía dirigió un requerimiento a nuestro perito calígrafo. Esto significa que siguieron a Della cuando fue a verle o que la línea telefónica está intervenida. Hice una pequeña investigación y descubrí que la línea de tu despacho y de las habitaciones de Della tienen derivaciones.

—¿Qué hay de aquella camarera del Home Kitchen Café? —preguntó Mason.

—No creo que tenga nada que ver con nuestro asunto —contestó Drake—. Se marchó antes de que se cometiese el asesinato. Evidentemente, una mera coincidencia.

—¿A qué hora se marchó?

—A eso de las nueve. Alguien la vio abandonar su habitación. Llevaba dos pesadas maletas. He tratado de descubrir el taxi, pero no he logrado nada todavía. La renta de su habitación estaba pagada. Tiene salarios pendientes. Oscar Baker es el camarero del restaurante Blue and White que sirvió la cena. Está seguro de la hora en que lo hizo. No conoce a Hazel Stickland, la camarera del

Home Kitchen Café… Al menos eso dice, y me siento inclinado a creerlo, pero estoy haciendo algunas investigaciones. Es un individuo un poco bohemio que ha vivido siempre a la deriva: fue mozo de una trapería, camarero, lavaplatos, se juega a los caballos todo el dinero que gana… Uno de mis hombres se ha hecho amigo de él, haciéndose pasar por un camarero sin trabajo. Baker dice que tratará de colocarle en el Blue and White tan pronto como haya una vacante. El juicio que a mí me merece es que se trata de un muchacho sin experiencia.

—En nuestros días no se sabe lo que pueden dar de sí los muchachos —repuso Mason—. La mayoría de los crímenes más desconcertantes han sido cometidos por personas de menos de veinticinco años.

—Lo sé —dijo Drake—. Y en este caso hay, además, un móvil posible. John Milicant era hombre muy mujeriego. Jugaba a las carreras. Hazel jugaba a las carreras y Oscar Baker jugaba también. Pero eso no significa nada. Es mucha la gente que juega a los potros en nuestros días. Bien, pues averigüé que Oscar Baker ha estado ganando últimamente dinero a los dados y perdiéndolo a los caballos. Y por la manera como lo ha ganado a los dados, no me cabe duda que ha sido merced a la mercancía de la Conway Apliance Company.

—¿Lo comprobaste? —preguntó Drake.

—El pájaro es demasiado listo —refunfuñó Drake—. Mi agente jugó una partida con él y ganó tres dólares. Si Baker tenía dos dados falsos de Conway, fue lo suficientemente prudente para esconderlos en cuanto leyó lo del asesinato.

»Serle nos ha vendido. Era lo que había que esperar, naturalmente. Creo que habló con Conway a las diez y media, pero él dice que fue a las diez. Claro que no ha habido soborno ni cosa parecida, pero como es uno de los principales testigos de la acusación, el fiscal no quiere que se presente ante el Tribunal con malos antecedentes. Por eso han echado momentáneamente tierra al asunto, cosa que Serle ha tomado por definitiva. Incidentalmente, mientras hacíamos estas indagaciones, no hemos descuidado a aquel explorador amigo de Leeds… Ned Barkler.

—¿Qué hay de él? —preguntó Mason.

—Es un carácter raro —dijo Drake—. Siempre está hablando de

los tiempos pasados en el país del Yukon, nunca menciona ninguna de sus aventuras, le interesan las pendencias de fronteras y las discusiones de juego. Casi siempre viste astrosamente, pero de vez en cuando se pone de punta en blanco y sale hecho un brazo de mar. Galantea a las muchachas, especialmente a las cajeras de restaurantes, vendedoras de tabacos, manicuras y otras por el estilo.

—¿Con éxito? —preguntó Mason.

—No estoy tan enterado, Perry —contestó el detective—. Ni siquiera lo he localizado todavía. Se le escurre a uno de entre los dedos como una anguila. Averiguar de dónde diablos salió antes de ponerse en contacto con Leeds, es más de lo que está a mi alcance. Apareció hace un par de años y se plantó en medio del cuadro. Y ahora, para marcharse, no ha tenido que hacer otra cosa que abandonar limpiamente el centro de la escena. No sé por qué se me ha metido en la cabeza, Perry, que es un hombre que no lo encontraremos hasta que él quiera que se le encuentre.

—De momento me interesa más Inés Colton, Paul —dijo Mason —. Necesito hablar con ella con la máxima urgencia.

—¿De cuánto tiempo puedo disponer? —preguntó Paul Drake.

—De ninguno —contestó Mason—. Voy a precipitar la vista preliminar del caso todo lo que pueda.

—¿Por qué no ganar tiempo hasta que yo averigüe algo de la Colton?

Mason hizo un gesto negativo.

—No olvides que el fiscal ha dirigido un requerimiento a mi perito calígrafo. Necesito embrollar tanto el caso y llevarlo tan aprisa que el fiscal camine siempre un salto detrás de nosotros. Cuando vea aquellos papeles, es preciso no dejarle el tiempo suficiente para que descubra lo que significa.

—Eso exigirá trabajo y suerte —dijo Drake—. Yo pondré el trabajo. Ustedes pidan que tengamos suerte. ¿Y qué lío es ése, Perry, de que Milicant es Hogarty, y cómo descubriste lo del pie helado?

Mason sonrió a Della Street.

—Me lo ha dicho un pajarito —contestó.

Capítulo 11

El juez Knox, que había adquirido un gran respeto por la técnica judicial de Perry Mason, presidía la vista preliminar de lo que la Prensa había titulado: «El caso del hombre que murió dos veces», paseó la mirada por la asamblea y dijo:

—Señores, en el caso del ciudadano del Estado de California, Alden Leeds, acusado del asesinato de John Milicant, conocido a veces por Bill Hogarty y por L. C. Conway, el acusado ha sido previamente advertido de sus derechos constitucionales. Se declara abierta la sesión. ¿Están ustedes preparados?

Bob Kittering, representante del fiscal, un individuo delgado y nervioso, de mirada inquieta, contestó:

—Preparado en nombre del pueblo.

—Preparado en nombre del acusado —dijo Mason.

El médico forense fue el primer testigo. Declaró detalladamente respecto al hallazgo del cadáver, presentó fotografías para mostrar la posición en que apareció sobre el suelo del cuarto de baño, del modo que el cuchillo fatal sobresalía por la espalda, un poco más arriba de la paletilla izquierda. Presentó también fotografías que revelaban el estado de la habitación con todas sus huellas de un registro apresurado. Interrogado por Kittering, sacó un sobre que contenía los objetos personales del difunto, encontrados en los bolsillos de sus ropas.

—Observo —dijo Kittering— que hay una pluma estilográfica, un pañuelo, una navaja, seis dólares y doce centavos en moneda suelta, encontrados en el bolsillo del pantalón del difunto, un sobre sin dirección de retorno, dirigido a L. C. Conway, conteniendo unos datos manuscritos y un encendedor de bolsillo. Llamo vuestra atención hacia el hecho de que no se le encontró cartera, ni licencia de conducción, ni billetes, ni tarjetas profesionales, y os pregunto si

estáis completamente seguros de que esos objetos son los únicos que encontrasteis en las ropas del difunto.

—Los únicos —contestó el forense.

—¿No se encontró cartera alguna en las ropas ni posteriormente en el departamento?

—Que yo sepa, no se encontró ninguna cartera.

—Puede interrogar al testigo —dijo Kittering dirigiéndose a Mason.

—Renuncio a interrogarle —contestó cortésmente el abogado.

Fue llamado a continuación el cirujano que practicó la autopsia. Éste afirmó el hecho de que, a juzgar por el examen del cadáver, la muerte había sido causada por la penetración de arriba abajo de un cuchillo de largo mango que se encontró clavado todavía en la herida. El arma había recorrido una trayectoria hacia abajo, resbalando por la paletilla izquierda y penetrando en el corazón. La muerte, en su opinión había sido instantánea. La hora de la muerte podía fijarse, aproximadamente, de ocho a catorce horas antes de la hora en que se practicó la autopsia.

Kittering presentó un cuchillo trinchante manchado de sangre.

—Llamo su atención hacia este cuchillo, doctor. ¿Es el que encontró usted clavado en el cuerpo de la víctima?

—Sí, señor —contestó el doctor.

Kittering pidió que el cuchillo fuese marcado para su identificación como prueba de convicción.

—Me adhiero a la petición —dijo Mason.

—¿Puede usted fijar la hora de la muerte de un modo más concreto, doctor? —preguntó Kittering.

—No en relación con la hora en que examiné el cadáver, pero puedo determinarla concretamente en relación con el contenido del estómago.

—¿Qué quiere usted decir, doctor?

—Que examinando el contenido del estómago y sometiéndolo a un análisis con el fin de descubrir la posible presencia de veneno, encontramos que la persona en cuestión murió aproximadamente dos horas después de una comida que se compuso principalmente de cordero, probablemente bajo la forma de chuletas, guisantes, verduras y patatas. Con objeto de explicar mi contestación puedo decir que mientras la hora de la muerte, tal como se establece en la

post mortem, depende de diversos factores elásticos, tales como el *rigor mortis*, el enfriamiento del cuerpo, etcétera, y ésta, por lo tanto, sujeta a cierta variación individual, el proceso de digestión es más uniforme; y examinando el estado a que ese proceso digestivo ha llegado con anterioridad a la muerte, podemos, cuando hay alimentos en el estómago, fijar la hora con mucha mayor seguridad.

—¿Puede usted, pues —preguntó Kittering—, fijar la hora exacta de la muerte?

—En vista de los indicios —dijo el doctor sin titubear— fijo definitivamente la hora de la muerte como ocurrida no antes de las diez y cuarenta y cinco de la noche del citado día.

—¿Cómo fija usted esa hora? —preguntó Kittering.

—Examinando el punto a que ha llegado el proceso de digestión en relación con la hora en que fue consumida la última comida.

—Puede usted interrogar —dijo Kittering triunfalmente a Mason.

Mason se dirigió al Tribunal.

—Me permito manifestar a Vuestra Señoría —dijo— que podría anular todo este testimonio fundándose en que está basado en hechos fuera del conocimiento del doctor.

—Este testimonio se relacionará más tarde con otro —dijo Kittering.

—Bien —observó Mason—, pues para ahorrar tiempo, no presentaré mi objeción, pero aclararé algo más del asunto haciendo unas cuantas preguntas… ¿Cómo determina usted la hora de la muerte cuando practica una autopsia, doctor?

—En circunstancias como éstas —contestó el facultativo con cierta hostilidad— existen diversos métodos. Un examen del contenido del estómago en relación con la hora de ingestión de los alimentos es, con mucho, el mejor.

—¿Actuando sobre el supuesto de que la cena fue servida a las ocho y diez?

—Sí.

—Pero su único conocimiento de la hora en que fue ingerida la cena se basa enteramente en lo que le han dicho a usted. ¿No es cierto?

—Bueno, sé que la cena fue servida a las ocho y diez.

—¿Cómo lo sabe usted?

El doctor levantó la voz.

—Hay testigos para probarlo.

—Y si resultase que los testigos se equivocan en la hora en que fue servida, usted se equivocaría. ¿No es así?

—El testigo no se equivoca —afirmó el doctor—. He hablado con él personalmente.

—Pero todo lo que usted sabe por propio conocimiento, doctor, es que practicó la autopsia a un cadáver, que la muerte ocurrió de ocho a catorce horas antes de tal examen y a las dos horas aproximadamente de aquella en que el difunto ingería una comida compuesta de determinados artículos alimenticios. ¿No es eso?

—Puede usted interpretarlo de ese modo, si quiere —repuso el doctor.

—Gracias, doctor —contestó Mason con una sonrisa—. Así lo interpretaré. Esto es todo.

—Jason Carrel será el próximo testigo —anunció Kittering.

Carrel, impasible el rostro y serena la mirada, avanzó, levantó la mano, prestó juramento y dio su nombre y domicilio.

—¿Vio usted un cadáver en el depósito de la funeraria de Breeckenbridge y Manifred? —le preguntó Kittering.

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue eso?

—En la mañana del sábado, día siete.

—¿Identificó usted aquel cadáver?

—Sí, señor.

—¿Conoció usted a aquel hombre en vida?

—Sí, señor.

—¿Bajo qué nombre lo conoció en vida?

—Bajo el de John Milicant, un hermano de Emily Milicant.

—¿Y sabe usted si el acusado, Alden Leeds, su tío, conocía también al difunto?

—Sí.

—¿Bajo qué nombre?

—Me opongo a esa pregunta, que tiende a conseguir una conclusión por parte del testigo —interrumpió Mason—. El testigo no puede declarar respecto a lo que sepa su tío.

—Se mantiene la objeción —declaró el juez.

—¿Oyó usted alguna vez a su tío llamarle por su nombre?

—Se mantiene la objeción —declaró el juez.

—¿Bajo qué nombre se dirigía a él su tío? —preguntó Kittering triunfalmente.

—Bajo el de John Milicant.

—Puede usted interrogar —dijo Kittering a Mason.

—¿Es cierto que no siente usted gran afecto por su tío, el acusado en este caso? —inquirió Mason en tono displicente.

—Por el contrario, realmente me intereso por él —replicó Carrel—. Me enteré lo suficiente para darme cuenta de que estaba en peligro de ser víctima de una aventurera sin escrúpulos, e hice lo necesario para evitar que fuese despojado de sus propios bienes.

—¿Y como aventurera sin escrúpulos se refiere usted a Emily Milicant, la hermana del difunto?

—Sí.

—Está bien. Supongamos que apareciese que el acusado en este caso no es su tío de usted. ¿Influiría eso en su testimonio?

—No sé qué quiere usted decir.

—Sencillamente esto: supongamos que no tuviese usted probabilidades de aprovecharse de su muerte; en otras palabras, que no fuese usted su heredero natural y que, por consiguiente, no estuviese usted en condiciones de participar de sus bienes o de impugnar su testamento, ¿continuaría usted sus esfuerzos para impedir tal testamento y consideraría con igual satisfacción la posibilidad de que sea condenado por asesinato?

Kittering se puso apresuradamente en pie.

—¡Esto es ultrajante! —exclamó—. ¡Esto es contrario a toda ética profesional! Está de acuerdo con la táctica que el abogado ha seguido en…

El juez Knox le interrumpió calmosamente, diciendo:

—La pregunta no es moderada. Quizá no sea discreta. Indudablemente no es cortés, pero es legal. No conozco ley alguna que exija a los abogados ser corteses, discretos o considerados con los testigos que declaran adversamente. La pregunta tiende a demostrar un móvil y su posible razón. Por lo tanto, será permitida.

—Conteste la pregunta —dijo al testigo.

—Me tiene sin cuidado el dinero de mi tío —contestó Carrel en voz baja.

—Pero le hizo usted sacar a la fuerza de un automóvil con

objeto de recluirle en una institución cuando creyó usted que estaba a punto de casarse con Emily Milicant —repuso Mason.

—Lo hice por su propio bien.

—¿Y el de usted no tuvo nada que ver en el asunto? —preguntó Mason con ironía.

Carrel titubeó y se agitó intranquilo.

—No —contestó al fin.

—¿Y no discutió usted con los dos parientes que cooperaron con usted en aquel acto la conveniencia de recluir a su tío para evitar su matrimonio y la posibilidad de un testamento válido, y asegurarse así ustedes una participación en los ahorros de toda su vida?

Carrel se agitó de nuevo y contestó:

—No.

—¿No hubo ninguna conversación con ese motivo? ¿No se mencionó en su presencia el asunto por ninguno de los otros parientes?

Otra vez un largo silencio. Y otra vez Carrel contestó sin levantar la mirada:

—No.

—¿El acto de secuestrar a su tío fue realizado obedeciendo a los móviles más nobles y sin pensamiento alguno para sus intereses financieros?

—Me opongo —saltó Kittering—. Eso es establecer hechos que no están probados. Protesto particularmente del empleo de la palabra «secuestro».

—Se aprueba la objeción dijo el juez.

Mason sonrió.

—¿Ha confesado usted que intentó que su tío fuese declarado incapaz y recluido en una institución?

Como el testigo titubease, Mason abrió su cartera y añadió:

—Aquí tengo una copia de su declaración jurada, por si desea refrescar la memoria, míster Carrel.

—Sí, lo confesé —contestó Carrel.

—¿Y le engañó usted para que entrase en los terrenos de una institución donde los enfermeros le sacaron violentamente del automóvil y le retuvieron contra su voluntad?

—No fue a petición mía.

—Oh, ¿no tuvo usted nada que ver con aquello?

—No.

—Pidió usted al doctor Parkins C. Londonderry que lo hiciese, ¿no es cierto?

—Le pedí que aplicase a mi tío el debido tratamiento.

—¿Y le explicó que por debido tratamiento entendía usted que su tío fuese recluido?

—Bien, sí…, en cierto modo.

—¿Tiene usted amistad con una tal Inés Colton?

—No —contestó Carrel casi a gritos.

—¿No la conoce usted?

—No.

—¿No la ha visto nunca?

—No.

—¿Conoce usted a alguien que viva en la casa donde residió el difunto y donde fue encontrado su cadáver?

—No.

Mason le miró entornando los ojos.

—¿Se ha dado usted cuenta de que ha prestado juramento y de que éste es un caso de asesinato?

—Naturalmente.

—¿Y mantiene usted sus respuestas?

—Sí.

—Nada más —anunció Mason.

El juez Knox habló en un tono que revelaba claramente su incredulidad.

—Míster Carrel —dijo—, ¿desea usted que este Tribunal entienda que durante el tiempo que usted y sus parientes emplearon en discutir los pasos que debían dar para que su tío, el acusado en este caso, fuera declarado incapaz, no se mencionaron en ningún momento en su presencia por parte de algún pariente las ventajas materiales que podrían resultar de impedir el matrimonio de su tío, evitando así que hiciese un testamento válido, o de lograr el intento de que fuese declarado incapaz?

Carrel levantó los ojos, miró a Mason un momento, y luego los volvió suplicantes a Kittering.

—No hubo nunca tal conversación —contestó con voz casi inaudible.

—Esto es todo —dijo el juez Knox, y la frase sonó tan

siniestramente como el ruido que produce el cierre de un cepo de acero.

Kittering pareció tranquilizarse.

—Es muy natural, míster Carrel —dijo—, que usted mencionase *casualmente* que era el heredero de su tío y que proponía, a toda costa, salvaguardar su fortuna en su nombre.

—Protesto de esas palabras, que no tienen otro objeto que sugerir al testigo lo que ha de contestar —dijo Mason.

—Se apoya la protesta —dijo el juez Knox.

—Bien —prosiguió Kittering—, ¿hablaron ustedes directamente de algún beneficio monetario?

—No —contestó Carrel.

—Puede retirarse —dijo Kittering con voz que revelaba su impaciencia—. Que suba al estrado Freeman Leeds.

Freeman Leeds era un individuo fuerte y corpulento, en cuyo rostro la edad había trazado líneas de hosco desafío. Prestó juramento, dio su nombre y domicilio y ocupó el estrado.

—¿Es usted hermano del acusado en este caso?

—Sí, señor.

—¿Ha hablado usted alguna vez con el acusado de un individuo llamado Bill Hogarty?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En dos o tres ocasiones. No puedo recordar las fechas exactas.

—¿Y qué dijo de Hogarty el acusado?

—Me opongo —saltó Mason—, por improcedente, impertinente y sin importancia.

—Ofrezco justificar mi pregunta después —dijo Kittering.

—En ese supuesto se desecha la objeción —decidió el juez Knox.

—Alden estuvo en el Klondike —siguió explicando Freeman Leeds—. Me contó algo de sus aventuras por aquellas regiones. Bill Hogarty fue su compañero y los dos se hicieron muy ricos con el hallazgo de un filón.

—¿Describió alguna vez el acusado a Bill Hogarty?

—Dijo que era más joven que él, y más fuerte —contestó Freeman.

—¿Hizo algunas otras manifestaciones sobre Hogarty?

—Dijo que Hogarty y él habían reñido.

—¿Dijo por qué fue la riña?

—Creo que por una mujer.

—No se trata de lo que usted crea —corrigió Kittering—. ¿Dijo él específicamente eso?

—Sí, dijo que fue por una muchacha de cabaret.

—¿Contó algo más de la riña?

—En una ocasión comentó que se habían tiroteado por una mujer.

—¿Dónde fue el tiroteo?

—Allá en Klondike.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Kittering a Mason.

—¿Puedo preguntar cuál es el objeto de este interrogatorio? —inquirió el abogado—. ¿Supone la acusación que este vago testimonio va a demostrar que el cadáver es el de Bill Hogarty?

—Ése es nuestro propósito —contestó Kittering—. Esperamos presentar pruebas que tenderán a demostrar que este acusado falsificó el nombre de Bill Hogarty en diversos registros de hoteles; que cuando abandonó el Klondike viajó durante algún tiempo con el nombre de Bill Hogarty; que llevó la parte de Bill Hogarty en el hallazgo del filón; que el muerto no es otro que Bill Hogarty; que Hogarty procuró llegar a un acuerdo económico con el acusado, y éste, antes de renunciar a parte alguna de su fraudulenta ganancia, planeó el asesinato de Hogarty. De ese modo esperamos demostrar el móvil del crimen.

—¿Tiene usted todas las pruebas necesarias para demostrar eso? —preguntó blandamente Mason.

—Tenemos todas las que necesitamos —replicó Kittering—. Parte de ello lo probaremos por deducción, pero no sé por qué se sorprende usted tanto, míster Mason. Su asunto en un periódico de Seattle demuestra que usted…

—Basta —interrumpió el juez—. El letrado se abstendrá de personalismos. Siga con el interrogatorio del testigo, míster Mason.

—Ahora, míster Leeds —prosiguió Mason—, voy a dirigirle la misma pregunta que a Jason Carrel. ¿Tuvo lugar en su presencia o en presencia de Jason Carrel alguna conversación que se refiriera a las ventajas monetarias que se derivarían, directa o indirectamente, de declarar incapaz a Alden o de recluirle en alguna institución?

Leeds aspiró el aire profundamente.

—Preferiría no contestar a esa pregunta —dijo.

—Es una pregunta pertinente —opinó el juez Knox.

—Tiene que contestarla —insistió Mason.

—Me permito hacer observar al Tribunal —objetó desesperadamente Kittering— que si el letrado desea acusar a Jason Carrel, debe hacerlo como una parte del propio caso, y no tratando de obligar a uno de mis testigos a hacer tal acusación.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó el juez—. Esta pregunta tiende a demostrar una parcialidad por parte de este testigo. Es evidente que atribuyendo un crimen al acusado, se evitaría la consumación de un matrimonio que, al parecer, no era muy del agrado de sus parientes. Puede usted contestar la pregunta, míster Leeds.

—Se habló algo de que a mí me nombrarían tutor.

—¿Y de las ventajas económicas que se derivarían de ese nombramiento?

Freeman Leeds guardó silencio durante unos segundos.

—No —contestó al fin.

—¿Y no hablaron de la posibilidad de que alguno de ustedes heredase parte de la fortuna del acusado?

—No —repitió Leeds, tras titubear un momento.

—¿El acusado es su hermano mayor?

—Sí.

—¿Qué edad tenía usted cuando el acusado abandonó el hogar?

—Siete años.

—¿Cuándo lo volvió usted a ver?

—Hará unos cinco años.

—¿Y no tuvo usted contacto alguno con él en todo ese tiempo?

—No.

—¿No recibió noticias de él?

—No.

—¿Ni supo dónde estaba?

—No.

—¿Cómo conoció usted que el acusado es su hermano?

—Le reconocí —contestó Leeds.

Mason sonrió.

—¿Le habría usted reconocido si se hubiese presentado arruinado? —preguntó suavemente.

Una oleada de risas recorrió la sala. El juez Knox, luchando por borrar una sonrisa de sus labios, contuvo la tempestad diciendo:

—La sala tendrá que mantenerse en orden. No más risas. La pregunta está hábilmente formulada y tiende a establecer todo un argumento por deducción. Los espectadores se abstendrán de toda manifestación de regocijo y de interrumpir el orden del procedimiento. Conteste la pregunta, míster Leeds.

—Claro que le habría reconocido —contestó Freeman Leeds.

—¿Y si se hubiese presentado en la puerta trasera de su casa con un rollo de mantas a la espalda, harapiento, sucio y pidiendo de comer, cree usted que habría reconocido inmediatamente a su largo tiempo perdido hermano?

—Sí.

—¿Dónde tuvo lugar el encuentro, míster Leeds?

—Alden Leeds se presentó en mi casa.

—¿En un taxi?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Me preguntó si no lo recordaba y si no podía alojarlo. Luego, pasado un rato, añadió: «¿No recuerdas a tu hermano Alden Leeds?».

—Comprendo —dijo Mason con una sonrisa—. ¿Hubo algún intervalo entre el momento en que él le preguntó si le recordaba y si podía alojarlo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Un minuto o dos.

—¿Y durante todo este tiempo estuvo usted sin reconocerlo?

—Bueno, no estaba completamente seguro de haberle identificado.

—Comprendo. ¿Y después que Alden se dio a conocer le recordó usted?

—Le dije que entrase.

—¿Y el acusado entró en su casa?

—Sí.

—¿Y hablaron ustedes durante algún tiempo luego?

—Sí, durante una hora aproximadamente.

—Y en este tiempo, ¿le dijo él que había hecho una fortuna en el

Klondike?

—Dijo que estaba en bastante buena situación.

—Y después de esa declaración, reconoció usted a su hermano de un modo completamente positivo, ¿no es eso?

—No es cierto.

—¿Por qué no es cierto?

—Yo le reconocí.

—¿Cuándo?

—En cuanto le vi.

—¿Antes de que entrase en la casa?

—Sí, naturalmente.

—¿Pero no le llamó usted por su nombre ni le mandó pasar durante un rato que él estuvo esperando que lo hiciera?

—Tardé unos minutos.

—¿Se estrecharon ustedes la mano?

—No lo recuerdo.

—¿Estuvo alguien presente durante aquella conversación?

—Durante la última parte, sí.

—¿Quién fue?

—Jason Carrel.

—¿Presentó usted al acusado a Jason Carrel?

—Sí.

—¿Recuerda exactamente lo que dijo usted?

—Aquello fue hace cinco o seis años —protestó el testigo—. Es difícil de recordar cosas tan remotas.

—Pero no para un hombre de una memoria tan privilegiada como usted —replicó Mason—. Creo que declaró usted que su edad es de sesenta y cinco años. Tenía usted, por consiguiente, sesenta cuando vio a su hermano. Le había visto por última vez cuando tenía siete y, no obstante, le reconoció usted instantáneamente después de transcurrido un lapso de cincuenta y tres años, ¿no es cierto?

—Bien… sí.

—Dígame, pues, específicamente, qué dijo usted a Jason Carrel. ¿Le dijo usted: «Jason, éste es mi hermano Alden»?

—No lo puedo recordar.

—¿No diría usted unas palabras parecidas a éstas: «Jason, este hombre dice que es tu tío Alden»?

—Bien, algo por el estilo.

—Nada más —sonrió Mason.

Kittering puso mala cara.

—Mi próximo testigo —anunció— es Oscar Baker… El Tribunal me perdonará. No pruebo el *corpus delicti* de la manera regularmente aceptada. Algunos de estos testigos han pedido que se los excuse, y será necesario que yo relacione más tarde algunas de las declaraciones escuchadas.

—Tendrá usted la oportunidad —prometió el juez—. El Tribunal desea escuchar toda la prueba.

—Oscar Baker —llamó Kittering.

—Avanzó un muchacho de unos veinte años, vestido con el más barato de los trajes de un almacén de ropas hechas, pero cortado a la última moda. El muchacho levantó la mano y prestó juramento. Dijo llamarse Oscar Baker, de ocupación camarero, de veintitrés años de edad y habitante en una casa de huéspedes.

—¿Dónde trabaja usted? —dijo Kittering.

—En el restaurante Blue and White.

—¿Está usted empleado allí como camarero?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Seis meses.

—¿Y seguía usted siendo camarero de este restaurante en la noche del siete del corriente?

—Sí, señor.

—¿A qué hora fue usted a trabajar?

—A las cuatro de la tarde.

—¿A qué hora abandonó usted el trabajo?

—A las once de la noche.

—¿Conocía usted a John Milicant?

—Sí, señor.

—¿Le había visto en diversas ocasiones?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En su habitación. Vivía un poco más allá de nuestro restaurante.

—¿En qué ocasiones le vio usted?

—Cuando le subía algún cubierto.

—¿Pedía de vez en cuando que le llevasen la comida a su departamento?

—Sí, señor.

—¿Esas comidas eran pedidas a su restaurante, y usted las subía en su papel de camarero?

—Sí, señor.

—La noche en cuestión, ¿sirvió usted unos cubiertos?

—Sí, señor.

—¿Cómo se recibió la orden?

—Por teléfono.

—¿Quién la dio?

—Míster Milicant, supongo.

—¿Qué pidió?

—Dijo que necesitaba cena para dos, y que tenía sumo interés en que se compusiese de chuletas de cordero, guisantes y patatas. Añadió que buscásemos fuera las chuletas si no las teníamos, pero que quería chuletas.

—¿Cuándo se recibió la orden?

—A las ocho menos cinco.

—¿Cómo se dio usted cuenta de la hora?

—Porque le dije que quizá llevaría un poco de tiempo conseguir las chuletas de cordero. Yo no estaba seguro de que las tuviésemos.

—¿Las tenían ustedes?

—Sí. Cuando fui a hablar con el cocinero me enteré de que las teníamos, aunque no figuraban en la minuta de aquella noche. El cocinero había guardado algunas en el frigorífico que, aunque no eran suficientes para ponerlas en el menú, bastaban para dos cubiertos.

—¿Y subió usted algún tiempo después dicha comida al departamento?

—Sí, señor.

—¿Al departamento de John Milicant?

—Naturalmente.

—Explique ahora al Tribunal qué sucedió cuando subió usted los cubiertos.

—Puse los platos en unas bandejas, cubrí éstas con servilletas y un mantel doblado y me dirigí a la casa. Yo sabía el número del departamento de Milicant… Conway le llamábamos.

—¿L. C. Conway? —interrumpió Kittering.

—Sí. Louie Conway. Bien, subí la comida en el ascensor y llamé a la puerta. Un voz gritó: «¡Entre!», y abrí la puerta y entré.

—¿La puerta estaba sin echar el pestillo? —preguntó Kittering.

—Sí, señor, y los dos individuos…, quiero decir, los señores… estaban en el dormitorio. Les oí hablar allá dentro de algo así como de carreras de caballos, y apliqué el oído porque Louie Conway tenía a veces buenas corazonadas para ganar dinero.

»Bien, al poco rato debieron comprender que yo estaba escuchando porque el otro individuo dijo: «Espera un momento que el muchacho está ahí fuera». Asomó entonces por la puerta y me ordenó: «Ponlo sobre la mesa y vuelve a recoger los platos cuando llamemos. ¿Cuánto es la cuenta?». Yo respondí: «Uno setenta y cinco». Él me entregó tres billetes de un dólar y me dijo: «Guárdate el resto y lárgate».

»—¿Quiere que ponga la mesa? —pregunté.

»—No, tenemos mucha prisa —me contestó.

»—Estos platos deben comerse en seguida —advertí—. Los calenté antes de salir, pero el traerlos al aire no les habrá favorecido mucho.

»—Lo sé —dijo el individuo—. Pero lárgate ya, que estamos muy ocupados.

—¿Conocía usted a aquel hombre? —preguntó Kittering.

—Entonces, no. Ahora, sí. Era Guy T. Serle, el que compró el negocio de Conway.

—¿Estaba usted enterado del negocio a que se dedicaba Conway? —preguntó Kittering.

—Creo que sí.

—¿Qué clase de negocio era?

—Me opongo a esa pregunta improcedente —dijo Mason.

—¿La pregunta —inquirió el juez— tiene por objeto demostrar la verdadera identidad del asesinato?

—No, precisamente —contestó Kittering—. En realidad quiero determinar el ambiente en que vivía la víctima…

—Se mantiene la objeción —sentenció el juez—. Puede usted hacer preguntas que tiendan a establecer la identidad del asesinado. Ahora acaba usted de demostrar que el difunto era John Milicant, conocido también por L. C. Conway, o Louie Conway. Se han hecho

igualmente algunas alusiones a Bill Hogarty, pero hasta ahora no se ha demostrado de modo concluyente que el difunto y Bill Hogarty fuesen uno mismo. El tribunal le concederá amplia libertad en la materia, señor representante del fiscal, pero no puede consentir un examen indirecto de las actividades del difunto. Eso, naturalmente, es una regla general.

—¿Volvió usted por los platos? —preguntó Kittering, reanudando el interrogatorio.

—Sí, señor. Volví un cuarto de hora antes de terminar mi servicio.

—¿Serían las diez y cuarenta y cinco?

—Aproximadamente. Como no me llamaron, me presenté yo.

—¿Y qué encontró usted?

—La puerta estaba ligeramente abierta. No sé quién estaba en el dormitorio. Aquella puerta estaba cerrada. Mis platos estaban vacíos y colocados sobre la bandeja. No tenía motivos para entretenerme. Me habían dado la propina y… no sé por qué se me figuró que había allí una mujer y que mis parroquianos no querían que se les molestase.

—¿Sabe usted si había alguien en el dormitorio?

—A mí me pareció que sí. Hasta me pareció oír a alguien allá dentro. Además, había un pañuelo de mujer en un lado de la mesa, junto a una servilleta.

—¿Cómo sabe que era un pañuelo de mujer? —preguntó Kittering.

—Lo olí —anunció Baker, y una vez más corrió por la sala un rumor de risas.

—¿Qué hizo usted después?

—Cogí la bandeja con los platos y me largué.

—¿Cerró usted la puerta al salir?

—Tiré de ella. Creo que el pestillo estaba retenido y que la puerta no se cerró, pero no estoy completamente seguro de eso. Yo sé que tiré de la puerta. Si los de dentro no querían que se cerrase, allá ellos. Ya saldrían a cerrarla cuando les conviniera.

—¿Está usted seguro de la hora?

—Absolutamente. Tenemos en el establecimiento un reloj eléctrico, y me figuré que Conway… Milicant… se disgustaría si no le subía la cena a tiempo. Por eso me fijé particularmente en la hora

cuando pidió los cubiertos y metí prisa al cocinero para que los despachase cuanto antes. Ya sabe usted que en un establecimiento como el nuestro… quiero decir, en un restaurante de esa importancia, un camarero no puede servir a domicilio de no aprovechar algún momento de calma. Nosotros, realmente no estamos preparados para esa clase de servicio. El cocinero prepara los platos, y luego, en caso de que tenga uno prisa, los conserva calientes hasta que se le presenta a uno la oportunidad de salir a la calle. Se sorprendería usted si comprobase lo que influye el calor en las comidas. Particularmente cuando se cubren con una servilleta y un mantel.

—¿A qué hora volvió usted al departamento a buscar los cubiertos?

—Casi exactamente a las once menos cuarto. Tuve que esperar un momento de calma para poder salir. Y esperando, casi se me olvidó que tenía que ir a buscarlos. Cuando ya sólo faltaban quince minutos para terminar mi trabajo, salí corriendo.

—¿Está usted completamente seguro en cuanto a la hora en que entregó la comida?

—Absolutamente. Salí del restaurante a eso de las ocho y ocho minutos. Subí al piso a las ocho y diez en punto. Apostaré a que no me equivoco ni en diez segundos.

—¿Y había un reloj eléctrico en el restaurante?

—Sí, señor.

—Puede interrogarle —dijo Kittering a Perry Mason, desafiándole a embrollar a aquel testigo.

—¿Esos relojes eléctricos siempre marchan bien? —preguntó Mason.

—Naturalmente, por eso los ponen.

—¿Excepto cuando la energía se interrumpe temporalmente?

—Bueno, eso ocurre a veces —confesó el joven.

—¿Cómo sabe usted que no hubo interrupción temporal de energía en este caso?

—Hay un sitio en el reloj donde aparece una señal cuando eso sucede.

—¿Y advirtió usted esa señal particular?

—No observé nada anormal… pero si hubiera habido algo, lo habría advertido. Siempre me guío por aquel reloj para saber la

hora.

—No obstante, ¿no pudo usted equivocarse?

—No hay más que una probabilidad entre diez mil.

—Entonces, ¿existe una probabilidad entre diez mil de que se equivocase usted? —insistió Mason.

—Bien, si quiere usted jugarse diez mil contra uno —dijo Baker—, allá usted. Yo no. Veinte a uno es mi límite.

Volvió a correr por la sala un rumor de cuchicheos y risas contenidas.

—Cuando volvió usted a buscar los platos, ¿no le dijo nadie nada? ¿No le hizo nadie ninguna pregunta?

—No, señor.

—¿Sacó usted la impresión de que había gente en el dormitorio?

—Eso me pareció.

—¿Cree usted que una de las personas era Serle?

—Aquel pañuelo no me olió a hombre.

—¿Y dice usted que los platos estaban vacíos?

—Sí, señor.

—¿No habían dejado nada?

—Estaban limpios como un espejo.

—Por lo visto los comensales tenían hambre…

—Verá usted; cuando servimos una cena para fuera, no llevamos demasiada cosa. No se puede llevar sopa, agua y todo lo demás. Ya es bastante poner la comida en los platos y lograr que llegue caliente a su destino. La gente no come tanto en un restaurante como uno se imagina. Eso es debido a que les llevamos galletas y mantecas y nos retiramos y los abandonamos un rato, durante el cual se entretienen en mordisquear aquellas fruslerías. Luego les servimos la sopa y los dejamos otra vez solos, para servirles a continuación el pan y manteca. Con eso resulta que, en realidad, no empiezan a comer hasta pasados diez o veinte minutos después de sentarse, a veces media hora. Depende de la gente que haya.

—¿Quiere usted decir que no pueden ustedes servir tan rápidamente cuando hay mucha gente?

—Al contrario —contestó el testigo—, entonces es cuando servimos más de prisa. Cuando el salón está lleno, el restaurante pierde dinero cada vez que alguien se asoma y se va. Por eso tratamos de servir muy de prisa, para que se vacíen pronto las

mesas. Cuando el negocio es flojo, el salón causa un pésimo efecto con sólo uno o dos comensales. Entonces se entretiene a los clientes todo lo posible, espaciando los platos. De ese modo la gente que pasa por la calle mira por los cristales, ve una regular concurrencia y piensa a primera vista que es un buen lugar para comer.

—En otras palabras —dijo Mason, con una sonrisa—, que prescindiendo de nuestra conveniencia, a nosotros, los clientes, se nos retiene como anuncios vivientes cuando acertamos a entrar en un restaurante en las horas en que afloja el negocio.

—Sí, los clientes son unos buenos maniquíes de escaparate —convino Baker.

—Muchas gracias —dijo Mason, poniendo fin al interrogatorio.

—El testigo siguiente —anunció Kittering— será William Bitner.

Bitner resultó ser un perito quirógrafo como él mismo se calificó, y empezó la larga rutina de presentar fotografías de huellas, tableros de mesa y cristalería.

El tiempo transcurrió interminable mientras seguía el tedioso proceso de identificar cada fotografía. Una vez presentadas éstas, pasadas al abogado para su inspección y recibidas como documentos fehacientes, era necesario esperar a que el tribunal hiciese la necesaria identificación; después, el proceso seguía de nuevo. Kittering, con una imaginación que se gozaba en el detalle, hacía una pausa para asegurarse de que los documentos eran debidamente numerados en orden correlativo.

Cuando hubo terminado con unas cuarenta y dos fotografías, el representante del fiscal se dispuso a hacer estallar su bomba, una bomba que era legalmente potente y que, sin embargo, careció de fuerza dramática a causa del largo trámite empleado para encender su mecha con resultado.

—Voy a mostrar a usted una tarjeta que contiene diez huellas, para que me diga quién tomó la impresión —dijo Kittering, entregando una cartulina al perito.

—Yo mismo —contestó el testigo.

—¿Cuándo las tomó usted?

—Hace tres días.

—¿Dónde las tomó?

—En la prisión del distrito.

—¿Y qué representan?

—Son huellas en tinta dejadas por los diez dedos del acusado en este caso. Esas huellas están agrupadas en pares, de acuerdo con la práctica aceptada, y designadas por una fracción. Es decir, un número, que representa ciertas cifras utilizadas para la clasificación, aparece en el numerador, y otro, similarmente formado, en el denominador.

—Llamo la atención del testigo sobre el Documento C. Dígame si en ese documento aparece una huella que figura en la tarjeta.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Aquí, en ésta tomada en un ángulo del cajón del *bureau*. En ella se pueden observar las huellas del dedo medio de la mano derecha. Tengo aquí una copia ampliada de la del dedo medio de la mano derecha del acusado.

—Tenga la bondad de explicar esos puntos de similitud.

Y así transcurrió toda la tarde, en medio de una infinidad de huellas dactilares que eran otras tantas pruebas contra el acusado, y que éste recibía digno y erguido, sin siquiera pestañear. Perry Mason y Della Street, luchando con la fatiga de la inacción y sin nada a que poder objetar, escuchaban cómo iban cayendo aquellos ladrillos legales destinados a levantar un muro para cortar toda esperanza de salvación al acusado.

Al fin llegó el momento de suspender la sesión de la tarde.

—¿Cuánto tiempo más necesitará para terminar esa prueba, señor representante del Ministerio Fiscal? —preguntó el juez Knox.

—Probablemente todo el día de mañana —contestó Kittering.

—Muy bien, el Tribunal se constituirá a las diez. Entre tanto, el preso quedará bajo la custodia del sheriff.

Al suspenderse la sesión. Mason fue a apoyar una mano tranquilizadora en el hombro de Alden Leeds. Su rostro, vuelto hacia la sala, mostraba una confiada sonrisa, pero las palabras que salieron de sus labios, y que fueron solamente audibles para los oídos del acusado, distaron mucho de ser tranquilizadoras.

—Parece ser que me ocultó usted algo —dijo Mason.

Leeds le miró tranquilamente.

—No soy un joven —dijo—. Tengo poco que ganar con una absolución y menos que perder con una condena. No me di cuenta de que había dejado huellas dactilares. Yo no maté a John

Milicant… Él… Podemos probar que estaba vivo y bien cuando yo me separé de él.

Mason le miró entornando los ojos.

—Podemos presentar pruebas a ese efecto —dijo, con los labios sonriendo todavía tranquilizadoramente—, pero eso no significa que el jurado vaya a creerlas. Hay una cosa segura: el juez va a dictar contra usted una acusación de asesinato en primer grado.

—Ya contaba yo con eso —confesó Leeds tranquilamente.

—Nosotros, no —replicó Mason—. Nosotros habríamos contado con eso si nos hubiese dicho usted lo de las huellas dactilares.

—Usted sabía que registré aquel departamento.

—Ignoraba que las hubiese dejado.

Leeds no replicó nada.

Mason, sonriendo cordialmente, le palmoteo la espalda al ver que se aproximaba el comisario sheriff.

—Muy bien, Leeds —dijo en voz alta—. Las cosas marchan. No existe ni la sombra de una posibilidad de que puedan condenarle. Que descanse usted bien esta noche y deje las preocupaciones para nosotros.

Ya en los pasillos, Della Street abordó a Perry Mason.

—Esas huellas no parecen cosa buena, ¿verdad, jefe?

—Yo ya las tenía más o menos descontadas por anticipado —contestó el abogado—. Me figuré que Leeds había sido el que registró el departamento, aunque nos dijo que no. Pero yo también contaba con que habría sido lo suficientemente listo para no dejar huellas. ¡Al parecer, tenía demasiada prisa para andar con tantas precauciones!

—¿Qué sucedería —preguntó la secretaria— si mañana se demostrase que esas huellas se encuentran también en el mango del cuchillo?

Mason se encogió de hombros.

—No nos preocupemos por anticipado. El asunto se presenta mal por ahora. Vamos al despacho y veamos si Drake ha descubierto algo.

Capítulo 12

En el despacho, Mason encontró una carta dirigida a su nombre, con letra de mujer, escrita en un impreso del Border City Hotel de Yuma. La carta decía simplemente:

Querido míster Mason:

Soy una costurera que solicita trabajo por correo. Si tiene usted alguna costura que yo pueda hacer, o si hay desgarrones o agujeros de difícil arreglo, podrá usted comprobar mi habilidad, y yo agradeceré profundamente la oportunidad J. B. Beems, en el Border City Hotel, Yuma, Arizona.

Mason sacó un cuaderno, tomó nota de la dirección, reflexionó un momento y luego aplicó un fósforo a la carta.

Della Street, que había bajado a las oficinas de Drake para notificarle que Mason acababa de llegar, entró seguida del detective.

—¿Qué hay, Paul? —preguntó Mason.

Drake se acomodó en su postura característica en el gran sillón.

—He localizado a Inés Colton —contestó.

—¿Dónde? —preguntó Mason.

—En los Departamentos Ellery. Se ha teñido el pelo y utiliza un nombre supuesto, pero ignoro qué nombre sea, así como el número de su habitación. No he querido hacer más averiguaciones sin consultarte, por temor de que llegase a su conocimiento y se nos esfumase otra vez. Tampoco he podido mandarla vigilar, porque no tengo a nadie que la conozca personalmente. Tenemos simplemente, una descripción por toda guía.

—¿Cómo la localizaste? —preguntó Perry Mason.

—Muy sencillo. Es un truco que ya he utilizado muchas veces, pero es una de esas cosas en que rara vez piensa la gente. Me figuré que trataría de cambiar de aspecto, y me las arreglé para descubrir quién es su peluquero favorito. Una de mis empleadas, pasando por amiga y charlando por los codos, consiguió sacar la información al peluquero. A las mujeres no les agrada cambiar de manos cuando se trata de teñirse el pelo.

—Me gustaría tener algunos detalles más sobre esa Inés antes de intentar establecer contactos —dijo Mason, hundiendo las manos en sus bolsillos.

—En eso puedo ayudarte bastante, Perry —dijo Drake—. Puedes demostrar que Jason Carrel es su amiguito.

—¡Maldito embustero! —exclamó Mason, brillándole la mirada—. Ha tenido la desfachatez de subir al estrado de testigos y de jurar rotundamente que nunca ha habido ninguna conversación entre los parientes sobre lo que significaría económicamente para ellos el poder impedir que Alden se case o haga testamento. Adoptó la actitud de un ser todo dulzura y nobleza. Únicamente quería favorecer a su pobre y querido tío y ése fue su único pensamiento.

—¿Qué dijo de Inés Colton? —preguntó Drake.

—Juró que no la conocía.

Drake hizo una mueca y sacó una copia fotográfica de un ticket de tránsito.

—Muy bien —dijo—. A ver qué tal toca esto en su piano. Es un ticket del tránsito por infracción de una ordenanza sobre estacionamiento, coche estacionado entre las dos y las cuatro de la madrugada. El número de la licencia es del automóvil de Jason Carrel, y después de entregada la citación, se presentó una joven pizpireta en el departamento del tránsito y pagó la multa. Se llamaba Inés Colton. Exigió un recibo con la indicación de que la suma había sido pagada en metálico. Eso es algo desacostumbrado. El agente hizo una anotación en el ticket, y cuando yo le hice revisar sus papeles, encontró la matriz del recibo entregado a la Colton y me lo enseñó.

—¿Eso fue la noche del asesinato? —preguntó Mason con vivo interés.

—No, no —contestó Drake—. Esto fue dos semanas antes del asesinato. Yo tuve noticias de que el coche se estacionaba a veces

frente a la casa hasta altas horas de la madrugada. Por eso se me ocurrió revisar las violaciones del tránsito por si tenía la suerte de encontrar algo. Y lo encontré.

—¡Ahora verá ese perro! —exclamó gozosamente Mason—. Le cruzaré la cara con esto y le preguntaré cómo es que Inés Colton paga las multas de sus violaciones del tránsito. ¡Y dijo que no sabía nada de ella, que no la había visto en su vida!

Mason se guardó la fotocopia y añadió:

—Vamos a comer y luego visitaremos a miss Colton a ver lo que tiene que decirnos. Della, puede usted llevarse un cuaderno de taquigrafía. Trabajará usted lo más disimuladamente posible y anotará la conversación, palabra por palabra.

—Estoy demasiado emocionada para comer —dijo Della Street.

—Iremos al Home Kitchen Café —propuso Mason—. Allí se come magníficamente.

—¿Cubierto a todo gasto? —preguntó Drake, jovial.

—Cubierto a todo gasto —contestó Mason.

En el Home Kitchen Café fueron servidos por la misma camarera que había atendido a Mason el día de la entrevista con Serle.

—¿Se sabe algo de Hazel? —preguntó el abogado.

—Ni una palabra —contestó la joven—. Nadie ha vuelto a saber nada.

—Pidamos la comida —apremió Drake.

Della eligió su menú.

—Si le agrada el plato especial del día, se lo recomiendo —dijo la camarera.

—Veamos —repuso Della, consultando el menú—. ¿Qué día es hoy?

—Viernes. ¡Qué muchacha! —rezongó Drake.

—Viernes —repitió Della—. Bien, tomaré el plato especial.

Mason consultó su menú.

—Cordero asado para mí —dijo a la camarera.

—Y lo mismo a mí —añadió Drake.

—¿Tienes algún corresponsal en Yuma? —preguntó Mason a Paul.

Drake asintió con un gesto.

—Tenemos allí una agencia.

Mason sacó un lápiz, volvió el menú y escribió en su reverso lo

siguiente: «Mistress J. B. Beems, Border City Hotel, Yuma, Arizona». Empujó la cartulina hacia el detective y añadió:

—No lo repitas en voz alta. Limítate a recordar el nombre y la dirección. Quiero que dediques a este trabajo una agente hábil y activa.

Drake leyó el nombre escrito en el menú.

—Puedo ordenar por teléfono —dijo— que en Yuma dediquen a alguien a la tarea y luego enviaré una mujer de toda mi confianza para que se haga cargo del asunto mañana. Es una mujer de sesenta y cinco años, pelo blanco, aspecto maternal, y con su charla puede sacar jugo a una zanahoria. Ya conoces el tipo, Perry.

—Ésta nos vendrá bien —saltó Mason.

Apareció la camarera con grandes tazones de sopa humeante, y Mason dobló el menú para que no se viese el nombre que estaba escrito en el dorso y se lo guardó en un bolsillo.

Comieron apresuradamente y la mayor parte del tiempo en silencio.

Cuando acabaron de comer, Drake hizo algunos comentarios.

—Verdaderamente, Perry, que no sé por qué se casan los hombres habiendo restaurantes donde se sirven comidas como ésta.

—¿Pero quién le va a querer a usted? —le apostrofó Della Street.

—Creí que estábamos solos —dijo Drake riendo.

Mason llamó a la camarera y le entregó un billete.

—Traiga a este caballero media docena de paquetes de goma —dijo.

—¿Qué sabor? —preguntó la muchacha.

—Hierbabuena —contestó Drake.

—¿Qué marca?

—No me importan, con tal que sea goma.

—Tienes que confesar, Paul —dijo Mason, cuando se hubo retirado la camarera—, que Leeds es un buen anfitrión.

—Bueno, pero un cigarro con faja habría sido igualmente aceptable —repuso Drake.

—Vas a visitar a una dama —replicó el abogado—. Un cigarro encima de esta comida te haría sentirte en paz con el mundo, generoso, tierno e impulsivo. Y yo te necesito en tu propia manera de ser: nervioso, masticador de goma y falaz.

—Bien, vamos entonces —dijo Drake.

—¿Cómo se las arreglarán para averiguar qué departamento es el suyo? —preguntó Della, cuando estuvieron frente a la casa de la vecindad.

—Oh, eso es una rutina para Paul —contestó Mason—. No hay más que dejarle trabajar a su modo.

Drake se dirigió hacia la entrada de la casa. Mason oprimió el botón marcado «Manager» y, un momento después, un zumbido eléctrico anunció que el pestillo estaba quitado. Empujaron la puerta y entraron los tres en un pequeño vestíbulo, en cuyo fondo una puerta de nogal ostentaba el rótulo «Manager». Drake cruzó la pieza y tocó el timbre. Un momento después, una mujer alta y delgada, que en otros tiempos había tenido fuego y encanto y dulzura en sus grandes ojos castaños, inquirió:

—¿Desean ustedes una habitación?

—No —contestó Drake—, sino cobrar una factura.

La cordialidad abandonó el rostro de la mujer.

—Uno de sus más recientes inquilinos —prosiguió Drake— es una muchacha que ya estuvo aquí otra vez y dejó a deber un montón de cuentas. Tiene unos veinticinco años, buena figura, se tiñó el pelo recientemente, ojos grandes, serenos…

—No estuvo aquí antes —rectificó la mujer—. Es nueva.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Dos años.

—Nosotros somos de la Caja de Crédito —explicó Drake—. Mis informes son que habitó aquí hará unos dieciocho meses bajo el nombre de Doralina Sprague.

—Bien, pues no es ésta.

—¿Qué nombre utiliza ahora?

—El suyo.

—Entendámonos —dijo Drake, impaciente—. Si venimos equivocados necesitamos saberlo. ¿Cómo se llama?

—Helen Reid.

—¿Cuál es su número?

—Doce B.

—¿Qué piso?

—Segundo.

Mason se decidió a intervenir para echar un poco de aceite a las agitadas aguas.

—¿Por qué no subes y tienes una explicación con ella, Paul? Después de todo, la cuenta no es grande. Un abogado te costará dinero y le causará más molestias. Hasta pudiera hacerle perder su empleo.

Drake titubeó.

—Ande, hable con ella, Paul —apoyó Della Street—. Estoy convencida de que es el único procedimiento.

—¿Y qué adelantaré con hablar con ella? —replicó Drake—. Me mentirá en todo. Ya tenemos todos los datos que necesitamos. Que demuestre que no es quien suponemos. Yo estoy convencido de que sí.

—Yo no estoy tan seguro, Paul. Vamos, habla con ella.

Drake lanzó un suspiro.

—Bueno —dijo, rindiéndose de mala gana.

Mason dirigió una tranquilizadora sonrisa a la directora.

—Personalmente —dijo—, creo que es una equivocación.

Tomaron las escaleras, empezando por subirlas sosegadamente, y franqueándolas de dos en dos en cuanto desaparecieron de la vista de la encargada.

—De prisa, Paul —apremió Mason—. Esa mujer puede telefonear para decirle que estamos sobre la pista.

Recorrieron atropelladamente el pasillo.

—Llame a la puerta, Della —dijo Drake a la secretaria—. Si abre, bien. Si no abre y quiere saber quién llama, recuerde que es usted la joven del otro lado del pasillo y que se le han acabado los fósforos.

Se detuvieron frente a la puerta. Della Street golpeó suavemente el panel. Tras un momento de silencio, preguntó la voz de una mujer:

—¿Quién es?

—Oh, soy la vecina del otro lado del pasillo y se me han acabo los fósforos —contestó Della zalameramente—. Mi amigo ha estado trabajando hasta muy tarde y tengo que hacer un poco de café y unos huevos revueltos. Sólo necesito un par de fósforos.

Se abrió la puerta.

La joven que apareció en el umbral tenía un aspecto llamativo. El pelo teñido no le sentaba muy bien, pero los límpidos ojos oscuros, los labios llenos y rojos, las suaves líneas de su cuello,

alargándose en curvas perfectamente formadas, visibles bajo la seda del pijama, le daban una apariencia algo voluptuosa, mientras la palidez de su piel, muy estirada sobre la frente y los pómulos, la hacían parecer particularmente exótica.

Drake y Mason se lanzaron a la carga sin dar a la joven la oportunidad de ordenar sus pensamientos o intentar algo.

—Bien, Inés —dijo Drake, metiéndose en la habitación y teniendo cuidado de quitarse el sombrero—. La broma ha terminado.

Perry Mason se echó el sombrero un poco más atrás y asintió con grandes aspavientos.

Della Street miró a su alrededor, haciéndose cargo de los menores detalles como sólo es capaz una mirada femenina.

Drake se dejó caer en un sillón, cruzó las largas piernas, encendió un cigarrillo y preguntó con el mayor descaro:

—De manera que cree usted que podría largarse tan lindamente, ¿eh?

—Espera un momento, Paul —intervino Mason—. Oigamos cómo cuenta ella la historia antes de precipitarnos.

—¡Oír la historia! —repitió Drake, con sorna—. Es muy sencilla: se larga de su habitación, trata de desfigurar su aspecto y adopta un nombre supuesto. Supongo que todo eso sería porque sus delicados nervios no pudieron resistir la idea de vivir en una casa donde había sido asesinado un hombre.

—No creerás que fue ella, ¿verdad Paul? —preguntó Mason.

—No, pero sí su amigo —contestó Drake, con la completa displicencia del que discute un problema que carece de interés personal para él.

—¡Esto es un insulto! —exclamó Inés Colton, indignada—. ¿Qué significa este atropello? Usted dijo que necesitaba fósforos.

—Olvídelo, hermana —dijo Mason—. Yo trato de hacerle a usted un favor. Ese individuo —Mason indicó a Drake con una inclinación de cabeza— es muy bruto. Si no cree usted que es muy bruto, no tiene más que preguntárselo. Yo sostengo que usted no sabía en el compromiso en que se estaba metiendo, que estaba usted enamorada, y que nos corresponde a nosotros darle una oportunidad de justificarse antes de proceder con más energía.

—¿Qué quiere decir con eso de «con más energía»? —preguntó

ella con un ligero temblor en la voz.

Drake se echó a reír burlonamente.

—Escucha, Paul —prosiguió Mason—, obremos con nobleza. Quizás esta joven no esté complicada en el asesinato.

—Entonces, ¿por qué se largó?

—Para proteger a su amigo, naturalmente.

—Bien, ya conoces la ley. El que ayuda a ocultarse a un asesino, se convierte en encubridor. ¿Y qué me dices de aquella conversación que Milicant tuvo por teléfono?

—Espera un momento, Paul. En esto no estoy dispuesto a transigir. No puedes condenar a esta joven hasta que oigamos su versión de la historia.

Mason se volvió con el aire expectante a Inés Colton.

Durante unos segundos pareció que la joven iba a romper a hablar. Luego se endureció en ella una expresión de desconfianza.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó.

—La verdad —contestó Mason.

—Yo no he hecho nada malo.

—Vamos, vamos —dijo Drake—, suelte el pico.

—Cállate, Paul —intervino Mason—. Vuelvo a insistir en que tiene usted la oportunidad de defenderse, Inés.

Se leía la duda en sus ojos. Miró suplicante a Della Street. Al ver que titubeaba, Drake dio una nueva vuelta al torniquete.

—Tenemos un testigo que vio a Jason Carrel al salir de su habitación, de manera que es inútil que trate de ocultarlo.

La joven se volvió para enfrentarse con Drake. Entornó los párpados y se tensaron los músculos de su cara.

—¿Jason Carrel saliendo de mi habitación? —preguntó.

—Eso he dicho —insistió Drake.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Soy un detective.

—Bien, pues se ha confundido usted de árbol, señor detective. Jason Carrel nunca estuvo en mi habitación. Ahora lo comprendo todo. Ustedes tratan de asustarme, figurándose que así me harán hablar. Gracias. No tengo nada que decir.

—Obra en consecuencia —dijo Mason, entregando una citación a Paul Drake.

Drake se dirigió a la muchacha.

—En estas circunstancias —dijo—, dese por citada para comparecer ante el tribunal mañana a las diez, por la mañana, para declarar por parte de la defensa en el proceso que se sigue contra Alden Leeds.

—Pero si no puedo comparecer —protestó la joven.

—Eso es cuenta suya, hermana —repuso Drake, encogiéndose de hombros.

—Pero si es que no sé nada que pueda ayudar a nadie. Ignoro todo lo que se refiere a ese asesinato.

—Resérvese todo eso para el estrado de testigos —interrumpió Drake.

—Está bien, me lo reservaré —dijo la joven en tono de desafío —, y no piensen que mi testimonio va a favorecer a Alden Leeds.

—¿Qué sabe usted de Alden Leeds? —preguntó Drake.

—Lo que a usted no le importa. Póngame en el estrado de testigos y lo diré.

—Lo siento por Jason Carrel —repuso Drake—. Dijo que no la conocía a usted. Desgraciadamente, declaraba bajo juramento en un proceso por asesinato y el tribunal tomó nota de lo que dijo.

Hubo una expresión triunfal en los ojos de la joven.

—Póngame en el estrado de testigos, si se atreve —desafió otra vez.

—Me temo, miss Colton —dijo bruscamente Mason, que había estado observándola atentamente—, me temo que está usted sacando una impresión equivocada. Míster Drake no está muy familiarizado con los diversos parientes de Leeds, y aparentemente ha cometido la equivocación de confundir a Jason Carrel con Harold Leeds… Lo que tú quisiste decir, Paul, a buen seguro, es que Harold cometió el asesinato.

Inés Colton palideció como si las palabras de Mason hubieran sido un golpe físico. Asomó la consternación a sus ojos.

—Él… me dijo… que ustedes no sospechaban… —balbució.

Mason se echó a reír con tranquila confianza.

—¿De verdad que creyó esto? —preguntó—. Es lo que queríamos que creyese, naturalmente, hasta que lo tuviésemos atrapado. Por eso me abstuve de preguntar a Jason Carrel si había prestado el coche a su primo.

—¿Entonces usted es… usted es Perry Mason, el abogado que

representa a Alden Leeds?

Mason asintió con la cabeza.

—No podrá usted acusar de ese crimen a Harold —afirmó la joven.

—Nosotros no tratamos de acusar de nada a nadie —replicó pacientemente Mason—, pero Harold nunca podrá convencer a un jurado de que no cometió el crimen.

—Harold bajó a verle y lo encontró muerto —dijo la joven.

—¿Bajó solo? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y le dijo a usted que estaba muerto?

Ella asintió en silencio.

—¿Por qué no se lo notificó usted a las autoridades?

—¿Por qué no lo hizo Alden? —replicó la muchacha.

—Yo le pregunto a usted —repuso Mason.

—Pues por la sencilla y convincente razón de que no queríamos vernos complicados en el asunto. Pensamos, además, que nadie lo sabría. ¿Cómo lo averiguó usted?

—Nuestro oficio es averiguar cosas, miss Colton —contestó Mason—. ¿No cree que le convendrá a usted hacer una declaración completa?

Della Street, que había sacado disimuladamente de su bolso el cuaderno de taquigrafía y tomado algunas notas de la conversación, adoptó una postura de manera que el cuaderno descansase en el brazo del sillón.

—No hay nada que declarar. Yo… nosotros…

Se interrumpió al oír unos suaves golpes en los tableros de la puerta. Entonces, sin hacer el menor movimiento para ir a abrir, levantó la voz y dijo:

—No tengo nada que decir. Aunque acuse usted a Harold de haber cometido el asesinato de su tío, no podrá usted…

Mason derribó su silla, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta.

Inés Colton lanzó un grito.

Mason abrió la puerta de un tirón y dijo al individuo que corría pasillo abajo:

—Vuelva, Harold, y escuche la música. El huir no le servirá a usted de nada.

Harold Leeds se detuvo titubeando y volvió hacia Perry Mason un rostro asustado.

—La casa está vigilada —añadió Mason—. Venga y enfréntese con las circunstancias.

Se abrió la puerta de uno de los departamentos. Una mujer rubia y gruesa paseó su asombrada mirada de Mason a Harold Leeds.

—Venga —repitió Mason—. No deje que Inés se defienda sola.

Harold Leeds dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia Mason.

—Dese prisa —apremió éste—. No haga como el perro que viene a lamer una mano. Ha jugado usted como un hombre. Haga ahora frente a las consecuencias también como un hombre.

Harold Leeds dirigió una mirada suplicante a la rubia de la puerta, quien contemplaba la escena con ojos de asombro. Fue como si Harold esperase que alguien viniese en su auxilio para despertar y encontrarse con que todo era una horrible pesadilla.

Cuando Leeds estuvo cerca, Mason le cogió por un brazo y le escoltó hasta la puerta de Inés Colton. Drake se encontraba en la misma cómoda postura en que Mason le había dejado. Inés Colton sollozaba en su sillón. Della Street había cambiado ligeramente la posición, levantando la rodilla para ocultar en parte el cuaderno de taquigrafía.

—Me figuré que tú podrías arreglártelas bien solo allá fuera —dijo Drake—, y me pareció mejor quedarme aquí para vigilar a esta señorita.

—Oh, Harold —dijo Inés Colton, entre lágrimas—. ¿Por qué hiciste eso? Me prometiste que no vendrías.

—Perdóname, Inés —dijo Harold, con acento sombrío—, estaba completamente seguro de que nadie me seguía. ¿Cómo iba yo a figurarme que iba a caer en esta trampa? Quería simplemente verte.

—Tenemos que hablar mucho, Harold —intervino Mason—. Siéntese donde se encuentre más cómodo y vacíenos su pecho. Se sentirá mejor.

—No tengo nada que decir y menos a usted —replicó airadamente Harold Leeds—. Si hablo, será al fiscal del distrito.

—Está bien —repuso Mason—, pero primero, jovencito, tendría usted que subir al estrado como testigo de la defensa. Y yo le preguntaré por qué bajó al departamento de John Milicant, qué relaciones tenía usted con Milicant y por qué consideró necesario

matarlo. Podrá usted contestar a esas preguntas en el estrado de los testigos. Aquí tiene la citación.

Mason le entregó, con una sonrisa, una citación para comparecer como testigo de la defensa ante el tribunal, a las diez de la mañana del día siguiente. El joven, como si soñase, extendió una temblorosa mano para recoger el papel.

—Bien, Paul, vámonos —dijo Mason a Drake—. Vamos, Della. No tenemos nada más ahora que hacer aquí.

—Espere un momento —se interpuso Leeds—. Usted no puede… no puede en absoluto hacerme comparecer como testigo.

—Pronto se convencerá usted de lo contrario —replicó Mason.

—¡No! ¡No! ¡Usted no puede! No favorecería su caso, lo perjudicaría y yo no quiero verme mezclado en este asunto.

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

—Porque… porque no puedo.

—Lo siento —dijo Mason, indiferente, encaminándose hacia la puerta.

Inés Colton se irguió en su sillón.

—Oh, no le dejes marchar, Harold —suplicó—. ¿De qué sirve ocultar nada ahora?

Y como Harold permaneciese en sombrío silencio, la joven se dirigió a Mason.

—Está bien —dijo—, se lo diré yo, si él no quiere. Harold siente una verdadera locura por los caballos. No puede quitarse ese vicio. Ni yo tampoco. Yo soy una mujer casada. Me casé con un individuo que era empleado de pista. Conocíamos a John Milicant, pero lo conocíamos como Louie Conway, jugador empedernido. Yo conocí a Harold en las carreras. Estaba reñida con mi marido. Harold y yo nos enamoramos. Decidí abandonar a mi esposo y buscar algún sitio donde no pudiera encontrarme nunca, porque le temía. Hablé con Louie Conway y le pedí que me buscase un empleo. Al poco tiempo lo consiguió. Tomé unas habitaciones en el mismo edificio donde él tenía las suyas. Las alquilé a nombre de Inés Colton. Harold empezó a visitarme, y un día se encontraron él y Louie en el ascensor. Harold conocía a Louie como John Milicant. Louie, naturalmente, le reconoció como Harold Leeds. Louie dijo a Harold que guardase silencio sobre lo que acababa de enterarse. Tenía miedo de que su hermana averiguase lo que hacía. Luego, cuando Harold se enteró

de que Alden Leeds había extendido un importante cheque a favor de L. C. Conway… Bueno, Harold pensó que debía intervenir en el asunto. Louie le dijo que bajase y que hablarían.

»Harold bajó a su departamento.

»Milicant le contó una historia asombrosa. Dijo que él tenía realmente derecho a la mitad de todo el dinero de Alden Leeds, porque éste se había enriquecido en un principio robando aquella mitad, que todo ello se remontaba a la muy lejana época en que Leeds estuvo en Klondike, y…

—¿Me va usted a decir, por casualidad, que Milicant alegaba ser Bill Hogarty? —preguntó Mason, brillándole los ojos de interés.

El rostro de la mujer reveló la mayor sorpresa.

—Sí —contestó—; eso es exactamente lo que dijo, y enseñó documentos para probarlo.

—¿Dónde están esos documentos ahora? —preguntó Perry Mason.

—No lo sé.

—No hay duda de que era Hogarty —murmuró Harold Leeds.

—¿Y Emily Milicant es su hermana? —preguntó Perry Mason.

—Es tan hermana suya como yo —contestó Inés Colton—. Allá, en el Yukon, Leeds se apoderó de la choza y de todas las provisiones y expulsó a Hogarty del campo a punta de revólver, sin mantas, sin alimentos y sin combustible. Luego, Alden se apoderó de todo el oro y corrió hacia la civilización. Pero fue lo suficientemente astuto para adoptar el nombre de Hogarty, para aparentar que Leeds era el que había desaparecido. Aquello despistó a las autoridades. Hogarty estuvo a punto de morir de frío y de extenuación. Alden le había descargado un golpe terrible en la cabeza en la lucha que precedió a su expulsión del campo. La lucha fue por causa de Emily Milicant, que había sido la prometida de Hogarty. Emily era en aquella época bailarina en un salón de Dawson.

»Hogarty decidió no quejarse a las autoridades. Se formó el propósito de dejar que Leeds le creyese muerto, y luego, cuando estuviese más confiado, presentársele a él para obligarle a rendir cuentas.

»Leeds fue a Seattle, encontró a Emily Milicant, le dijo que Hogarty había muerto, y se casó con ella. Lo hizo con el nombre de Hogarty. Luego, no sé cómo, Leeds se enteró de que Hogarty le

seguía la pista y huyó… se desvaneció en el aire, abandonando a su mujer. El verdadero Hogarty encontró también a Emily. Hubo, como es natural, un período de palabras fuertes y recriminaciones, y después se reconciliaron. Vivieron juntos como marido y mujer durante algún tiempo, y finalmente se separaron, pero quedaron buenos amigos. Ella quería encontrar a Leeds. Hogarty se proponía encontrarle y obligarle a rendir cuentas. Finalmente lo descubrieron. Leeds había recuperado su verdadera personalidad cuando se creyó que ya no corría peligro. Así le contó Hogarty la historia a Harold, y así me lo contó a mí, luego.

Mason volvió a Harold Leeds.

—¿Es ésa la verdad? —le preguntó.

—Eso es la verdad —contestó Leeds.

—¿Qué hizo usted?

—¿Qué iba a hacer? Tenía atadas las manos. Aparentemente era un asunto entre Hogarty y tío Alden. Hogarty decía que tío Alden estaba dispuesto a llegar a un arreglo.

—¿Y bajó usted a ver a Milicant o a Conway, como usted quiera llamarle, la noche del asesinato? —preguntó Mason.

—Sí —contestó Harold con voz apenas audible.

—¿A qué hora?

—Poco después de marcharse tío Alden.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Vi a tío Alden salir de la habitación de Conway y cruzar el pasillo hacia el ascensor.

—¿Dónde estaba usted?

—Bajaba las escaleras. Éstas terminan hacia el final del pasillo. Yo llegaba precisamente a su pie cuando se abrió la puerta del departamento y salió tío Alden. Luego se dirigió muy de prisa hacia el ascensor.

—¿No le habló usted?

—No.

—¿Por qué no?

—Me pareció nervioso y turbado y yo no podía explicarle lo de Inés. Tampoco quería que supiese que estaba… allí, en el edificio.

—Así pues, ¿qué hizo usted?

—En cuanto le vi bajar en el ascensor, me dirigí al departamento de Conway.

—¿Llamó a la puerta? —preguntó Mason.

—La puerta estaba entreabierta, como una pulgada o así. Llamé. Nadie respondió. Empujé la puerta y pronuncié el nombre de Conway. Él me había dicho que nunca le llamase Hogarty, y que no me refiriese a él como Milicant mientras habitase en aquel departamento. Tampoco obtuve respuesta. Alguien había registrado la habitación. Los papeles estaban desparramados por el suelo. Había algunos platos vacíos sobre la mesa. Evidentemente, dos personas habían cenado apresuradamente…

—¿Por qué apresuradamente? —preguntó en tono de extrañeza Mason.

—Porque la mesa no estaba puesta. Los platos se encontraban tal como los habían dejado, con los cuchillos y los tenedores amontonados en la bandeja. Había una jarra que había contenido café, y dos platillos. Las tazas estaban sucias.

—¿Las fuentes estaban apiladas? —preguntó el abogado.

—No, parecía como si alguien hubiese comido apresuradamente y luego hubiese dejado de cualquier modo las fuentes y los platos.

—¿Y los cuchillos y tenedores estaban en la bandeja?

—Sí.

—Usted, al parecer, examinó todo aquello muy cuidadosamente.

—Lo hice porque sentía curiosidad por ver si tío Alden había cenado con Conway, porque… bueno, pensé que tío Alden había entrado violentamente para robar los papeles que Milicant… que Hogarty tenía en su poder.

—¿Dice que había una jarra con café?

—La jarra había contenido café. Olía todavía.

—¿No quedaba nada?

—Ni una gota.

—¿Y comida?

—Tampoco. Los platos estaban relucientes y limpios.

—¿Ni pan ni manteca?

—Nada; sólo los platos vacíos.

—Prosiga a partir de ahí —dijo Mason.

—Bien; curioseé un poco por la habitación, y abrí la puerta del cuarto de baño.

—¿Estaba cerrada?

—Sí, pero no con el pestillo echado.

—¿Qué encontró usted? —preguntó Mason.

—El cadáver.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Quedé como petrificado, bañado de sudor frío —dijo Leeds, hablando más rápidamente a medida que avanzaba en su relato—. De pronto, me di cuenta del peligro en que me encontraba. Había dado demasiadas vueltas por la habitación. Saqué mi pañuelo de seda, limpié todos los tiradores que había tocado y me marché.

—¿Dejó usted la puerta abierta?

—No. Quería retrasar el descubrimiento del cadáver todo lo posible para que nos diera tiempo a mudamos de casa. Tiré, pues, de la puerta y la cerré. El muelle emitió un chasquido al encajar.

—Cuando usted entró en las habitaciones, ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que las abandonó su tío?

—Quizá diez o quince segundos: el tiempo que tío Alden empleó para caminar rápidamente hacia el ascensor y poner en movimiento la jaula.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted dentro?

—No más de dos minutos.

—¿A quién le contó usted esto? —preguntó Mason.

—A nadie, excepto a Inés.

Mason dirigió una significativa mirada a Paul Drake. Luego miró de reojo a Della Street, que hacía correr su pluma estilográfica sobre el cuaderno de taquigrafía.

—Ya ve usted la situación de Harold —dijo Inés Colton—. No puede ayudar a su cliente en nada, míster Mason, y su testimonio más bien perjudicaría a Alden Leeds.

—¿Cree usted que Alden Leeds cometió el crimen? —preguntó Mason, mirando fijamente a Harold.

—No lo sé —contestó el joven—. Tío Alden fue educado en una escuela muy dura. Si lo que dijo Hogarty era cierto, espero que tío Alden haría algo para llegar a un acuerdo. De todos modos, me agrada creerlo así. Pero si no era cierto y Hogarty trataba de explotarle… Bueno, no sé lo que tío Alden habría hecho. Sólo puedo decir una cosa: no me hubiera gustado encontrarme en los zapatos de Milicant. El que traicionaba a tío Alden no tenía perdón. Opino que tío Alden lo encontró… No, no sé lo que pasó…

»Bien —dijo—; esto es todo.

Mason se puso bruscamente en pie.

—¿Qué decide de la citación? —preguntó Inés Colton.

—Olvídela —contestó Mason—. Por lo que a nosotros concierne, la damos por no entregada. Rómpala.

Harold Leeds se apresuró a hacerlo con nerviosa mano.

—Es usted muy bondadoso, míster Mason —dijo—. Puede estar seguro de que nunca olvidaré esto.

—Sentimos haberle molestado con nuestros procedimientos —se disculpó Mason, ante Inés Colton—. Confío en que comprenderá y nos perdonará… Vamos, muchachos, vamos.

Della Street cerró su cuaderno y lo deslizó en su bolsillo. Drake miró de reojo a Mason, luego se puso en pie sin pronunciar palabra. Mason abrió la marcha hacia el pasillo. Inés Colton les dio las buenas noches y cerró la puerta.

Mientras los tres desfilaban silenciosos por el pasillo, la mujer rubia y gruesa que se había asomado cuando Mason empujó a Harold Leeds hacia la habitación, abrió la puerta y se quedó mirándolos silenciosa, inexpresiva, inmóvil. Y les seguía mirando cuando el trío entró en el ascensor automático.

—Bien —comentó Mason cuando se encontraron en la calle—; le he hecho el juego al fiscal. Al parecer, Milicant era realmente Hogarty.

—Creí que tú lo sabías ya —dijo Drake.

Mason hizo una mueca.

—Quería que la policía creyese que yo opinaba así —dijo—. Busquemos un teléfono desde donde pueda celebrar una conferencia a larga distancia.

—¿Me necesitas para algo más? —preguntó Drake.

—No. Ve a trabajar y que tengas suerte.

—Parece como si hubieras mordido un poco más de lo que puedes masticar, Perry —dijo Drake, apoyando una mano en el hombro del abogado—. Tómalo esta vez con calma. Recuerda que no es tu funeral. Si tu cliente es culpable, es culpable. Evidentemente, te mintió.

—No es culpable, al menos de la manera que dicen —replicó Mason.

—Adiós, Perry. Tomaré un taxi para volver al despacho.

Se colocó en el borde de la acera, lanzó un estridente silbido y

corrió hacia la esquina para detener un coche que cruzaba.

—En la bocacalle siguiente —dijo Mason a Della— hay un hotel con una centralita y cabinas telefónicas. Celebraré la conferencia allí.

—¿A quién va usted a llamar, jefe? —preguntó la secretaria.

—A Emily Milicant. Hay algunos agujeros que quiero remendar… Evidentemente, ella sabía que los habría.

Fueron andando hasta el hotel. Mason dio a la telefonista su encargo y le rogó que se diera prisa.

—Pídame una conferencia con mistress J. B. Beems, en el Border City Hotel, Yuma, Arizona —dijo.

Fumaron un cigarrillo en silencio. Luego la telefonista llamó a Mason.

—El hotel está al habla —anunció—, pero dice que la tal señora no figura en sus registros.

—Hablaré con quien se ponga al aparato —contestó Mason.

—Bien —dijo la telefonista metiendo la clavija en el conmutador —. Cabina tres.

Mason entró en la cabina telefónica.

—Oigan. ¿Estoy al habla con el empleado de guardia en el Border City Hotel? —preguntó.

—Sí, señor —contestó la voz de un hombre.

—Deseo saber algo de mistress Beems.

—Ese nombre no figura en nuestro registro.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente seguro.

—Recibí una carta de esa señora, diciendo que estaba registrada ahí con ese nombre y que permanecería en el hotel hasta recibir mis noticias. Es una señora muy ancha de caderas, delgada de cara, ojos negros, de unos cincuenta años, aunque podría pasar por cuarenta y dos o cuarenta y tres, estatura mediana, pelo negro, habla con acento rápido y nervioso y no deja de mover las manos mientras habla.

—No se hospeda aquí —afirmó el empleado—. Este no es un hotel muy grande. Sólo tenemos tres mujeres solas y ninguna de ellas responde a esas señas… y las tres nos son bien conocidas. Una de ellas lleva aquí un año, otra tres meses y la otra dos semanas.

—Muchísimas gracias —dijo Mason—. Siento haberle

molestado.

El abogado se acercó a la centralilla, pagó a la telefonista el importe de la conferencia y le dio un dólar de propina.

Ya en la calle, la secretaria se apresuró a hacer una pregunta que le cosquilleaba en la lengua.

—Jefe, ¿qué significa esto?

Mason, enfurruñado, buscó en su bolsillo un cigarrillo y no ofreció la menor explicación.

—¿No cree usted que el fiscal detendrá a Harold Leeds? —preguntó Della—. Nosotros lo hemos encontrado, ¿por qué no ha de encontrarlo él? Después de todo, nosotros les hemos dado la pista, metiendo a Inés Colton en el asunto.

La respuesta de Mason fue un gruñido inarticulado. Metió las manos hasta lo más profundo de los bolsillos, apoyó la barbilla en el pecho y aflojó la marcha hasta convertirla en un paso lento, uniforme y regular. Della Street, acostumbrada a su humor, aflojó también el paso y guardó silencio.

—Della —dijo bruscamente Mason—, tenemos que mantenernos firmes. Si aflojamos la mano, estamos perdidos.

—¿Por qué se preocupa usted tanto, jefe? —dijo la secretaria—. Después de todo, Alden no es más que un cliente, justamente lo mismo que otro cualquiera. Si pueden probar que es culpable, usted no tiene la culpa. Indudablemente, le mintió a usted cuando dijo que había dejado a Milicant vivo y sano. Al parecer, Milicant es realmente Hogarty y la falsa hermana le engañó a usted. No tiene usted por qué preocuparse de que no hubiesen jugado limpio con usted. Ante el tribunal obra simplemente como un abogado que representa a un acusado.

—No puedo —confesó Mason.

—¿Por qué no, jefe?

—No lo sé. Me figuro que es porque me han hecho así. Vamos, Della. Voy a telefonear.

La cogió por el codo y la guió hacia una farmacia, se acercó al teléfono y marcó el número de la Jefatura de Policía.

—¿La Brigada de Homicidios? —preguntó—. El sargento Holcomb, haga el favor… Oiga, sargento, oiga; tengo unas confidencias para usted. Harold Leeds, sobrino de Alden Leeds, estuvo en las habitaciones de Milicant la noche del asesinato. Vio a

su tío abandonar el piso y bajar al vestíbulo en el ascensor. Harold entró en el piso poco después de salir su tío y encontró a Milicant muerto. Inés Colton, su amiga, está enterada de todo. Se trasladó de domicilio después del asesinato porque no quería verse complicada. Ahora habita bajo el nombre de Helen Reid en los departamentos Ellery. Harold Leeds está allí en este momento.

La voz del sargento Holcomb vibró de excitación.

—¿Está usted seguro? —preguntó.

—Absolutamente —contestó Perry Mason—. Estoy enterado de todo el asunto.

—¡Estupendo! —exclamó el sargento—. Si esta confidencia resulta cierta, merecerá usted el agradecimiento más sincero de la brigada. ¿Quién me habla?

—Me conoce usted bien, sargento —dijo Mason—. Soy un individuo bajo, grueso, con patillas. Generalmente llevo un abrigo largo, encarnado, con un gran cinturón negro.

—No caigo —dijo ingenuamente el sargento.

—¡Santa Claus, hombre, Santa Claus! —exclamó Mason, y colgó el aparato.

Capítulo 13

La larga mesa corría a lo largo de la sala de visitas de la prisión del distrito.

A cada lado de esta mesa había agrupadas unas sillas. Dividiendo la misma, en el sentido de la longitud, y de un extremo a otro de la habitación se extendía un enrejado de grueso alambre que cubría desde el techo hasta el suelo. Este enrejado estaba soportado por un armazón de acero en el que había dos puertas. El acceso a la habitación se efectuaba por una especie de antesala, separada de la de los visitantes por barras de hierro. En esta antesala estaban constantemente dos hombres de guardia y tenían al alcance de su mano un armario con fusiles y bombas de gases lacrimógenos.

Perry Mason entró en la antesala y presentó un pase al empleado. Éste lo examinó, se acercó al teléfono y dijo:

—Que suba Alden Leeds.

Luego selló el pase con un cuño de goma, abrió una puerta de acero, introdujo a Mason en uno de los lados de la sala dividida y cerró la puerta detrás del abogado.

Mason se dirigió hacia una de las sillas, se sentó y encendió un cigarrillo.

En aquel momento no había otro visitante en la habitación. La luz de la mañana, rozando de lado las enrejadas ventanas, se filtraba débilmente para formar sombras oblongas en el suelo.

Cuando el cigarrillo de Mason estaba a medio consumir se abrió la puerta al otro extremo de la habitación y Alden Leeds se encaminó directamente desde el ascensor a la sala de visitas. Vio a Mason, lo saludó con un movimiento de cabeza y atravesó el salón para sentarse en una silla en la parte opuesta de la mesa y al otro lado de la pantalla metálica.

Mason estudió el rostro del otro, un rostro que estaba a cinco pies del suyo, separado por una mesa y un tejido de alambre. Era posible, inclinándose sobre la mesa, que el preso colocase sus labios a unas cuantas pulgadas del enrejado, y posible que el abogado, situado en la otra parte, colocase su oído a una distancia análoga.

Mason, no obstante, no hizo intención de inclinarse sobre la mesa. Bajó la voz de manera que fuese inaudible para los guardianes.

—Bien, Leeds —dijo Mason—; dentro de una hora se constituye el tribunal. Para representarle a usted tengo que saber el terreno que piso.

Leeds siguió tan tranquilo, sin ninguno de esos nerviosos ademanes que tan frecuentemente caracterizan a los presos. El sol de la mañana mostraba las bolsas bajo sus ojos, los pliegues que se extendían desde la nariz hasta las comisuras de la boca, la rugosa piel resquebrajada por los fríos del Ártico y tostada por el sol tropical. Su mirada era fría, penetrante y cauta.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—Quiero la verdad.

—Tiene usted la verdad —contestó simplemente el preso.

Mason, sentado de lado en su silla, cruzó las largas piernas y replicó:

—He aquí el modo cómo yo me la figuro. Se enteró usted de que Milicant y Conway eran el mismo. Entró usted en el departamento y se encontró con que Milicant estaba muerto. Comprendió usted que iba a verse en un gran apuro de no encontrar los documentos que Milicant tenía en su poder. Trató usted entonces de encontrarlos, pero pronto vio que no era tan sencillo, y cuando se convenció de que no podía encontrar lo que quería, su busca se hizo más frenética.

—Gracias —dijo Alden Leeds.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Por no creer que le maté. Me lo temía.

—Sus huellas digitales quedaron esparcidas por todas partes —prosiguió Mason—. Un testigo le vio a usted salir de la habitación. Entró en ella inmediatamente después de abandonarla usted. Encontró señales de haber sido registrada y…

—¿Dónde estaba John Milicant? —preguntó Leeds extrañado.

—Al parecer, muerto en el cuarto de baño.
—¿No lo vio aquel hombre?
—No.
Leeds se encogió de hombros.
—No trato de enseñarle a usted su profesión, Mason —dijo—. Usted es abogado. Yo no.
—Si no me hubiese usted mentido al principio —repuso Mason —, yo también habría pensado en este detalle. Pero ahora no creo que podamos sacar partido de él ante un jurado.
Leeds aceptó filosóficamente la opinión del abogado.
—¿Qué se le va a hacer? —murmuró.
Hubo un momento de silencio y luego Mason continuó hablando:
—El director de la prisión de San Quintín no se impresiona gran cosa con las penas capitales. Ejecuta una sentencia de muerte, cuando es preciso, considerándolo como parte de los deberes de su cargo. Según él, la nueva cámara de gas es peor que la cuerda.
Leeds fijó su fría mirada en el abogado.
—¿Trata usted, por casualidad, de asustarme con la idea de la muerte? —preguntó.
—Sí —contestó simplemente Mason, sosteniendo su fría mirada.
—Pues no lo haga —aconsejó Leeds—. No le dará resultado.
Mason, al observar el sereno rostro de su interlocutor, dejó que su gesto se suavizase con una sonrisa.
—Ya me lo temía —confesó.
—Conforme —dijo Leeds, pasado un momento—. Sigamos a partir de ahí.
—Según mi hipótesis —prosiguió Mason—, Emily Milicant mató a Hogarty. Usted estaba lejos de la choza en aquel momento. Ella huyó, presa del pánico. Usted trató de alcanzarla y no pudo. Entonces usted hizo lo mejor que se le ocurrió para borrar de la habitación las huellas de lo sucedido y…
Se interrumpió al ver que el rostro de Alden se contraía en una expresión de asombro.
—No esperaba usted esto, ¿verdad? —preguntó el abogado en tono jovial.
Durante un momento, Alden pareció luchar por dominarse. Pero cuando habló su voz fue tranquila y bien modulada.

—No —confesó—. Es usted más inteligente de lo que me figuraba.

—Lo peor de nuestra profesión —dijo Mason— es que uno está obligado a proteger a sus clientes. A veces los clientes no quieren ser protegidos. Les da por ser caballerosos y tratan de engañar. Corresponde entonces al abogado adelantarse para protegerlos de todos modos.

—Mire, Mason —dijo Leeds—, esto es un puro desatino, pero desatino algo peligroso.

—Emily Milicant está a salvo —prosiguió Mason—. Me ha enviado una carta desde un hotel de Yuma, esperando que eso me echaría la lana sobre los ojos.

—¿No está allí? —preguntó Leeds en tono de sorpresa, auténtica o bien fingida.

—No —contestó Mason—. El hotel no tiene ninguna huésped de ese nombre… ni siquiera nadie de esas señas.

Leeds oyó y asimiló la noticia en pensativo silencio.

—Supongamos —dijo Mason— que me cuenta usted algo más de Hogarty.

—¿Y si me niego?

—En ese caso trataré de llenar los huecos lo mejor que pueda y obraré como crea conveniente.

—¿Qué le hace a usted pensar que Emily le mató?

—Muchas cosas. No creo que huyera usted por una muerte en noble lucha, no creo que matase usted a un hombre deliberadamente, a menos que lo hiciera para proteger a una persona amada. Si usted hubiese hecho eso allá en Yukon, habría habido dos testigos: usted y Emily. Y usted se habría quedado para hacer frente a las consecuencias.

Leeds entrelazó sus largos dedos.

—Emily —dijo— era muy animosa. Tenía el espíritu aventurero y era mujer voluntariosa, decidida y muy independiente.

—Continúe.

—Conoció a Hogarty. Se presentó en la mina como una joven deseosa de compartir su suerte con dos exploradores a base de una perfecta igualdad. Desde un principio quiso poner *su* parte en el trabajo: conservaba la choza limpia y atractiva, cocinaba, ayudaba cuando le era posible en la mina… Pero no estaba dispuesta a

prestarse a algunos de los proyectos que Hogarty tenía en la imaginación. Y Hogarty empezó a ponerlos en práctica un día en que yo fui al poblado más próximo a buscar provisiones. Cuando volví, Emily se había marchado. Había dejado una nota.

—¿Dónde está esa nota? —preguntó Mason.

—La quemé —comentó prontamente Leeds.

—¿Le mató ella?

—Evidentemente. Lucharon a brazo partido. Emily disparó un tiro y él cayó. Luego se puso en pie y escapó corriendo. Ella ignoraba dónde le había herido. Aquello ocurrió al final de la estación. Ya iba oscureciendo temprano. Me imagino que fue el rastro de sangre sobre la nieve lo que la espantó. Metió entonces algunas cosas en un trineo y emprendió la fuga. Solamente habían quedado dos perros en el campo. Yo había salido a buscar provisiones con los más fuertes.

—¿Cuándo regresó usted a la cabaña?

—Tres días después.

—¿Trató usted de buscarla?

Leeds asintió con la cabeza. Evidentemente, no quería hablar de aquella fase del asunto.

—¿Y trató usted también de buscar a Hogarty?

—Hogarty había muerto. Había recibido un balazo en el abdomen. El otro explorador se llamaba Carl Freehome. Yo, naturalmente, no lo supe hasta después. Cuando llegué a la cabaña, la encontré desierta y en seguida tropezaron mis ojos con la nota de Emily. Entretanto, nos habíamos hecho ricos con el hallazgo de un filón. Aquello fue antes de que Emily se presentase. No le dijimos nada. Hogarty se negó a que participase de nuestra fortuna. El oro lo teníamos escondido debajo del suelo de la chimenea. Lo desenterré. Lo disimulé entre las provisiones que había me puse en camino hacia White Horse. No encontré rastro de Emily.

»Después fue cuando se me ocurrió la idea de despistar a las autoridades haciéndome pasar por Bill Hogarty. De este modo, si alguno acusaba a Emily de haber asesinado a Bill Hogarty, los testimonios demostrarían que éste había salido del país. Así, si alguien alegaba que Leeds era el asesinado, Leeds podía presentarse vivo y sano. Era lo mejor que podía hacer, dadas las circunstancias.

—¿La encontró usted finalmente en Seattle?

—Sí.

—¿Cuándo se enteró usted de lo de aquel Freehome?

—Yo no me enteré. Fue ella quien se enteró unos años más tarde. Y a mí me lo contó hace unas semanas, cuando nos encontramos. Yo empleé una agencia de detectives para tratar de encontrarla. Me contestaron que había sido vista hacía dos años en Dawson City. Allí perdieron su rastro. Más tarde llegó el rumor de que se encontraba en Seattle.

—¿Qué fue del cadáver de Hogarty?

—Después de morir, Freehome lo cargó en su trineo y se dirigió a nuestra cabaña. Encontró el agujero donde había estado escondido el oro, y sospechando nuestro hallazgo, se puso a buscar y encontró el resto del tesoro. Dios sabe lo que quedaría allí. A mí no me había interesado en aquella ocasión, preocupado como estaba en buscar a Emily… Ésta es mi hipótesis, de todos modos, y no me parece muy descabellada, a juzgar por los hechos que fui descubriendo.

»Póngase usted en el lugar de Freehome. Se encontraba en un país salvaje. Se acercaba el invierno. El frío iba endureciendo el terreno. Freehome tenía la oportunidad de hacerse rico. Cavó una fosa, enterró a Hogarty y se puso a trabajar. Cuando terminó con la pertenencia abandonó a Hogarty en su fosa y escapó. No tenía otra opción. Legalmente, la pertenencia era nuestra. Nos había despojado del resto del tesoro. Y, naturalmente, no quería tener discusiones con el dueño del oro… Yo quería encontrarlo para decirle que se guardase el dinero… si es que le quedaba alguno. Lo que a mí me interesaba era lo que pudiera tener que contarme. Tenía la esperanza de que Hogarty hubiese hecho alguna declaración antes de morir. Por eso me fui hacia el Norte.

—¿No lo encontró usted?

—¡Oh, no! ¡Ni siquiera tuvimos ocasión de empezar a buscarlo! La policía me atrapó antes.

—Su sobrino Harold —dijo Mason— es capaz de lo que usted se cree. Su amiga tenía una habitación en el mismo edificio que Milicant. Harold bajó a visitar a Milicant. Había averiguado que operaba bajo el nombre de Conway y que había conseguido sacarle a usted veinte de los grandes. Harold ignoraba si se trataba de un chantaje o de qué. Y quiso averiguarlo. Es el testigo que le vio a

usted salir de la habitación.
—Harold, ¿eh?
—No parece sorprenderle a usted mucho.
—A mí no me sorprende nada —replicó secamente Leeds—. He celebrado ya en mi vida demasiados cumpleaños.
—Supongo —dijo Mason— que, dadas las circunstancias, le importará a usted poco subir al estrado de testigos y declarar lo que me ha contado.
Leeds miró fijamente y denegó con un movimiento de cabeza.
Mason retiró su silla y se puso en pie. Uno de los guardianes se acercó al teléfono.
—Le veré en la sala —dijo Mason a su cliente, y se encaminó a la puerta enrejada. El segundo guardián la abrió, escoltó a Mason a través de la antesala y le dejó en el pasillo. Leeds, detrás del enrejado que dividía la mesa, se volvió para mirar expectante la puerta del ascensor que debía volverle a su celda.

* * *

Drake esperaba a Mason en su despacho. Al abogado le bastó una mirada a Della Street para conocer que el detective tenía malas noticias.
—¿Qué hay de nuevo, Paul? —preguntó.
—Hemos localizado a Emily Milicant —contestó Drake, cabizbajo.
—¿En dónde?
—En San Francisco.
—¿Qué hacía allí?
—Escondida en un hotel.
—¿Está alguien con ella?
—Sí, sí.
—¿Quién?
—Ned Barkler.
Mason trasladó el peso de su cuerpo a la esquina de la mesa y encendió un cigarrillo.
—¿Juntos? —preguntó.
—En el mismo hotel, pero no viven juntos.

—¿Y cómo ha sido?

—Cuando tú me dijiste que te había engañado y que no se encontraba en Yuma, empezamos a hacer indagaciones en los aeropuertos. Resultó que había estado, en efecto en Yuma, y que probablemente te había enviado desde allí la carta en que te comunicaba que pensaba instalarse en el Border City Hotel, pero después de escribirte se dirigió a la oficina telegráfica y preguntó si había algo para mistress J. B. Beems. Le entregaron un despacho. No sabemos qué podría decir. El caso es que Emily tomó un avión para San Francisco en cuanto lo leyó. Barkler la esperaba allí.

—¿Continúan en San Francisco? —preguntó Mason.

—No —contestó Drake, bajando la cabeza—. Ésa es la parte mala del asunto. La policía los localizó casi al mismo tiempo que mis hombres.

—Casi al mismo tiempo… —repitió Mason, pensativo.

—No hay quien me quite de la cabeza —prosiguió Drake— que mi línea telefónica está intervenida. Parece como si la policía se hubiese movido pisándonos los talones. Y es que vigilan todos nuestros movimientos.

—¡Presentaré una queja contra estos procedimientos! —prometió el abogado Mason, ensombrecido el rostro por la ira.

—Yo no sabía que mi línea estaba intervenida —se lamentó Drake—. Sólo me había enterado de que lo estaba la tuya. Hasta han registrado tus conversaciones en cilindros de dictáfono. El trabajo lo realiza un detective a las órdenes de la Brigada de Homicidios. Ya sabes lo que eso significa, Perry. Nos están acorralando.

—¡Yo te prometo que no lo consentiré! —clamó Mason—. Averiguaré quién es el responsable de este atropello y…

—Ahora les tiene sin cuidado —interrumpió Drake—. Ya han cerrado la red. Tienen detenidos a Emily Milicant y Ned Barkler y están en camino hacia aquí.

—¿Con qué pretexto? —preguntó Mason.

—No lo sé. Quizá como testigos presenciales, quizá como cómplices. El caso es que quieren cazarte, Perry; te apuntan con fusiles de grueso calibre. En cuanto a mí, ya sabes lo que me espera.

—¡Pero ignoran lo que yo puedo intentar contra ellos! —exclamó Mason—. Ahora mismo yo podría hacer que Emily Milicant

se declare culpable del asesinato de Bill Hogarty, y con sólo dejar que el fiscal demuestre que Milicant era Hogarty, le haría quedar en ridículo.

—¿Lo hará usted, jefe? —preguntó ansiosamente Della Street.

Mason clavó la mirada en la alfombra y movió la cabeza.

—No —murmuró.

—¿Por qué no? —preguntó la secretaria.

—Es una añeja costumbre —contestó Mason—. Una costumbre que ya está pasada de moda: la de portarse noblemente con los clientes.

Capítulo 14

El tribunal se constituyó a las diez.

Los espectadores rezagados, que entraron en la sala resollando, buscaron en vano asiento y fueron advertidos por un severo alguacil de que nadie podría permanecer de pie y que sólo podrían quedarse los ya acomodados. El zumbido de las conversaciones a media voz, el rumor del incesante movimiento por parte de los espectadores, formaban como un fondo sonoro, en el cual la conversación que en voz baja sostenían Perry Mason y Della Street se fundía tan perfectamente, que solamente sus posturas indicaban que estaban celebrando una importante conferencia.

—¿Gertrude Lade comprendió su papel? —preguntó Mason.

Della Street asintió con la cabeza.

—¿No hizo ninguna objeción?

—Ninguna. Me parece que le gustan las emociones.

—Pues ha caído en buena parte —sonrió Mason.

Se abrió la puerta lateral y un sheriff escoltó a Alden Leeds al interior de la sala.

El murmullo de las conversaciones se convirtió en solemne silencio, interrumpido solamente por la respiración del atento auditorio, respiración que era una mezcla de ruidos apagados, sin ritmo.

El juez Knox entró en la sala, y el alguacil golpeó con su martillo, pidiendo orden.

Bob Kittering, esforzándose por mantener su voz tranquila, se puso en pie.

La acusación —dijo— pide la benevolencia del tribunal para retirar del estrado al perito dactilóscopo el tiempo suficiente para interrogar a un nuevo testigo, un testigo que conoce hechos importantes que no obraron ayer en poder de este ministerio.

El juez miró a Perry.

—Sin objeción —dijo Mason.

—Muy bien, concedido —accedió el juez.

—Que suba Harold Leeds al estrado —ordenó Kittering.

Harold Leeds avanzó desde la parte posterior de la sala. Pareció hacerlo de mala gana, con lento paso, como si sus piernas reconociesen demasiado claramente la naturaleza de la prueba que les esperaba al final de aquel viaje.

—Suba usted —dijo Kittering—. Levante la mano derecha y preste juramento. Ahora dé al alguacil su nombre, domicilio y ocupación. Siéntese en esa silla… Vamos a ver, míster Leeds; su nombre es Harold Leeds y es usted sobrino de Alden Leeds, el procesado en esta causa, ¿no es cierto?

—Sí, señor —contestó Harold con la mirada fija en el suelo.

—¿Conocía usted a John Milicant antes de su muerte?

—Sí, señor.

—¿John Milicant le dijo a usted, en alguna ocasión, algo referente a su identidad?

—Sí, señor.

—¿Qué le contó?

—Un momento. Antes de contestar a esa pregunta —intervino el juez, mirando a Mason como si esperase una objeción. Pero al no oír ninguna, añadió—: Estoy seguro, señores, de que esta pregunta exige claramente una prueba oral.

Kittering atrajo hacia sí su cartera y extrajo de ella varios pliegues de apretada escritura.

—Si la presidencia me lo permite —rogó—, quisiera ser oído en esto. Aunque es cierto que la pregunta puede, en un sentido de la palabra, exigir prueba oral, en otro sentido es algo que la Ley y la costumbre ha aceptado universalmente en todos los tribunales de justicia de nuestro territorio.

»Por ejemplo, es frecuente hacer a un testigo la pregunta. «¿Qué edad tiene usted?», y el testigo contesta dando su edad. Evidentemente, la pregunta exige prueba oral y la respuesta se basa en la voz pública. Sin embargo, se admite universalmente como necesario en la naturaleza de las cosas que se permita tal excepción de prueba.

»Aquí nos encontramos en una situación parecida. Un individuo

establece su identidad adoptando determinado nombre. Si un individuo vive en sociedad bajo un determinado nombre, es todo lo que se necesita para establecer, al menos, un derecho a la identidad. En el presente caso nos proponemos demostrar que el difunto vivió muchos años con el nombre de Bill Hogarty, que fue con este nombre con el que se asoció y trabajó en el Yukon, y que…

—Comprendido —dijo el juez—; pero esta pregunta exige que el testigo repita algo de lo que el difunto le dijo. ¿Sostiene usted todavía que esto deforma parte del *res gestae*?

—Sí, señor juez.

—Me reservo por el momento mi decisión sobre este asunto —dijo Knox—. El tribunal se inclina a creer que debe de haber algún fundamento para apoyar la opinión de que esto forma parte del *res gestae*.

—Con esta misma pregunta trataba de demostrarlo, señor juez —replicó Kittering.

—Comprendido, pero creo que sería más acertado que expusiese usted primero el fundamento, para que el tribunal pueda determinar inteligentemente de qué modo el factor tiempo puede influir en la determinación del *res gestae*.

—Observe Usía —dijo Kittering, en un repentino ataque de inspiración— que no hay ninguna objeción por parte del abogado defensor.

El rostro del juez Knox mostró una pasajera expresión de sorpresa. Miró a Perry Mason, frunció el entrecejo y dijo pensativo:

—Me parece que tiene usted razón. ¿Debo entender, míster Mason, que tal es el caso?

—Tal es el caso, señor juez —confirmó Mason—. No tengo que hacer objeción alguna.

—Está bien —dijo el juez, un poco molesto—. Puede el letrado seguir interrogando al testigo.

—Conteste a esta pregunta, míster Leeds —prosiguió Kittering—: ¿Conoció usted en vida a un tal Bill Hogarty?

—Verá… —contestó Leeds, titubeando—. Conocí a un tal Bill Hogarty, alias Conway, alias Milicant.

—¿Cómo supo usted que era Hogarty?

Leeds contestó como quien recita algo aprendido de memoria:

—Del mismo modo que sé que usted es míster Kittering, el fiscal

del distrito… porque él me lo dijo. Me contó que su nombre no era Milicant, que no era hermano de Emily Milicant, que se llamaba Bill Hogarty, el hombre que Alden Leeds creyó haber asesinado. Dijo que desde entonces tenía la nariz fracturada y había engordado mucho, por lo que tío Alden no le había reconocido…

—Espere un momento —interrumpió el juez—. Creo que esa respuesta ha ido demasiado lejos. Opino que cualquier manifestación hecha por el difunto al testigo con objeto de hacer patente los móviles, la malicia o el rencor entre las partes, no debe ser admitida a prueba, a menos que se demuestre que fue la declaración de un moribundo. ¿Reunía tales requisitos su pregunta, señor letrado?

—No, señor juez.

—Muy bien; prosiga.

—¿Vio usted al acusado la noche del asesinato… el siete de este mes?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A eso de las diez y veinticinco de la noche.

—¿Dónde?

—Al salir de la habitación de Bill Hogarty… o de John Milicant, como quiera usted llamarlo.

—Sírvase decir exactamente lo que vio usted y lo que hizo.

Leeds relató al juez lo que ya había dicho a Mason. A veces su voz era tan baja que los taquígrafos tenían dificultad en oírle. Otras hablaba más libremente, pero tratando siempre de relegar a segundo término sus relaciones con Inés Colton.

Cuando hubo terminado, Kittering, que esperaba coger a Mason por sorpresa, dijo:

—Puede el letrado interrogar al testigo.

—Renuncio —dijo lacónicamente Mason.

Leeds pareció estupefacto. El fiscal hizo un gesto de franca incredulidad.

—¿Debo entender que renuncia usted a interrogar a este testigo? —preguntó—. ¿No va usted a interrogarle sobre la cuestión de la identidad?

—No —contestó Mason.

—Muy bien. Puede retirarse el testigo. Ahora llamaré a otro un

poco fuera de orden: míster Guy T. Serle.

El juez Knox miró a Perry Mason.

—¿Alguna objeción, letrado? —preguntó.

—Ninguna —contestó Mason.

Serle avanzó lentamente, prestó juramento, contestó las preguntas preliminares y miró expectante a Kittering.

—¿Conoció usted en vida a Bill Hogarty, alias Louie Conway, alias John Milicant?

—Sí, señor.

—¿Lo vio usted en la noche del siete del corriente?

—Sí.

—¿En dónde?

—En su departamento.

—¿Cuándo?

—Entre las siete y media y las ocho menos cuarto de la noche.

—¿Quién estaba presente?

—Nadie más que Conway… es decir. Hogarty… y yo.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted allí?

—Hasta eso de las ocho y veinte.

—¿Qué sucedió durante ese tiempo? Diga al Tribunal lo que hablaron y lo que hicieron.

—Pues Conway…

—Opino —interrumpió Kittering— que en vista de las pruebas de que disponemos ahora, será mejor para la claridad de las actas que nos refiramos a la víctima como Hogarty.

—Muy bien. Hogarty y yo teníamos que tratar de algunos asuntos. Él me había vendido un negocio. La policía me lo intervino y registró mis oficinas. Sospecho que fue debido a una denuncia que quería perjudicar a Louie, probablemente Alden Leeds. Así se lo dije a Louie, y éste no pareció sorprenderse. Yo quería que Louie… Hogarty… respondiese por mí, y él dijo que lo haría.

—¿Hubo alguna otra conversación? —preguntó Kittering.

—Ésa fue la sustancia. Hogarty fue interrumpido por muchas llamadas telefónicas, y como no había cenado, ni yo tampoco, me rogó que llamase a determinado número y pidiese dos cubiertos. Lo hice así y nos subieron la cena. No fue Louie… Hogarty… quien llamó. Yo telefoneé. Me parece que serían las ocho y diez minutos cuando llegó la comida. Los dos teníamos prisa y comimos

apresuradamente. Luego estreché la mano de Hogarty y me marché.

—¿No se habló de nada más? —insistió Kittering.

—Oh, sí. Me dijo que le volviese a llamar a las diez y me comunicaría si marchaban bien las cosas.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Está usted seguro de eso?

—Absolutamente.

—¿Le llamó usted?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A las diez en punto. Me contestó que todo marchaba bien, que dentro de unos diez minutos iba a tener una conferencia, que después quedaría completamente libre y esperaría pacientemente en su despacho a que yo le volviese a llamar.

—¿A qué hora dice usted que hizo la primera llamada?

—A las diez exactamente.

—Puede usted interrogarle —dijo Kittering, sonriendo triunfalmente a Perry Mason.

Mason empezó su interrogatorio en el mismo tono de voz que habría empleado para la conversación vulgar.

—¿Sospechó usted —preguntó— que Alden Leeds había hecho a la policía la denuncia que originó el registro de los locales donde tenía usted su negocio?

—Pensé que era posible.

—Y Milicant… u Hogarty… ¿pensó lo mismo?

—Confesó que era probable. Nosotros sabíamos que Leeds trataba de quitarse a Conway de en medio… sólo ignoraba Leeds que Milicant y Conway eran la misma persona, y no había reconocido a Milicant como Hogarty. Creía que Hogarty había muerto. Hogarty me dijo que pensaba entrevistarse con Leeds para decirle que era Conway.

—¿Tuvo usted alguna dificultad para que Milicant se aviniese a ayudarle?

—Ninguna. Reconoció que no era justo que yo pagase solo las consecuencias de un negocio que él me había vendido como legal.

—¿Afectaron su apetito las preocupaciones? —preguntó Mason.

—¿Mi apetito?

—Sí.

—No. Cuando las cosas se ponen contra uno, no hay otro remedio que hacerles frente. Es inútil portarse como un chiquillo.

—¿No es cierto que el día ocho de este mes, en el Home Kitchen Café, durante la hora del almuerzo, me insinuó usted que si Alden Leeds le remuneraba monetariamente en alguna forma, alteraría usted su declaración, de manera que pareciese que la conversación por teléfono con Conway tuvo lugar *después* de que Leeds abandonó sus habitaciones?

—Eso no es cierto —protestó el testigo—. ¡Usted sabe que no lo es!

—¿No hizo usted tal ofrecimiento?

—No. Usted trató de sobornarme y yo le dije que Alden Leeds no tenía dinero bastante para hacerme cambiar mi declaración. Entonces me amenazó usted, tratando de intimidarme.

El juez miró a Mason, como esperando su réplica, pero Mason pasó a otra cosa como si no se hubiera dado cuenta de la acusación.

—Míster Serle, ¿es cierto que la noche del asesinato fue usted detenido y acusado de felonía?

—Sí.

—¿Ha sido usted procesado por ese delito?

Kittering se puso en pie.

—Me opongo a esa pregunta por improcedente y falta de relación con lo que se debate —dijo—. Solamente cuando un testigo está *convicto* de un delito se le puede preguntar sobre él en el interrogatorio. De otro modo, la pregunta se convierte en una acusación.

—Yo no trato de acusar al testigo —replicó Mason—. Trato de demostrar su parcialidad.

—Se desecha la objeción —dijo el juez Knox.

—No he sido procesado —contestó Serle— porque no hubo delito. La policía registró mis oficinas por una denuncia de Alden Leeds. Pero no había pruebas.

—En realidad —repuso Mason—, usted fue lo suficientemente perspicaz para darse cuenta de que podía congraciarse con el fiscal cambiando la hora de aquella conversación telefónica de las diez y media a las diez y así lo hizo. ¿No es cierto que esa conversación telefónica que usted dice tuvo lugar a las diez, no se celebró

realmente hasta unos treinta minutos más tarde?

—No es cierto —contestó Serle.

—¿Y cómo es que cuando relató usted por primera vez esa conversación en Jefatura, y posteriormente a mí en el Home Kitchen Café, no hizo usted mención de que Hogarty le dijo que esperaba una conferencia dentro de diez minutos?

Serle cambió de postura, pero su voz siguió siendo tranquila.

—Recordé más claramente algunos extremos de la conversación después que tuve ocasión de reflexionar. Pero eso es lo que me dijo Hogarty… Ya sabe usted lo que sucede. No se recuerda todo lo que relató por teléfono la primera vez que trata uno de recordar la conversación.

—Después de abandonar la casa donde Conway, o Milicant, tenía su departamento, ¿fue usted directamente a la sala de juego?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que abandonó usted la habitación de Conway hasta que entró usted en la sala de juego?

—No lo sé. Quizá quince o veinte minutos.

—¿Y qué estuvo usted haciendo entretanto?

—Varias cosas.

—Cite una.

—Estuve telefoneando.

—¿A quién?

—A un amigo.

—¿Quién era ese amigo?

Serle no contestó a la pregunta y miró expectante a Kittering.

—Me opongo a la pregunta —dijo el fiscal, poniéndose en pie—. Éste no es modo de interrogar. Al letrado se le puede conceder una razonable amplitud para comprobar el elemento tiempo. En lo que a este testigo concierne, la única parte de su declaración que ofrece duda es la que se refiere a la cuestión tiempo. La defensa sostiene, naturalmente, que esta conversación telefónica tuvo lugar *después* de que Leeds abandonó el departamento. La acusación opina que no ocurrió así.

El juez se dirigió a Perry Mason.

—Preferiría —dijo— que prescindiese usted de esa pregunta por

el momento y que exponga alguna razón que demuestre que es pertinente.

Mason prosiguió su interrogatorio en el mismo tono displicente que antes:

—¿Es cierto que cuando entró usted en la sala de juego dijo usted a unos testigos que tenía que llamar a Louie Conway a eso de las diez y media?

—Es posible —contestó Serle.

—¿Mintió usted a aquellos hombres?

—No les mentí. No vi razón para poner a unos amigotes de juego en la intimidad de ninguno de mis asuntos privados.

—Y no obstante el hecho de que usted sabía al entrar en la sala de juego que tenía que llamar a Bill Hogarty, o Louie Conway, a las diez, ¿dijo usted a aquellos individuos que iba a llamar a eso de las diez y media?

—Sí.

—¿No le dijo usted al fiscal, cuando repitió por primera vez su historia, que había usted llamado a Conway a las diez y media?

—No.

—Quisiera —intervino Kittering, dirigiéndose al juez— que nos refiriésemos al muerto como Hogarty mejor que como Conway. Evitaríamos así confusiones y…

—No hay suficientes pruebas todavía —interrumpió el juez— para que el tribunal indique al letrado que formule sus preguntas de este modo.

—Oh, por mí no hay inconveniente —dijo Mason, como si no concediese gran importancia a aquel detalle—. Estipularé que su verdadero nombre es Hogarty y me referiré siempre a él y desde luego como el letrado desea.

—Muy bien, queda así estipulado —dijo Kittering.

El juez Knox lanzó a Mason una penetrante mirada.

—Advierto al letrado —dijo— que esa estipulación de identidad puede ser importante para la discusión de los móviles.

—Lo sé, pero no hay inconveniente —repuso Mason en tono de indiferencia—. Milicant afirmaba que era Hogarty, y si Kittering tiene pruebas de ello ahorraré tiempo estipulándolo.

—Tengo pruebas, en efecto —afirmó Kittering.

—Muy bien —terminó el juez Knox—. Prosiga con su

interrogatorio, míster Mason.

—¿Dijo usted al principio al señor fiscal que la llamada fue a las diez? —preguntó Mason al testigo.

—No mencioné ninguna hora.

—Comprendo. Usted dijo a la policía que había llamado a Hogarty. Ellos entonces le replicaron que era importante concretar la hora de la llamada, porque si fue después de las diez y veinte, significaría que no se podría acusar a Alden Leeds del asesinato. ¿No es cierto?

—Bueno, estuvimos hablando. Ellos me dijeron unas cosas y yo les dije otras.

—¿Le explicaron a usted la importancia del elemento tiempo antes de que mencionase usted la hora exacta en que celebró la conversación telefónica?

—Sí.

—Y usted fue lo bastante perspicaz para darse cuenta de que aquello podría proporcionarle una ventaja, y se permitió decir que no veía razón para cooperar con las autoridades si éstas le registraban sus oficinas y estaban dispuestas a detenerle, acusándole de felonía. ¿No fue así?

—Bueno, naturalmente que no me mostré muy cordial.

—Y uno de los agentes le dijo entonces que todo podría arreglarse, ¿no es cierto?

—Dijo que si el testigo de la acusación no comparecía, ellos no harían gran fuerza en el asunto.

—Perfectamente —dijo Mason—. Volvamos ahora a lo que hizo usted después de abandonar el departamento de Hogarty. Telefoneó usted a su amigo. ¿No es cierto que esa llamada telefónica fue hecha al Home Kitchen Café y que habló usted con Hazel Stickland?

El rostro de Serle palideció intensamente.

—Bueno… Yo…

—Recuerde —dijo Mason, levantando rígidamente el dedo índice— que ha prestado usted juramento.

—Bien, sí. La llamé, pero no al café.

—¿Y qué le dijo usted?

—Me opongo a la pregunta por improcedente —objetó Kittering, levantándose.

—Se mantiene la objeción —resolvió el juez—. El letrado puede

concretar la hora de la conversación, pero el objeto de ésta se sale un tanto de los límites legales del interrogatorio.

—Opino que mi pregunta es pertinente, señor juez —insistió Mason.

—Yo no, mientras la formule del modo que lo ha hecho. Usted es, naturalmente, el que interroga, y por lo tanto, tiene derecho a hacer preguntas capitales. Si cree que el asunto de la conversación es pertinente, formule una pregunta que demuestre ese hecho.

Mason volvió a dirigirse a Serle:

—¿No es un hecho que usted dijo a Hazel Stickland que empaquetase sus cosas y abandonase la ciudad y que usted se reuniría con ella para darle dinero y explicarle lo ocurrido?

—La misma objeción —dijo Kittering.

—¿Sostiene usted, señor letrado, que esto tiene algo que ver con el crimen? —preguntó el juez a Mason.

—Sí —contestó Mason—. Esta muchacha era camarera en el Holme Kitchen Café y muy amiga del testigo. La noche del asesinato, Serle localizó a Bill Hogarty *antes* de que éste fuese a su casa y le llevó al Café Home Kitchen a cenar. Hazel Stickland los sirvió. El restaurante tenía dos platos «especiales» para aquella noche. Uno era filetes de lenguado con patatas al horno, y el otro chuletas de cordero asadas, guisantes y patatas al homo. Serle elogió el «menú»… Aquí tengo uno de aquel restaurante, por el que se ve que los platos se repetían con regularidad semanalmente.

—¿A qué hora fue esa cena? —preguntó el juez, ya intrigado.

—Aproximadamente a las seis o a las seis y cuarto —contestó Mason.

—Pero este testigo cenó en el piso de Hogarty la noche del asesinato —replicó Knox—. No parece haber duda sobre este hecho principal.

—Mírele usía a la cara, si lo cree así —repuso Mason.

Kittering se puso en pie, indignado.

—Protesto de este coloquio entre el tribunal y el letrado, y protesto de la afirmación que acaba de hacer la defensa, que califico de parcial y desacostumbrada.

El juez dirigió una rápida mirada al pálido y ceñudo rostro de Serle, luego la volvió a Perry Mason.

—Se desecha la objeción —dijo—. Conteste el testigo la

pregunta.

—¿No es un hecho? —preguntó Mason—. ¿No es eso lo que usted dijo a la muchacha?

—No —contestó Serle con la voz ronca.

—Trató usted de conseguir que Hogarty pusiera la fianza —prosiguió Mason—, pero Hogarty no accedió. Usted sabía que, aunque lo hubiera hecho, a usted nunca le habrían permitido reanudar el negocio. Estaba usted furioso. Había usted pagado a Hogarty una buena cantidad por aquel asunto. Le exigió, pues, que le devolviese el precio de compra; e insistió usted igualmente en que le pusiese la fianza. Se negó. Empezó usted a cavilar. Sabía que conservaba en su poder gran parte de los veinte mil dólares, probablemente sobre su persona, en un cinturón monedero. Después de separarse, empezó usted a pensar si sería posible asesinarle y apoderarse del dinero, pero haciéndolo de tal modo que tuviera usted una coartada perfecta. Usted había oído que los cirujanos que practican la autopsia fijan la hora de la muerte juzgando por la fase que la digestión ha alcanzado. Sabía usted, además, que Hogarty había comido a las seis y cuarto y exactamente lo que había comido.

»Casi dos horas después, fue usted a su casa y lo mató. Luego permaneció usted allí el tiempo suficiente para decir a un restaurante de la vecindad que subiese una comida, que era exactamente la misma que Hogarty había consumido en el restaurante. Cuando llegó el camarero con lo pedido, usted se encontraba en el dormitorio de Hogarty, aparentemente enzarzado en una animada conversación con él… pero Hogarty estaba ya muerto. Usted modulaba su voz en tonos diferentes, fingiendo así el diálogo. ¿No es cierto?

—¡Es mentira! —gritó Serle, pero su voz fue forzada y ronca.

Mason prosiguió con calma despiadada:

—Usted esperó a que llegasen los platos y luego volcó su contenido en el depósito de la basura situado junto al baño.

—¡No es cierto!

—Luego se marchó usted, con el propósito de prepararse una coartada, y tuvo cuidado de cerciorarse de que la puerta quedaba cerrada. Ignoraba usted que Marcia Whittaker tenía una llave de aquel piso. Salió usted de allí después del asesinato y se dirigió a

una sala de billares donde sabía que encontraría a algunos compañeros de juego, y buscó la ocasión de decirles que tenía que llamar a Hogarty a eso de las diez y media.

»Luego, para remachar el asunto, y hacer aparecer que la víctima había sido asesinada poco después de aquella conversación telefónica, fingió usted marcar su número de teléfono y hablar con ella por teléfono. Fingió usted que la conversación versaba sobre la fianza. Y desde la sala de billares se marchó usted directamente al puesto de policía, calculando que era la mejor manera de completar su coartada.

—No hice nada de eso —protestó Serle con obstinada persistencia.

—Me opongo a esto —dijo Kittering, que había recobrado su calma—. Esto es un intento de intimidación al testigo. Es…

—Se desecha la objeción —decidió el juez—. Prosiga, míster Mason.

—Piénselo bien —dijo Mason—, porque voy a probar lo que he dicho, Serle.

Serle apretó los labios y no contestó, pero la piel de su frente empezó a brillar bajo el frío sudor que la perlaba.

—Volvamos ahora a la noche del asesinato —prosiguió Mason, con calma—. Fueron ustedes al café Home Kitchen. Hazel Stickland sirvió su mesa. Ella…

—No comí allí la noche del asesinato —saltó Serle—. Comí con Hogarty en su habitación. No estuve en el sitio que dice usted a ninguna hora de aquella noche.

—Estuvo usted, Serle —afirmó Mason imperturbable—. Usted y Bill Hogarty. Quizás haya conseguido usted deshacerse de la camarera, pero es posible que no se diera cuenta de que dos muchachas estaban sentadas a una mesa próxima a la de ustedes y de que Hogarty trató subrepticiamente de entablar amistad con ellas. —Mason se volvió bruscamente hacia el auditorio—. Miss Gertrude Lade —gritó—: ¿Tiene la bondad de levantarse?

Gertrude Lade se puso en pie.

—Mire a esa joven, Serle —dijo Mason, señalándole con un dedo amenazador—. Voy a preguntarle si la ha visto alguna vez… ¿No es cierto que estaba sentada a una mesa próxima a la suya cuando estuvieron ustedes cenando en el café Home Kitchen el viernes siete

del corriente?

—No hay duda de que es él —dijo Gertrude Lade, mirando al testigo.

El representante del fiscal se puso en pie de un salto, vomitando una serie de objeciones. Mason levantó una mano y gritó:

—¡No, no, miss Lade, ni una palabra por su parte! ¡Por favor! Ya llegará su momento y el de la joven que estaba con usted. Yo sólo quería pedir a míster Serle que la identificase y nada más. Siéntese, haga el favor.

Gertrude Lade se sentó.

El rostro de Serle se había vuelto verde.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala de audiencia y entraron dos agentes escoltando a Emily Milicant.

Mason buscó la impasible mirada de la mujer y luego se volvió para enfrentarse con Serle una vez más.

—¿Insiste usted todavía en que cenó en compañía de Bill Hogarty en sus habitaciones y no en el Home Kitchen Café? —preguntó Mason.

Serle titubeó un momento antes de contestar.

—Cenamos dos veces —dijo de pronto—. Una en el restaurante y otra en el departamento. Hogarty tenía todavía hambre.

Mason sonrió.

—¿Y usted estaba también tan hambriento que se comió todo lo que contenía el plato?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted que este tribunal entienda que se comió usted la piel de las patatas al horno?

—Sí —respondió Serle—, siempre me las como.

—¿Y se traga usted también los huesos de las chuletas?

Serle miró a Mason con mucho temor.

—En su próximo asesinato tendrá usted que hacerlo mejor, Serle —añadió Mason—. Cuando volcó usted los platos en el depósito de los desperdicios cometió usted el fatal error de olvidar que es costumbre dejar los huesos en los platos.

Mason sonrió afablemente al juez Knox y añadió:

—Esta defensa sostiene que cuando Alden Leeds llegó a la casa, Hogarty estaba muerto. Supone también que es cierto que Milicant era realmente Hogarty. Éste estaba haciendo víctima de un chantaje

al acusado, y era muy natural, aunque quizá no muy lícito, que el acusado tratase de recuperar los documentos que sabía estaban en poder del muerto, documentos que harían públicas las mismas revelaciones que él había querido evitar. Y por eso el acusado registró el piso, y he ahí las huellas dactilares que en él dejó. Todo su interés estaba concentrado en la busca de aquellos documentos.

—Pero es que esos documentos —repitió Kittering— eran algo que le relacionaban con el fracasado asesinato de Bill Hogarty, con el robo de su propiedad y…

—Oh, no —repuso Mason con una sonrisa—. Aquellos documentos se referían a un asunto completamente diferente. El acusado los encontró y los destruyó.

Mason se sentó.

—¡Es mentira! —protestó Serle.

Mason giró sobre su asiento para encararse con Kittering.

—Si tuviese usted un poco más de interés en descubrir al verdadero criminal y menos en tratar de condenar a un hombre inocente, sólo porque empezó usted a acusarle, cooperaría conmigo en lugar de oponerse a mi labor… Cuando Hogarty recibió aquel primer cheque, el Banco se vio obligado a pagarle, pero pensando que pudiera tratarse de un chantaje anotó los números de los billetes. Serle se apoderó de esos billetes después del asesinato de Hogarty. Creo que los encontrará usted en su poder ahora mismo.

—Este tribunal acuerda un descanso de veinte minutos —anunció el juez Knox—. Vamos a…

Serle le interrumpió gritando:

—¡Me niego a sufrir esa persecución! —y echó a correr hacia la puerta de la cámara de los jueces.

—¡Agárrelo! ¡Agárrelo! —gritó Knox, al sheriff, encargado de la custodia de Leeds—. ¡No se quede usted ahí como un pasmarote!

El guardián echó instantáneamente a correr tras el fugitivo.

Mason raspó un fósforo en la suela de su zapato y encendió un cigarrillo.

Della Street le oprimió la muñeca, entusiasmada.

—¡Me dan ganas de bailar un jiga sobre la mesa del juez! —dijo al oído de su jefe.

—Serénese —aconsejó él—. Aparente indiferencia. Encienda un cigarrillo. Recuerde que la gente nos está mirando. Ponga cara de

poder sacarse un conejo del sombrero en cualquier momento. ¿Qué le parece lo del cigarrillo?

—Deme el que está usted fumando, jefe —contestó la secretaria—. No podría encender otro ni aún para salvar mi vida. ¿Por qué inventó usted esa historia de que Alden Leeds encontró a Hogarty muerto y se dedicó a registrar el piso?

—Porque necesitaba explicar lo de las huellas digitales y quería indicar a Emily Milicant la orientación que acababa de dar al asunto…

Se interrumpió al ver que Kittering se aproximaba a su mesa hecho una furia. Estaba tan indignado, que apenas podía hablar.

—¿Qué diablos se propuso usted…? ¡Será usted expulsado de la Corporación por esto!

—¿Por qué? —preguntó Mason.

Kittering señaló con el índice a Gertrude Lade.

—¡Esa muchacha —tronó— estuvo en el restaurante como yo! Uno de mis investigadores me dice que la tiene usted empleada en su despacho para atender la centralilla.

—Es cierto —contestó tranquilamente Mason, exhalando una nube de humo de su cigarrillo.

—¡Le costará cara esa farsa! —rugió Kittering.

—¿Por qué?

—Porque es ilegal, porque es contrario a toda ética, porque es una burla al tribunal. Ahora mismo voy a ver al juez Knox y a denunciarle su innoble plan.

Kittering se alejó en dirección a la cámara del juez. Mason continuó fumando plácidamente.

—Jefe —dijo Della Street, casi en un cuchicheo—, ¿cree usted que el juez Knox opinará que es una burla al tribunal?

—Me importa poco lo que opine —repuso Mason, elevando los talones para apoyarlos en una silla próxima—. Espero que lo tome muy a mal. Ya es hora de que pongamos las cartas boca arriba. De continuar esto así, cada vez que no sigamos los métodos convencionales para resolver un caso, no faltará quien quiera llevarnos ante la Junta de Agravios de la Asociación de Abogados. ¡Al diablo con ellos! Ya es hora de que aprendan hasta dónde pueden llegar.

—Pero, jefe, esto fue…

Mason la interrumpió para indicar con un gesto a los dos agentes que habían escoltado a Emily Milicant. Los dos habían entablado una conversación en voz baja con Alden Leeds.

—Mírelos —dijo—. Está empleando la misma vieja táctica. Le están diciendo a Leeds que Emily Milicant lo ha confesado todo y que es inútil tratar de negar por más tiempo. Nos toman por unos picapleitos que tenemos que pasar por sus pequeñas triquiñuelas.

Se interrumpió al ver que el juez Knox aparecía en la puerta de su cámara y hablaba con expresión grave al alguacil. Éste cruzó la sala hacia donde estaba Mason y le dijo:

—El señor juez quiere verle a usted inmediatamente en su cámara, míster Mason.

Mason arrojó inmediatamente un cigarrillo a un pequeño cenicero.

—Espere aquí —dijo a Della—. Si alguien le pregunta algo, mándelo a paseo. No hable y, sobre todo, no trate de explicar.

Mason se encaminó a la cámara del juez, indiferente a la babel de excitadas voces que llenaban la sala y de las miradas curiosas que le seguían.

—Míster Mason —dijo el juez en cuanto se hubo sentado—, míster Kittering ha hecho una acusación de tal gravedad que creí deber llamarle a usted para una explicación antes de adoptar ninguna medida. Si esta acusación es cierta, es quizá no sólo una burla al tribunal, sino también una flagrante e imperdonable violación de la ética profesional.

Mason se colocó cómodamente, cruzó las piernas, aspiró profundamente el humo de un nuevo cigarrillo y contestó:

—Es cierta.

—¿Quiere usted decir que esa joven se presentó en la sala con ese propósito, que es una de sus empleadas y que no estuvo en el restaurante?

—Eso es —contestó Mason, y añadió tras una pausa—: Siempre se ha hablado aquí vacuamente de lo que constituye la ética profesional. Celebro poder discutirlo ahora de una vez para siempre.

—No lo celebrará usted tanto si el tribunal lo considera como menosprecio de su autoridad —dijo el juez, frunciendo el ceño.

—Ya es hora —repuso Mason— de que los Tribunales se den

cuenta de que son agencias para la administración de Justicia. Son instrumento del pueblo. Están, no para manejar balduque, sino para administrar justicia. Confieso que mi interrogatorio fue irregular, pero, ¿qué mal hice con ello? Pedí a Gertrude Lade que se levantase. Ella se levantó. Pregunté a Serle si no recordaba a aquella joven como una de las que estuvieron sentadas a una mesa próxima a la suya. Si él hubiese estado diciendo la verdad, me habría contestado «no», y allí habría terminado todo.

—Pero usted hizo jurar a la joven que estuvo en el restaurante —protestó Kittering.

—No hice tal cosa —replicó Mason, mirando despectivamente al excitado funcionario—. En primer lugar, la joven no prestó juramento. En segundo, todo lo que dijo fue: «Es él». Evidentemente era él. Nunca alegó ser otra persona. Yo puedo señalar al juez Knox y decir: «Es él». Y no cometeré ninguna falsedad. Él es él.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo Kittering.

—Perfectamente —repuso Mason—. Debatiremos la cuestión. Usted sostiene la tesis de que él no es él. Yo digo que sí que lo es. Ahora bien, ¿qué prueba puede usted ofrecer?

—No es eso lo que quise decir —repuso Kittering.

—Pues eso es lo que usted dijo —replicó Mason.

—Bien, ya sabe usted a lo que me refiero.

—Me interesa muy poco a lo que se refiere usted. Yo, estoy hablando de lo que dijo Gertrude Lade. Dijo sencillamente: «Es él». Y esto fue todo.

—Bien, pero usted sabe lo que quiso dar a entender con esas palabras.

Mason suspiró con un gesto de resignación.

—Dijo que era él. Y yo sigo sosteniendo que era él. Estoy dispuesto a comparecer ante cualquier tribunal y a insistir en que es él. Serle es Serle. Eso es todo lo que la joven dijo.

El rostro del juez Knox se suavizó ligeramente. La sombra de una sonrisa apareció en las comisuras de su boca. Mason aprovechó la ventaja.

—Tengo derecho a pedir a cualquiera de la sala que se ponga en pie y a señalar luego aquella persona al testigo que estoy interrogando. Cíteme alguna ley que se oponga a eso.

El juez miró a Mason unos momentos.

—Mason —dijo al fin—, su imaginación no se ha hecho ciertamente para encajar en ninguna muesca convencional. No obstante, en estricta justicia, me siento inclinado a mostrarme de acuerdo con usted si no se opusiera a ello la parte técnica de la Ley.

—¿Por qué ha de oponerse? —replicó Mason—. Si nosotros siguiésemos este caso según las líneas convencionales, Alden Leeds resultaría condenado por el testimonio de aquellas huellas digitales.

—Leeds no debió mentir en este punto —objetó Kittering.

—No mintió —repuso Mason—. Se limitó a callarse.

—Bien, pues debió decírnoslo.

—Nuestra opinión vuelve a diferir en eso —repuso Mason—. La Ley no le obliga a decir nada que no le convenga. Si tiene usted algo que objetar tendrá usted que cambiar la Ley.

—Debió avisar a las autoridades tan pronto como descubrió el cadáver.

—¿Qué le hace a usted creer que descubrió el cadáver? —preguntó Mason.

—Usted lo dijo.

—Yo no había prestado juramento —observó Mason.

—Pero actuaba usted decididamente como abogado suyo.

—Es cierto. Pero no se puede acusar a un hombre de un crimen a causa de una afirmación de su abogado. En realidad, Leeds nunca me dijo que descubriera el cadáver. Yo nunca le hice tal pregunta con esas palabras específicas. Meramente comenté lo que yo creía que había sucedido, con objeto de ayudar al tribunal a llegar a una decisión.

El juez Knox sonrió.

—Quizá le interese a usted saber, señor letrado —dijo a Kittering—, que cogieron a Serle en el pasillo. No quiero sugerirle cómo debe usted desempeñar su misión, pero si yo fuera el representante del ministerio fiscal, ciertamente que golpearía mientras el hierro estuviera caliente y trataría de conseguir una confesión del nuevo acusado.

—Lo haré —prometió Kittering, de malos modos—. Pero protesto de esta táctica detestable.

—Usted hizo intervenir mi línea telefónica y escuchó cosas confidenciales —le replicó Mason.

—No se trata ahora de eso —interrumpió Kittering—. Ahora se

trata de que usted intentó engañar…

—Lo que hice fue perfectamente legal… —replicó Mason—, mientras que la derivación de nuestra línea fue algo manifiestamente ilegal. No obstante, cerró usted los ojos a eso. Quería usted vencerme y pasó por todo con tal de enterarse de mis procedimientos. No se habría usted enterado de que el muerto podía ser Bill Hogarty de no haberse aprovechado de la información obtenida derivando mi línea telefónica. Si yo hubiera hecho lo mismo con otra o encomendado su ejecución a una agencia de detectives, usted me habría hecho detener a instruir expediente para expulsarme de mi profesión.

—A veces —confesó Kittering al juez— tenemos que consentir ciertas irregularidades para combatir las actividades criminales. En un caso en que el fin justifica los medios.

—El fin, en este caso —replicó Mason—, habría sido la condena de un inocente por asesinato en primer grado.

Kittering se puso en pie con ademanes descompuestos.

—Ésa es una acusación que…

—Realmente creo, señor letrado —intervino el juez Knox—, que debería usted ir a ocuparse de los verdaderos deberes de su cargo.

Mason dirigió una sonrisa al juez Knox.

—La actitud de la acusación —dijo— indica que no le interesa tanto determinar quién cometió el asesinato como impedir que yo gane un caso.

—¡Eso no es cierto! —vociferó Kittering.

El juez le contuvo con una severa mirada.

—Lo aparenta al menos —dijo, y añadió en tono de reproche—. Si sus subordinados se dedicaron a escuchar comunicaciones privadas por un hilo derivado, no hay duda de que la situación de usted es decididamente precaria. Comprenderá usted, señor letrado, que si Alden Leeds hubiese sido culpable, la situación habría cambiado. La inocencia de Leeds, no obstante, pone a su ministerio en una posición enteramente diferente, y a Mason en otra completamente distinta, legal, ética y moralmente.

—Algún día —murmuró Kittering—, Mason defenderá a un culpable, y entonces…

—Si el letrado no quiere limitar su discusión a lo presente —dijo Mason, bostezando—, y desea descubrir los deberes de su

ministerio, perdiendo el tiempo en ociosas especulaciones sobre el futuro, me agradaría preguntarle qué opina de las acciones de ferrocarriles como inversión…

Kittering se lanzó hacia la puerta dando bufidos.

El juez Knox se quedó mirando a Perry Mason.

—Tiene usted que confesar —apuntó— que patina sobre hielo muy delgado. ¿Cuánto hace que sabía usted que Serle era el culpable?

—No mucho —confesó Mason—. Debí saberlo mucho antes.

—¿Por qué?

—Verá usted —empezó a explicar Mason—. Desde el mismo principio, los testimonios demostraron que la cena fue pedida al café «Blue and White», pero no de la manera acostumbrada, sino de la más extraordinaria manera. En otras palabras, que no preguntaron al camarero cuál era el *menú* para después hacer una selección. Al camarero le dijeron que trajera chuletas de cordero, guisantes verdes y patatas, y que si no tenían, que lo buscasen. Los testimonios demostraron también, desde el principio, que los platos quedaron vacíos. Era extraño que dos hombres que celebraban una apresurada conferencia pidieran su cena de ese modo. Era extraño que los comensales dejasen limpios los platos, y era un caso único que los que comieron chuletas de cordero devorasen hasta los huesos. Recordará usted que el camarero declaró que los platos estaban limpios. No quedó nada en ellos.

»Además, siempre he opinado que cuando un hombre tiene una coartada férrea en un caso de asesinato, es una buena cosa examinar atentamente tal coartada. Mientras el individuo que tiene una coartada verdadera no puede haber cometido un asesinato, el que lo ha cometido deliberadamente siempre trata de procurarse una coartada. Serle era el único complicado que la tenía. Superficialmente, parecía férrea, pero las coartadas nunca deben tomarse de ese modo.

»Era evidente que el muerto tenía una gran suma de dinero en su poder. Ese dinero desapareció. Parecía, por consiguiente, que uno de los móviles, al menos, fue el robo. Ahora bien, Alden Leeds pudo haberle matado a causa del asunto del chantaje, pero nunca habría robado al cadáver… a menos de pretender despistar con ello a la policía. Si hubiese hecho eso, habría tenido mucho más cuidado

de no dejar sus huellas dactilares por toda la habitación.

»Yo sabía que Serle comía regularmente en el Home Kitchen Café. Sabía también que allí tienen un *menú* semanal… es decir, que cada día de la semana confeccionan un plato especial y dan el mismo plato en el mismo día.

»El asesinato se cometió en un viernes. Serle acompañó a Milicant o a Conway o a Hogarty, o como quiera usted llamarlo, a su casa. Ambos estuvieron fumando cigarros. A esa hora de la noche, un cigarro representa generalmente el remate de una comida. De pronto recordé que yo mismo había cenado en el Home Kitchen Café, un viernes por la noche: chuletas asadas, patatas al horno, guisantes verdes. Y tenía el *menú* que utilizan semana tras semana para probar que no estaba soñando. Un buen análisis químico posiblemente revelaría la diferencia entre vaca y cordero después de que el proceso digestivo ha cesado de actuar, pero nunca la diferencia entre cordero asado y cordero a la parrilla.

—Personalmente —dijo el juez—, me parece todo esto un ejemplo notabilísimo de trabajo detectivesco y de genio deductivo.

Mason hizo un grave gesto de desaliento.

—Nunca me perdonaré el haberme preocupado tanto de los detalles incidentales. Es una de las cosas contra las que debe guardarse un detective. Nunca debe permitir que su atención se concentre de tal modo en las cuestiones incidentales, que llegue a creerse que son algo más que meros incidentes.

El juez le miró con curiosidad.

—¿Cuáles son esas cuestiones incidentales que tanto le preocuparon? —preguntó.

—Minucias —contestó vagamente Mason—. Minucias interesantes, pero puramente incidentales.

El juez sonrió.

—¿Se refiere usted, por casualidad, a la identidad de John Milicant como Bill Hogarty?

—Eso —contestó Mason— fue realmente una sorpresa para mí, aunque yo debí apreciar el significado de aquel indicio del pie helado.

El juez Knox dejó que la sonrisa se borrase de sus labios, aunque sus ojos conservaron viva su expresión bondadosa.

—La prueba de que Milicant era Hogarty —insinuó— parece

ciertamente un poco vaga e incompleta. Si Milicant había estado explotando a Leeds, y uno de los parientes de Leeds le había visitado para tener una explicación, ¿no habría sido natural que utilizase los documentos que tenía en su poder para justificar ante el sobrino que él era realmente el Bill Hogarty despojado por Leeds años atrás? ¿No habría sido una manera lógica de dar una justificación al chantaje?

Mason hizo un gesto de sorpresa.

—He ahí una cuestión interesante —murmuró.

—¿Me quiere usted hacer creer que nunca ha pensado en ello? —preguntó el juez.

—Por lo menos nunca le concedí ninguna consideración oral —sonrió Mason.

—Confieso que le tengo a usted afición, Mason —suspiró el juez—. Me agrada la vida llena de color que lleva usted. Me gusta su manera audaz de romper los métodos convencionales. Me atrae su carrera de emociones y aventuras. ¿Pero se le ha ocurrido a usted que la profecía de Kittering es indudablemente correcta? Tiempo vendrá en que se encontrará usted defendiendo a un cliente culpable.

—No será culpable —replicó Mason— hasta que se pruebe su culpabilidad.

—¡Es usted incorregible!

—Gracias por el cumplido, señor juez —dijo Mason, inclinándose.

Capítulo 15

Mason se encontraba en su despacho leyendo el periódico. Los periodistas habían inundado literalmente la ciudad con sus relatos. Muchos de los hechos que en ellos figuraban, habían llegado a su conocimiento a favor de una entrevista con Perry Mason, abogado de Alden Leeds, y los reporteros correspondían a este espléndido donativo entonando extravagantes elogios del método empleado por Mason para resolver aquel caso enigmático.

Alden Leeds y Bill Hogarty habían estado en el Yukon en 1906 y 1907. Riñeron por una mujer. Hogarty trató de matar a Leeds. Leeds disparó contra él en defensa propia. Hogarty se alejó, arrastrándose en la oscuridad, y cuando se hizo de día, Leeds tenía una fortuna en oro que no se atrevía a abandonar. Ni se atrevía a abandonar el país sin dar cuenta del tiroteo. Al fin se decidió a marchar, adoptando el nombre de Hogarty. Y con aquel mismo nombre se casó con la muchacha.

Pero Hogarty no había muerto como todos creían. Se había refugiado gravemente herido, en la cabaña de un indio. Cuando sanó, se dirigió decididamente en busca de venganza. Por dos veces, durante aquel viaje, estuvo en peligro de muerte. Cuando al fin llegó a la civilización, se le había helado un pie y hubo necesidad de amputarle varios dedos.

Entretanto, Alden Leeds y su mujer se habían separado. Hogarty encontró finalmente a la mujer, pero como ella estaba legalmente casada y no divorciada, él se hizo pasar por su hermano. Más tarde encontraron a Leeds.

Emily Milicant se dio cuenta de que estaba todavía enamorada de él.

Hogarty, pasando por hermano de Emily, se propuso intentar un chantaje.

Leeds, reconociendo lo delicado de su situación, trató de llegar a un acuerdo con Hogarty. Sus parientes, al enterarse de las relaciones surgidas entre Leeds y Emily Milicant, e interpretándolas erróneamente, buscaron el medio de impedir el matrimonio, haciendo declarar a Leeds incapaz. Entretanto el implacable Hogarty, bajo el nombre de Conway, montó el negocio de lotería que luego vendió a Serle. Un cliente descontento lo denunció a la policía, pensando vengarse de Conway, pero en su lugar, la trampa se cerró sobre Serle, y éste, a su vez, se fue a reclamar a Hogarty.

Como Hogarty se riese de sus demandas, Serle planeó apoderarse violentamente de su dinero. Y no pudiendo conseguirlo, sin recurrir al asesinato, discurrió un crimen que, en circunstancias ordinarias, podría haber cometido con una coartada perfecta. Fue la genialidad de Mason y su espectacular táctica judicial las que agujerearon la coartada, hasta descubrirla.

Della Street entró en el despacho cuando Mason estaba terminando de leer el periódico.

—Alden Leeds, su mujer, Phyllis Leeds y Ned Barkler están ahí fuera, jefe —anunció—. La policía acaba de ponerlo en libertad.

—Diga a Gertrude que los haga pasar —dijo Mason.

Mason sonrió cordialmente cuando le rodearon estrechando sus manos, recibiendo la lluvia de felicitaciones. Cuando se extinguió el primer entusiasmo y Mason pudo acomodar a sus visitantes, Leeds tomó la palabra y dijo:

—Mason, quiero que haga usted todo lo posible para defender a Emily.

Las autoridades han resucitado aquel viejo caso de asesinato. Nos han puesto en libertad bajo la condición de que si Alaska lo exige, tendríamos todavía que responder a esa vieja acusación.

—No hay tal vieja acusación —sonrió Mason—. A ninguno de ustedes pueden acusarle del asesinato de Bill Hogarty porque Bill Hogarty fue muerto el siete de este mes por Guy T. Serle. He aquí un despacho de Prensa que lo dice así.

Leeds frunció un momento sus pobladas cejas, luego miró a Mason, sonriente.

—Comprendo —dijo—. Al parecer ha conseguido usted matar dos pájaros con una sola piedra.

Mason se echó a reír.

—No los maté —dijo—. Los resucité para dar a mis clientes claras patentes de salubridad.

Alden Leeds sacó del bolsillo un cuaderno de cheques.

—Muy simpático, por cierto —rió Mason—. Y ya que tiene usted ese librito en la mano, no olvide a Marcia Whittaker, que se lo merece. Después de todo, no va usted a poder llevarse todo ese dinero al otro mundo.

Alden sacudió la tinta hacia la punta de su estilográfica.

—Cuando vea usted el importe de este cheque —dijo—, comprenderá que nunca lo he intentado.

Mason sacó del bolsillo los dados falsos, los hizo rodar displicentemente sobre el tablero de la mesa y observó las cifras cinco y siete que aparecían con asombrosa regularidad.

Ned Barkler rió entre dientes. Mason le dirigió una interrogadora mirada.

—El verle a usted rodar esos huesos —dijo el viejo explorador— me recuerda algo.

—¿Qué?

—A Bill Hogarty. Probablemente se habrá usted preguntado más de una vez por qué me marché tan apresuradamente a San Francisco… Mis recuerdos se refieren a algo que nadie se cuidó nunca de averiguar: a mi primer encuentro con Alden Leeds. Fue un motivo de un par de dados falsos.

Alden Leeds secó el cheque que acababa de escribir y empezó a sumar las cifras en la matriz.

—Cuénteselo, Ned —dijo.

—Verá usted —empezó diciendo Barkler— cómo conocí a Hogarty… Nos encontramos en Seattle. Nos enredamos en una partida de dados estando yo un poco bebido y perdí dos mil dólares. A la mañana siguiente descubrí que los dados estaban amañados. Un camarero de la taberna me dio el soplo. Poco después me enteré de que Hogarty se había marchado, con Leeds, al Yukon. Eché tras ellos, encontré a Hogarty, le apoyé un revólver en el vientre y le obligué a pagarme mil dólares en polvo de oro.

»Cuando leí en el periódico esa historia de Hogarty y de su pie helado, que me cuelguen si no comprendí su juego desde el principio, míster Mason. Emily me comunicó que se iba a Yuma y que se inscribiría en algún hotel como mistress Beems y que con tal

nombre iría a recoger los mensajes en la oficina de Telégrafos.

»Ya sabe usted que a mí me amputaron un par de dedos allá en Dawson City por habérseme congelado. Bueno, pues se me ocurrió que Emily fuese a Dawson, que localizase a los médicos y que les hiciese declarar que Hogarty había sido asistido por ellos con el alias de Barkler. En mi opinión esta pequeña trampa no podía perjudicar en nada la causa de Alden.

El viejo explorador volvió a reír entre dientes.

—Habría sido una bonita jugada de haber dado resultado. Emily recibió mi telegrama y voló a San Francisco. Y en el momento que estábamos ultimando los detalles se presentó la policía y… Bueno, cogí tanto miedo de que descubriesen lo de mi pie congelado, que dormí con los zapatos puestos todo el tiempo que me tuvieron en el calabozo.

Mason observaba al viejo en pensativo silencio.

—Pudo usted declarar a los periodistas —dijo— que conocía a Hogarty, que era muy aficionado a ponerse alias, y que, además de Conway y Milicant, llevó más de un año el propio nombre de usted. Me hubiera gustado gastarle esta broma a la policía en desquite de haber intervenido mi teléfono para escuchar conversaciones confidenciales.

Barkler llenó de tabaco el cuenco de su pipa y preguntó con cachaza:

—¿Esa agencia de detectives de usted, tiene en Dawson un hombre de confianza?

—Para una cosa como ésa, no —contestó lentamente Mason.

Barkler hizo una mueca a Alden Leeds.

—Bien, camarada —dijo—, nos despediremos ahora. Mañana por la tarde sale un barco de Seattle para Skagway, y al viejo Ned Barkler le avergüenza que se diga que un abogado tuvo que coger un martillo para meterle una idea en la cabeza. Por otra parte, es un desquite que me debe Hogarty por aquella broma que me gastó con los dados. ¡Je, je, Hogarty! He oído contar de individuos que mataron dos pájaros con una piedra, pero justificar con un cadáver dos muertos…, ¡eso no lo había oído nunca!